ISSN-0122-1272

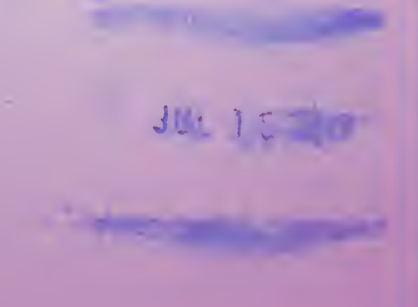


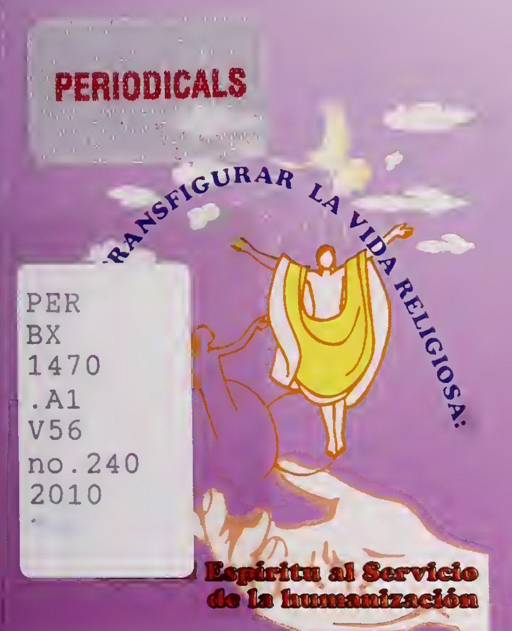
Vinculum

Conferencia de Religiosos
de Colombia

Tarifa Postal Reducida Nº 2010-121 4 -72 La Red Postal de Colombia, vence 31 de Dic. de 2010

VIDA RELIGIOSA Y SACERDOCIO: Reflexiones en torno al Año Sacerdotal





Bogotá D.C., Julio - Septiembre

240
2010



VIDA RELIGIOSA Y SACERDOCIO: Reflexiones en torno al Año Sacerdotal



don del Espíritu al Servicio de la humanización



Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, CRC. Bogotá, D.C.
Nº 240 Julio - Septiembre 2010



Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, CRC. Bogotá, D.C.
Nº 240 Julio - Septiembre 2010

Diagramación e Impresión
CMYK Diseño e Impresos
Calle 70 No. 30 - 21 / Tel: 3 11 59 75 / 3 11 59 82

(La Revista Vinculum es un órgano de difusión y de circulación escrita de Reflexión Teológica.
El contenido de los artículos: ideas, opiniones, análisis y demás aportes, son responsabilidad de sus autores)



Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia, CRC. Bogotá, D.C.
Dirección: Carrera 15 Nº 35 – 43 Tel. 3 38 39 46 / 338 39 47 Fax 3 38 16 00
A.A. 52332
Suscripción Anual para el 2010

- Colombia $ 60.000
- Consignación en Cuenta de Recaudo COLMENA Nº 26500332425 a Nombre de Conferencia de Superiores Mayores Religiosos de Colombia utilizando el RUT de su Congregación y/o Comunidad.
- Enviar copia de Consignación al fax 3 38 16 00 y el Formato de Suscripción diligenciado con letra legible.
- Exterior: América Latina US$ 60 - Resto del Mundo US$ 65 o su equivalencia en pesos al cambio del día.
- Ejemplar $ 17.000
- E-mail: crc@telmex.net.co / crc@crc.org.co / vinculumcrc@etb.net.co
- www.crc.org.co

Índice general

Págs.

Estudios

Reflexiones

Investigación

Editorial

«Os daré pastores según mi corazón» (Jer 3, 15)

Queriéndonos unir al año sacerdotal, que su Santidad Benedicto XVI propuso a nuestra Iglesia al conmemorar el 150 aniversario de la muerte del santo cura de Ars, Juan María Vianney, singular ejemplo y modelo de pastor, nuestra publicación de Vinculum, en este número monográfico, reúne las reflexiones en torno a este año sacerdotal que se ha ya clausurado.

La situación que vive la Iglesia en relación con los escándalos que se han suscitado por los abusos de autoridad, por la pederastia – pedofilia, y demás hechos que tocan a una parte del sacerdocio jerárquico, es verdaderamente alarmante. Sin embargo, vemos en estos acontecimientos una oportunidad para aportar una luz profética que pueda iluminar a quienes aún creen y a todos aquellos que, mezclados y tocados por esta realidad, han dejado de creer en el ministerio; y por el contrario, ven en él ese ambiente oscuro y corrupto, que en lugar de ser ejemplo y testimonio, se ha convertido en piedra de escándalo, por la inmadurez afectiva y psicológica, de unos pocos.

Los escándalos son mucho más estridentes cuando no son adecuadamente comunicados y encarados por las personas que tienen la responsabilidad directa de hacerlo, convirtiéndose así en espadas que hieren mucho más, causando por lo tanto más dolor. Por parte de la Jerarquía ha habido posiciones sensatas y claras; compromisos por parte de los pastores para hacer un manejo sosegado y honesto de la situación de las víctimas y un seguimiento a los victimarios acompañándolos en su proceso de pérdida del estado clerical y, según los casos, en la penalización correspondiente. Por parte de la Santa Sede, también se ha invitado a hacer un proceso más riguroso de selección de los aspirantes al orden sacerdotal. Así las cosas, cada vez queda más claro que no se quiere encubrir esta realidad: hoy en día el mismo Papa y todos sus hermanos en el episcopado, desde las diferentes Conferencias, han hecho públicas sus manifestaciones de arrepentimiento y rechazo vehemente, al igual que han expuesto compromisos y han llamado a denunciar a quienes son abusadores y han sancionado a quienes lo han sido. El camino ha comenzado; y es un camino doloroso para una Iglesia que ve en sus pastores el punto de referencia para seguir construyendo el Reino que el Señor Jesús encomendó a sus seguidores.

Por su parte, el silencio -suave brisa en el corazón de la Iglesia- es la elocuente manifestación de hombres que se han consagrado y que viven con fidelidad su ministerio ordenado. Son hombres del pueblo y para el pueblo. Con debilidades y fortalezas, que acompañados por sus comunidades parroquiales y religiosas, se donan en total silencio. Acogen a sus hermanos y hermanas más necesitados a través de los sacramentos, les ayudan a vivir el proyecto de las bienaventuranzas, los guían para que con ahínco sean fermento de amor desde la práctica de las obras de misericordia, y sean luz en medio de las tinieblas de la desigualdad social. Son muchos quienes a diario se entregan a la misión de llevar la Buena Nueva, en los lugares menos pensados, a sus hermanos. Son voz místico-profética que contagia a sus hermanos en la construcción de comunidades fraternas. Son manos que trabajan para que la solidaridad, la paz, la alegría, el amor y la fraternidad no sólo sean un sueño sino un proyecto de vida.

En este contexto, no olvidamos que *"la promesa que Dios asegura a la Iglesia no es de unos pastores cualesquiera, sino unos pastores «según su corazón». El «corazón» de Dios se ha revelado plenamente a nosotros en el Corazón de Cristo, buen Pastor. Y el Corazón de Cristo sigue hoy teniendo compasión de las muchedumbres y dándoles el pan de la verdad, del amor y de la vida (cf. Mc 6, 30 ss.), y desea palpitar en otros corazones —los de los sacerdotes—: «Dadles vosotros de comer» (Mc 6, 37). La gente necesita salir del anonimato y del miedo; ser conocida y llamada por su nombre; caminar segura por los caminos de la vida; ser encontrada si se pierde; ser amada; recibir la salvación como don supremo del amor de Dios; precisamente esto es lo que hace Jesús, el buen Pastor; Él y sus presbíteros con Él"*[1] .

En medio de este panorama, nuestra edición en la sección de Estudios recoge siete artículos, cada uno elaborado desde el compromiso y testimonio ministerial de sus autores, religiosos presbíteros, que desde sus carismas particulares, aportan su reflexión en torno al año sacerdotal. El primer artículo es un acercamiento al Sacerdocio de Jesús el Cristo desde algunas pistas contenidas en la homilía a los Hebreos. El segundo nos ubica en algunas reflexiones en torno a la figura del religioso presbítero y su servicio a las comunidades religiosas. El tercero trata el ministerio ordenado desde la perspectiva del Espíritu Santo. El cuarto aborda la

1 Juan Pablo II. Exhortación Apostólica Postsinodal. *Pastores Dabo Vobis*, al episcopado, al clero y a los fieles sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual. Conclusión. 25 de marzo —solemnidad de la Anunciación del Señor— del año 1992.

personalidad autoritaria y la formación de clérigos y religiosos. El quinto es una reflexión en torno a la vida religiosa y el ministerio eclesial. El sexto resalta los aspectos de la fidelidad y la audacia del sacerdocio ministerial desde un dejarse llevar por el Espíritu. Y en el séptimo artículo se abre el horizonte para descubrir que la meta es el camino y en él reconocer un decálogo sobre el sacerdocio.

La sección de Reflexiones, por su parte, recoge dos artículos que son el testimonio vivencial de dos sacerdotes comprometidos en América latina; de origen español, pero de espíritu mundial y particularmente latinoamericano por sus años de servicio en nuestras tierras. El primer artículo recoge algunos apuntes sobre vida religiosa y sacerdocio; el segundo aborda la vocación religioso-sacerdotal.

Finalmente, en la sección de Investigaciones publicamos un artículo sobre la racionalidad hermenéutica como una primera aproximación con fines teológico-morales, queriendo resaltar que el quehacer teológico tiene como actividad propia la reflexión de los contenidos de la revelación y de la fe cristiana; en palabras de su autor, éste es el camino de la hermenéutica en el campo teológico.

Deseamos que nuestra publicación sea un mensaje que anime, ilumine, ayude a través de la reflexión y la oración a todos aquellos que están interesados en saber cuál es la posición de la Vida Religiosa de cara a la vocación ministerial que también es parte fundamental de unas congregaciones masculinas. Esperamos que también sea instrumento de fortaleza para nuestra Iglesia, de manera que siga acompañando a los pastores en el ejercicio de su ministerio, de su oración y compañía, de su exigencia y cercanía. Estos compromisos son fundamentales para que nuestra Iglesia jerárquica viva a cabalidad su misión.


ESTUDIOS



El sacerdocio de Jesús el Cristo

-Unas pistas desde la homilía a los Hebreos-

P. Hernán Darío CARDONA RAMÍREZ, SDB

Introducción

Antes del Concilio Vaticano II, el sacerdocio de los ministros ordenados y en particular el sacerdocio del obispo, era igual al sacerdocio de Cristo. Del sacerdocio de los cristianos, del pueblo, de los laicos, en la práctica no se hablaba. Era tal vez un sacerdocio delegado del ministerio de los ordenados. El Concilio Vaticano II puso en un punto muy alto el sacerdocio común de los fieles (Constitución Dogmática *Lumen Gentium*. C. II. No. 10), el cual, desde el bautismo y por el don de la vida, conforma al pueblo de Dios en quien también sucede la Revelación; además desde el sacerdocio común de todos los bautizados, surgen los ministerios, suscitados por el Espíritu Santo para la edificación de la comunidad (1 Co 14, 3.5.12). El único sacerdocio del cual participamos todos es el sacerdocio de Cristo. Pero ¿Qué significa hoy el sacerdote y el sacerdocio?

El vocabulario en el Nuevo Testamento

De entrada asoma un hecho llamativo. Poco hablan los textos del Nuevo Testamento de sacerdote, sacerdocio, clase sacerdotal... y menos aún con las connotaciones por nosotros conocidas en el Antiguo Testamento. No hay constancia en los evangelios de una

referencia a Jesús como sacerdote; ellos, los textos, sólo nombran a los sacerdotes del Templo de Jerusalén (Mc 1, 44), como Zacarías, padre de Juan el Bautista (Lc 1, 5). Incluso nunca ubican a Jesús en alguna ceremonia en el Templo y menos aún como presidente de la misma.

Tampoco el libro de los Hechos de los Apóstoles habla de ningún sacerdote, fuera de los sacerdotes judíos (Hch 4, 1) o de los clérigos paganos (Hch 14, 13). En las cartas de san Pablo, por su parte, ni siquiera aparece esta palabra (sacerdote), ni tampoco el vocablo "sacerdocio", ni "sumo sacerdote"; como si el apóstol los esquivara a propósito. Además ni las Cartas Católicas ni el Apocalipsis llaman sacerdote a Cristo en ningún sentido.

De otro lado, ninguno de los escritos del Nuevo Testamento llama "sacerdote" a los ministros surgidos en las diversas comunidades del siglo I e. c. En verdad, unos pocos textos usan las expresiones, pero para señalar a la entera comunidad cristiana y a sus miembros: 1 P 2, 5-9 (Dios ***los*** hará templo santo, ***sacerdocio santo***... Notemos el pronombre plural); Ap 1, 6 (***nos ha hecho sacerdotes***); 5,10 (***de ellos hiciste sacerdotes***); 20, 6 (***ellos serán sacerdotes de Dios***). Vale la pena preguntar ahora ¿Cuándo aparece en el Nuevo Testamento la expresión "*Jesucristo Sacerdote*"?

Un solo libro, en todo el Nuevo Testamento, se refiere a Jesucristo como sacerdote: la homilía a los Hebreos. Este texto llama a Jesús sacerdote y sumo sacerdote, y le atribuye la cualidad sacerdotal (*hierôsyné*). Además entiende la muerte de Jesús en categorías de sacrificio y de culto sacerdotal. Por eso sólo en Hebreos cabe centrar el argumento, aquí se ubica el problema, su significado y sus posibles consecuencias[1].

La homilía a los Hebreos

El texto en cuanto tal se ve hoy como una homilía (un sermón) de un autor para nosotros desconocido, versado en las tradiciones cultuales del Antiguo Testamento sobre el sacerdocio, los sacerdotes y el culto en el templo; los destinatarios serían judíos convertidos al cristianismo

1 VANHOYE, Albert. *Sacerdotes antiguos, Sacerdote Nuevo.* Salamanca: Sígueme, 1992, pág. 77 s.

y, por extensión, los cristianos todos. No es fácil determinar los detalles puntuales sobre el origen y el contexto de este documento bíblico. Para algunos el texto emerge en torno a la destrucción de Jerusalén su templo (años 66-74 e. c.) y para una gran mayoría hacia finales del s. I[2]. Pero ¿Por qué este texto habla de Jesús como sacerdote, menciona su sacerdocio y desarrolla el argumento del sacrificio?

En algunas comunidades cristianas, sobre todo al final del s. I e. c., aunque no de manera exclusiva porque la preocupación venía de antes, enfrentaron al menos dos asuntos candentes. ***El primero*** era la austeridad y la sencillez de la liturgia cristiana, lo cual para creyentes venidos de otros ritos populares y fastuosos, asomaba como una desilusión.

Por ejemplo, los procedentes del judaísmo, extrañaban las espléndidas y vistosas celebraciones del Templo de Jerusalén. Muchas de ellas auténticas reuniones imponentes con decenas de sacerdotes y levitas, quienes oficiaban acompañados de cantos, música estruendosa y ornamentos; los sacrificios con animales desangrados, las carnes quemadas, las nubes de incienso y las múltiples purificaciones con agua. Además eran majestuosas las peregrinaciones nacionales organizadas para las grandes fiestas, en las cuales participaban también multitudes de admirados campesinos.

Numerosos cristianos provenían a su vez de fuertes tradiciones religiosas, de corte griego, romano, egipcio e incluso de Mesopotamia. Variadas fiestas duraban varios días, corría el vino, la alegría, los festivales, la presentación de las ofrendas. Había también procesiones y no en pocas ocasiones grandes calamidades fruto del desenfreno y las bien promocionadas orgías como aquellas a Dionisio, el Baco griego (dios del vino, el frenesí, la locura y hasta la fertilidad).

Por su lado, la incipiente liturgia cristiana era muy sobria. Eliminó todo asomo de suntuosidad judía o gentil en sus celebraciones. Ante todo, no obligaba a la gente a asistir a ningún templo (Rm 12, 1: cada cristiano es el nuevo templo. Cfr. Jn 4, 21-23). Los cristianos tampoco

2 VANHOYE, A. Idem. Oc. 80 Pág.

sacrificaban animales. Al contrario, se ponía el acento en vivir como hermanos, ayudarse entre todos y servir a los demás. El culto y el sacrificio cristiano consistían en la fe y el amor fraterno, la entrega a Dios y el amor al prójimo. La Eucaristía se celebró en los primeros momentos en casas de familia y como una cena (1Co 11, 23-27)

Por lo tanto, la sobriedad de la fe cristiana interrogó el ánimo de los primeros creyentes e impulsó la nostalgia frente a celebraciones de otros ritos. Frente al espíritu religioso judío, amante del fausto, la pompa y las ceremonias, el cristianismo aparecía como una fe sin culto, empobrecida y hasta desconcertante en su simplicidad.

Un segundo asunto se refería a la condición de Jesús. Dentro de la mentalidad judía, Él no podía ser el verdadero Mesías pues no era sacerdote. En efecto, los judíos de la época de Jesús esperaban la aparición de tres grandes personajes prometidos por Dios para el final de los tiempos: ***un Sacerdote, un Profeta, y un Rey***. La aparición de un futuro Profeta lo anunciaba el libro del Deuteronomio: "*Suscitaré un Profeta como tú de entre tus hermanos*" (Dt 18, 18).

La promesa de un futuro Rey estaba en el 2 Samuel: "*Cuando tú mueras yo pondré un descendiente tuyo y mantendré tu trono para siempre*" (2 Sam 7, 12). Y la promesa de un futuro Sacerdote para los últimos tiempos, en 1 Samuel: "*Mandaré un sacerdote fiel, que actúe según mi voluntad*" (1 Sam 2,35). Estos datos marcaban un fuerte contraste ante Jesús. Él ni fue sacerdote, ni nació de una tribu sacerdotal, y además dentro de su religión fue un laico, y de una tribu no sólo laica, sino violenta por excelencia: la tribu de Judá. Jesús fue más bien un profeta opuesto a muchos ritos de la religión judía (Mt 9, 10-13; 12, 1-13; 15, 1-20 ; Jn 5, 16-18).

En síntesis, después de la destrucción de Jerusalén decayó el sacerdocio entre los judíos porque no había templo, ni lugar para los sacrificios, ni para las ofrendas rituales. Y en las primeras comunidades cristianas resonaban varias dificultades, los venidos del judaísmo estaban perplejos, sin sacerdocio, sin templo de Jerusalén, sin estado monárquico, deambulando en la diáspora y perseguidos por judíos y romanos.
Los cristianos provenientes del helenismo introdujeron criterios del

mundo greco-romano, como el concepto de autoridad y experiencias dolorosas mezcladas con el poder. Tanto en el ámbito familiar como comunitario, se copiaron modelos paganos o ritos, usos y costumbres religiosas del Antiguo Testamento, en particular aquellos marcados por las prescripciones del libro del Levítico. Hubo de por medio violencia, dinero y hasta sangre en manifestaciones diversas dentro del ámbito religioso.

De otro lado, grupos cristianos acusaban a las autoridades judías y romanas de Palestina, de dar muerte a Jesús. Asimismo no se pasaba desapercibido el triste camino recorrido por el sacerdocio judío, en particular durante la época helénica (333-63 a. C.), y el cual se extinguió en medio de una lenta agonía, tras el arribo y la dominación romana hasta el fatídico año 70 d. C., con la destrucción de la ciudad de Jerusalén, pero sobre todo, del templo lugar típico para el culto y signo en esta historia de la comunión con el Dios de la vida.

Preguntas y respuestas

Los primeros cristianos, destinatarios de esta homilía, se sentían desconcertados: ¿Cómo ver ahora el sacerdocio, los ritos, los sacrificios, el culto del Antiguo Testamento, tan importantes para Israel? ¿En el cristianismo no hay culto, sacerdote, ni sacerdocio? Era necesaria una respuesta.

Se requería una mente inspirada, versada en las antiguas instituciones, pero también una persona creyente en la persona de Cristo, para resolver semejantes inquietudes marcadas por la vida y por la teología. Quizá hacia el año 90 d. C., apareció en la ciudad de Roma un personaje, de vasta cultura y notable manejo de la lengua griega, quien después de analizar con sumo cuidado las inquietudes descubrió la solución.

Este autor (y su comunidad), para nosotros anónimo, inspirado por el Espíritu Santo compuso para los Hebreos, un escrito fino, dispuesto con exquisita con filigrana y tal vez el texto más elegante del Nuevo Testamento. La respuesta a las cuestiones vitales antes citadas fue muy bien pensada. La réplica a las preguntas inquietantes de las nacientes comunidades cristianas fue una homilía, de hecho, durante la entera

exposición el autor se presenta "***hablando"*** y "***diciendo***" (Hb 2, 5/ 5, 11/ 6, 9/ 8, 1/ 9, 5/ 11, 32). El autor nunca asoma en su exposición como un "escritor". La estructura de la composición corresponde al género de la oratoria, con un exordio, un cuerpo, y una conclusión. Y como es propio de la retórica en este tiempo, mezcla exhortaciones y parénesis en la exposición de su argumento.

Después de una introducción, y de la presentación de Cristo en su misión de mediador entre Dios y los hombres, elementos centrales en los tres primeros capítulos, se hace una primera presentación de Cristo como sacerdote (capítulo 4), es Él quien establece una doble relación, fundamento de todo sacerdocio: la ***fidelidad*** ante Dios (capítulo 5), la solidaridad real con la humanidad entera por medio de la ***misericordia*** (capítulo 6). Con esta base, el Sacerdocio de Cristo irrumpe en esta historia creyente como un evento inédito e insuperable (capítulo 7), fue Él quien llevó a cabo una acción sacerdotal decisiva (capítulos 8-9), cuya eficacia transformó por completo la situación de la humanidad (capítulo 10). Este rápido esbozo permite vislumbrar la robustez de la construcción y la solidez de la exposición. Una reflexión elaborada con tanto esmero merece, sin duda, un estudio atento.

Jesucristo Sacerdote según Hebreos

Para nuestro autor, ***Jesús es sacerdote***, pero de entrada enfrenta un problema. En Israel el sacerdocio es hereditario y pertenece a la tribu de Leví. La respuesta de la homilía a los hebreos es audaz (Hb 5, 6; 6, 20; 7, 28), Jesús pertenece a un "orden" distinto a aquel de los levitas: ***al "orden" de Melquisedec***. Esta respuesta se ampara en un Salmo: "*Dios lo ha jurado y no se retractará: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*" (Sal 110, 4). Este nuevo orden reemplaza a los levitas. Dios en persona anuncia un nuevo orden "según el rito de Melquisedec". El orden de los levitas, es decir del Antiguo Testamento, con sus reglas, sus leyes y sus ritos, después de Cristo Jesús, ya no va más.

¿Un sacerdocio "*según el orden de Melquisedec*?". Sí, dice el autor, ya estaba previsto en Génesis 14, 18-20. Melquisedec, sacerdote de Jerusalén, es un personaje especial e importante dentro del itinerario pedagógico y educativo de la historia salvífica vétero testamentaria.

Ante todo, no sabemos ni de su padre, ni de su madre, ni de sus antepasados. La Biblia menciona de ordinario la genealogía de los ministros, para demostrar su vínculo puro con el linaje de Leví. Hablar de Melquisedec con estos rasgos, sin orígenes familiares, evidencia un sacerdocio no levita.

Tampoco sabemos, de acuerdo con el relato del Génesis, ni del nacimiento ni de la muerte Melquisedec. Para el autor de Hebreos, Melquisedec no ha muerto, permanece para siempre, es eterno como sacerdote. Estos datos de la Escritura le permiten a nuestro autor leer desde Jesús el Cristo, la figura de Melquisedec. Jesús no tiene genealogía humana pues es el Hijo de Dios y no lo limita ni el tiempo ni el espacio.

Jesucristo cuando resucitó, -continúa Hebreos-, al ser levantado de la tumba por el Padre, nació de nuevo, pero sin intervención de padres humanos (o sea, sin antepasados); y desde entonces ya no muere más (es decir, permanece para siempre). Por lo tanto Jesucristo, si bien no fue sacerdote durante su vida terrena, después de resucitar se convirtió en sacerdote de un nuevo "orden", un nuevo estilo, tal como lo había anunciado la literatura sapiencial en el Salmo: "*Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*".

Un sacerdocio muy superior

Pero el argumento va todavía mucho más allá, porque el sacerdocio de Cristo es superior al sacerdocio de los levitas. Para Hebreos este hecho queda claro a partir de varias comparaciones. Los sacerdotes levitas eran temporales, pasajeros, transitorios, la muerte les impedía perdurar; por eso debían ser muchos (de hecho en tiempos de Jesús había más de ocho mil sacerdotes, para oficiar por turnos en el Templo de Jerusalén). En cambio Jesucristo, como sacerdote, no muere nunca más. Permanece para siempre. Jesús el Cristo es eterno. Por eso su sacerdocio es único.

Los sacerdotes levitas antes de ofrecer sacrificios por los pecados del pueblo debían ofrecer sacrificios por sus propios pecados, pues eran hombres con defectos y errores. En cambio Jesucristo no necesita ofrecer sacrificios a Dios por su pecado, porque él es puro, santo, sin

defecto. Jesús es en todo semejante a nosotros excepto en el pecado (Hb 4, 15). Los sacerdotes levitas cada día ofrecían a Dios sacrificios de animales. Tal reiteración mostraba la poca eficacia de los sacrificios y a la vez evidenciaba su incapacidad para perdonar o eliminar los pecados. En cambio Jesucristo por amor, con un solo sacrificio, el de su persona, obtuvo el perdón de todos los pecados, mató el pecado, eliminó el mal, y así hizo innecesarios más sacrificios.

Los sacerdotes levitas celebraban por grupos el culto en un Templo terreno, construido por manos humanas. En cambio Jesucristo para entregarse él, donar su vida, entró en el Templo del cielo, en comunión con su Abbá, es decir, en el Santuario eterno, donde habita Dios. Y mientras los levitas entraban en el Templo muchas veces, Jesús entró una sola vez y para siempre.

Por último, los sacerdotes antiguos empleaban la sangre de toros, ovejas y cabras, es decir, sangre ajena, para realizar sus ofrendas sacrificiales. En cambio Jesucristo le ofreció a Dios su propia sangre (la vida, de acuerdo con la mentalidad hebrea), pura y sin mancha, para purificar a la humanidad y devolverle la santidad perdida. Cristo se ofreció él mismo (Hb 7, 27; 9, 14.25). No hay más víctimas, él siendo el Hijo es la víctima por excelencia. Y es una muerte solidaria, pues muere quien no tiene pecado y muere por "todos" los hombres (Hb 5, 7-9)[3].

Un sacerdocio nuevo

Hasta la época de Jesús, e incluso después de él, hasta la destrucción del Templo de Jerusalén (año 70 d. C.), el sacerdocio judío marcaba delante de la sociedad una triple diferencia: El sacerdote judío pertenecía a una casta social selecta, exclusiva: la tribu de Leví; sólo ellos podían ser sacerdotes. El sacerdote judío recibía una consagración especial de Dios, y el resto de la gente no podía recibirla; había ritos minuciosos, vestidos especiales y adornos de piedras preciosas. En tercer lugar, el sacerdote judío estaba más de parte de Dios y no de los hombres. Se ocupaba más del culto y de los derechos de Dios, y no de la gente.
Jesucristo, en cambio, con su nuevo sacerdocio, derribó esta triple

3 BAENA, Gustavo. Theologica Xaveriana Nº 81, 1986, pág. 437 s.

diferencia. Como Jesús no es de la tribu de Leví, abolió la exclusividad y abrió el sacerdocio a todos los hombres, a todos los bautizados, pues, participan del sacerdocio común de Cristo. Al no ser "ordenado" sacerdote con un rito especial, es sacerdote por cumplir con fidelidad y desde la misericordia, la voluntad de Dios, así los cristianos, cuando se comportan como Jesús son sacerdotes como Él. Jesús se puso de parte de la humanidad, se sentó a comer con ladrones y prostitutas, se juntó con pecadores, y no condenó nunca a quienes vivían de manera equivocada, mostró cómo su sacerdocio no era para "salvar" los derechos de Dios, sino para salvar la vida de los hombres.

Con este raciocinio el autor de la homilía a los Hebreos, evidencia cómo entre el Antiguo Testamento y Jesús no hay semejanzas reales. Quedan las categorías (las palabras): ***sacerdocio - sacerdote - sacrificio***, pero con contenidos y significados diversos, diferentes y en ocasiones hasta opuestos.

Un sacerdocio marcado por la fidelidad y por la misericordia

Asimismo según Hebreos, Jesús es sacerdote no por herencia, ni por ascendencia, ni por ser de una tribu sacerdotal sino por su ***fidelidad*** y por su ***misericordia*** (Hb 2, 17; 4, 15; 7, 26; 9, 14; 10, 5-10). El ministerio de Jesús según el autor, fue una obediencia incondicional a Dios su Padre, y se manifestó en una solidaridad profunda con el dolor humano hasta llegar a la muerte. Por eso la mediación de Jesús, obediente hasta la muerte, es digna de fe y es confiable.

En Hebreos 2, 17 se presentan las dos expresiones: *Fidelidad y Misericordia*. El castellano no es tan preciso como el griego para definir su significado. En griego "*pistós*" significa: fiel, creyente y "*eleêmôn*": misericordioso, compasivo.

"*Pistós*", aparece en el Nuevo Testamento, 67 veces pero sólo 16 referencias con el significado de creyente, o quien tiene fe. En la gran mayoría de las citas se usa para hablar de alguien o algo fiel, o fiable. En Pablo significa persona de confianza (1 Co 7, 25/ 4, 17/ Col 4, 9/ 1, 7/ 4, 7). Y en Apocalipsis va unido al martirio (2, 10.13/ 1, 5/ 3, 14). Se trata de ser fiel hasta la muerte, de ir hasta el final, de consumar la tarea. Esta concepción empalma con las expresiones griegas "*télos*"

y "*teleiôs*" (Mt 5, 48) cuya raíz (*teleô*) significa acabar, completar, cumplir, llegar hasta el final[4]...

Con la anterior precisión, en Hebreos, Jesús es constituido Sacerdote por su Padre porque cumplió con su misión, la llevó hasta el final y llegó hasta la meta. Porque Jesús siempre fue fiel. Tuvo la tentación de cambiar su misión, sin embargo, perseveró. Su vida fue todo un proceso en el cual realizó hasta la consumación la voluntad de su Padre.

Por su parte la expresión griega "*eleêmôn*", aparece dos veces en el Nuevo Testamento, en Mateo 5, 7 (quinta bienaventuranza, ***dichosos los misericordiosos***) y aquí en Hebreos 2, 17. Este vocablo griego identifica a quienes se les concede sin merecerlo la misericordia divina. Mateo recoge el contenido de Oseas 6, 6 y en la parábola del siervo sin entrañas (Mt 18, 23-35) dilucida el significado de la misericordia. Sin embargo en la parábola hay una novedad, la expresión utilizada no es *eleêmôn* sino '*splagchnizomai*' (compadecerse desde un dolor en las entrañas, como cuando a una persona se le brota un hueso o un músculo. La expresión se usa en la literatura pagana para describir el brote típico del esternón en luchadores de circo, trabajadores de canteras o minas, en esclavos abusados hasta el máximo esfuerzo físico). Este verbo explica en los sinópticos el sentido de la misericordia en Jesús[5]. Aparece sólo doce veces en los evangelios y es de uso exclusivo en las versiones de Marcos, Mateo y Lucas.

Por eso los relatos de los "Signos" de Jesús, fueron asimilados en la primera comunidad como una muestra clara y transparente de la misericordia de Dios. De hecho, Jesús realiza los signos (los más originales), cuando los necesitados dicen: "***Jesús, Hijo de David, Ten misericordia de mí***" (Ciego de Jericó: Mt 20, 29-34; La hija de la mujer cananea: Mt 15, 21-28; El endemoniado epiléptico: Mt 17, 14-20; Los diez leprosos: Lc 17, 11-19).

4 Cf. BALZ-Schneider. *Diccionario exegético del N. T.* Salamanca: Sígueme, 1998, pág. 961 s.

5 BALZ-Schneider. Idem. O. C. Pág. 1468 s.

Esta misericordia desde el Antiguo Testamento se entendió como el amor típico de Dios quien se inclina con humildad y sencillez sobre los empobrecidos y débiles para levantarlos (Sal 113 (112), 5-9). Esta misericordia según Hebreos 2,17, identifica la motivación típica para todas las acciones de Jesús.

El clímax de la homilía

Con base en los elementos anteriores, entonces el eje de esta homilía a los Hebreos es: "La eficacia definitiva del sacrificio de Cristo, para perdonar el pecado (eje también de todo el Nuevo Testamento), se fundamenta en el anuncio del Reinado de Dios por parte de Jesús, con acciones claras y concretas de misericordia, las cuales eliminan el pecado del corazón del ser humano, por saturación de Dios en él"[6].

Este proceso abre al futuro, no perdona, ni condona la falta, más bien elimina el mal. Desenvuelve para el beneficiario un amplio horizonte de trascendencia. Este dato corresponde a la presentación de la justificación en Pablo; para él la obra de Jesús consistió en eliminar el pecado (Rm 6, 10). La acción creadora de Dios produce dentro del ser humano, por lo menos, tres dinamismos: elimina el pecado, genera en la persona una nueva mentalidad (conversión) y desata en ella una praxis de misericordia como sucedió en Jesús.

Según Hebreos, Jesús no se separa del pecador, por el contrario, se solidariza con él, comulga con su dolor y con su miseria. Cuando el cristiano realiza este proceso cada día no sólo es sacerdote, al estilo de Hebreos y del entero Nuevo Testamento, también orienta su vida según la voluntad del Padre y en plena obediencia a él, para asumir incluso hasta sus últimas consecuencias.

La despedida y el compromiso

El sacerdocio de Cristo, por lo tanto, es diferente al sacerdocio de los levitas del Antiguo Testamento. La misión del sacerdocio levítico consistía en sacrificar animales para la divinidad, ofrecerle su sangre, es decir, el símbolo de la "vida", como una manera de entregar la vida a Dios, y de reconocerlo como legítimo dueño de la existencia total.

6 BAENA, Gustavo. Theologica Xaveriana Nº 81, 1986, pág. 440 s.

Dentro del proceso de la revelación de Dios, el hecho anterior era un símbolo, una sombra, de otro sacerdocio superior desde el cual se lee la entera obra de la salvación: ***el sacerdocio de Jesús el Cristo***. El sacerdocio, desde Jesús resucitado, ya no consiste en ofrendarle a Dios la vida de los animales, ni la sangre, sino la propia vida. Cada uno es sacerdote de su personal existencia, y puede brindarla con libertad a Dios. Este es un aporte esencial de la homilía a los Hebreos.

Este nuevo sacerdocio, denominado "*sacerdocio común de los fieles*", identifica el don típico de la celebración del sacramento del Bautismo, por eso nos abarca a todos los creyentes. Los cristianos por el hecho de ser bautizados, somos sacerdotes, participamos del único sacerdocio de Jesucristo y somos sacerdotes de Él. Después, y para organizar de una manera más efectiva las tareas en la Iglesia, unos serán ordenados ministros (los obispos, los presbíteros, los diáconos) y otros trabajarán de lleno en medio de la sociedad (los laicos), pero unos y otros comulgamos en la base de un único sacerdocio.

La misión de este nuevo sacerdocio consiste en consagrarle la humanidad completa a Dios. Si los cristianos asumimos este sacerdocio, esbozado con inspiración y propiedad por la homilía a los Hebreos, hacemos realidad el único culto agradable a Dios, y aquel capaz de construir una historia humana, colmada de paz y justicia, sobre la faz de la tierra.



Reflexiones en torno a la figura del religioso presbítero y su servicio a las comunidades religiosas

P. Aquilino BOCOS MERINO, CMF.

Estamos celebrando el año sacerdotal, propuesto por Benedicto XVI con ocasión del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars. Este acontecimiento nos da pie para compartir algunas reflexiones en torno al ministerio de los religiosos presbíteros y sus relaciones con las comunidades religiosas.

TRES INDICACIONES PREVIAS

1) Este año ha tenido como lema: *"Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote".* La fidelidad del sacerdote es la respuesta a la fidelidad de Cristo con él. Jesús es "el testigo fiel y veraz" (Ap 3, 14). Cumple lo que dice la Escritura y hace lo que le ha dicho el Padre (*Mc 10, 45 Lc 24,44 Jn 19, 28.30 Ap 19, 11ss*). La fidelidad de Jesús al Padre es paradigma de nuestra fidelidad. De ahí la necesidad de la conversión y la de estar disponibles para la misión. Aunque de distinta manera, el Espíritu y María alientan la vida y misión de los apóstoles y de sus colaboradores en el ministerio. La comunión con Pedro y con toda la Iglesia es el *humus* en el que se desarrolla la vida y la misión del presbítero.

2) Al ocuparnos de las relaciones del religioso presbítero y de las comunidades religiosas, es bueno advertir que existe un fondo común: la eclesialidad en la vocación y en la misión. Cuando hablamos del religioso presbítero no estamos aludiendo a un pequeño grupo de

sacerdotes, sino a la tercera parte de los sacerdotes que existen en la Iglesia. La figura del religioso presbítero ha estado en la penumbra, pero ahora se va recuperando. Frecuentemente se ha aludido a ella equiparando lo que se decía a los sacerdotes seculares. Sin embargo, el religioso presbítero es una vocación específica dentro de la Iglesia que integra ministerio y vida consagrada. Así la vivieron muchos fundadores y una inmensa nube de mártires, misioneros, confesores y doctores. El perfil de esta vocación, ciertamente, es complejo[1]. Por eso, es preciso cuidarle más.

Probablemente la mayor parte de la responsabilidad de este olvido recae sobre los mismos Institutos con ministros ordenados por haber dedicado su tiempo a la renovación de la vida consagrada, sin caer en la cuenta de que el ministerio era parte integrante de su proyecto de vida.

3) Los religiosos presbíteros tenemos una deuda de gratitud con las comunidades religiosas, sean femeninas o masculinas. La cercanía, el amor al ministerio, la oración, el testimonio de vida, la palabra oportuna, el gesto de apoyo y de aliento han llegado al corazón de muchos religiosos presbíteros en el despertar vocacional, en momentos de crisis, a la hora de asumir nuevos destinos, de recomponer sus relaciones humanas y de mirar con esperanza el futuro de su vida ministerial.

He tenido oportunidad de hablar con muchas Hermanas y Hermanos, quienes me han hecho partícipes de sus experiencias de acompañamiento espiritual con religiosos presbíteros. Estoy pensando en el Siervo de Dios H, Basilio Rueda, superior general de los Hermanos Maristas; en el H. John Johnston, superior general de los HH. de las Escuelas Cristianas; y en otros superiores generales de Congregaciones de Hermanos. Tuve el privilegio de conversar varias veces con la Beata Teresa de Calcuta y, en el primer encuentro, me habló de cómo ejercía la dirección espiritual con jóvenes presbíteros. Son numerosos los testimonios de Religiosas que la han acompañado y que han hecho madurar a los religiosos presbíteros.

1 BOCOS MERINO, A. *Ministerio ordenado y vida religiosa en sus diversas formas carismáticas*, en “Ministros ordenados religiosos. Situación-carisma-servicio”. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2010, pp. 19-72 y 247-310.

En los institutos clericales tenemos la experiencia de que los Hermanos han sido verdaderas madres de los seminaristas, novicios y estudiantes.

Estos hechos merecen especial reconocimiento y gratitud. Este año es una buena oportunidad para decir: ¡Gracias, Hermanas y Hermanos!

Las reflexiones prometidas en el título de esta conferencia las he centrado sobre estas dos preguntas: 1) ¿En qué se le nota al religioso presbítero que es religioso? 2) ¿Cómo pueden ayudar las comunidades religiosas al religioso presbítero?

I. ¿EN QUÉ SE LE NOTA AL RELIGIOSO PRESBÍTERO QUE ES RELIGIOSO?

Juan Pablo II, en su visita al Brasil en 1980, dijo: "Un sacerdote religioso sumergido en la pastoral al lado de sacerdotes diocesanos, tendría que mostrar claramente por sus actitudes que es religioso. La comunidad tendría que poder percibir esto"[2]. Esta observación, que está llena de sentido eclesial, no sólo es aplicable a los religiosos presbíteros metidos de lleno en estructuras diocesanas, sino a quienes trabajan en otros ámbitos de pastoral en la Iglesia local en religiosidad popular, en educación, en medios de comunicación, en investigación, en servicios de solidaridad, etc.

En 1995, Juan Pablo II dedicó su discurso en la audiencia de los miércoles, al tema: *los religiosos sacerdotes*. En ella destaca "la aportación de la vida religiosa al ministerio sacerdotal y por qué, en el plan de Dios, tantos hombres están llamados a este ministerio en el marco de la vida religiosa". Dejo constancia de este texto, altamente significativo en el magisterio de la Iglesia[3].

Según esto, ¿qué rasgos o actitudes tendría que expresar el religioso presbítero en su vida para ser reconocido como religioso?

Hoy hablamos de diferencia, de interrelación, de complementariedad y de comunión de formas de vida para la misión. Las otras vocaciones nos interesan, nos interpelan, nos enriquecen, nos estimulan en la

2 Juan Pablo II, *A los religiosos en Sao Paulo*, 3 de julio, 1980, En: Vida Religiosa, 49 (1980) 334.

3 Juan Pablo II, *Los religiosos sacerdotes*, 15 de febrero de 1995.

única tarea que a todos nos incumbe: vivir como hijos del Padre, como hermanos en Cristo y como ungidos y enviados por el Espíritu. No estamos, en este momento de la Iglesia, para plantar banderas de uno u otro color, sino para articularnos en el anuncio del Evangelio y colaborar en la construcción de la gran familia de los hijos de Dios.

Voy a indicar algunos de estos rasgos que están conexionados y que se complementan. Por ellos podemos descubrir que el religioso presbítero es religioso.

1. Irradia alegría

Es uno de los primeros rasgos de identidad, que integra otros muchos, como luego indicaré. Alguien ha dicho que la alegría es el sonido del alma. Otro añade que la alegría continua es la prueba más clara de sabiduría. Nosotros, siguiendo la Palabra de Dios y la tradición de la Iglesia, bien podemos considerarla como *perfume* que irradia el buen olor de Cristo (2 C 2, 15). Jesús huele a nueva vida y su perfume destierra el hedor de la muerte[4].

A un sacerdote religioso se le tiene que notar que es religioso por su *alegría*. No sólo ha de *estar* alegre, sino que ha de *ser* alegre. No recibe el imperativo para que sea alegre. Su alegría brota del corazón, asombrado y agradecido, porque es fruto del Espíritu Santo. Entra dentro del grupo de los discípulos que se llenaron de alegría cuando vieron al Señor (cf. Jn 20, 20). Su gozo es efusivo, desbordante, y lo irradia constantemente. Más allá de lo accesorio o circunstancial, es una forma de ofrecer la vida a Dios, a la Iglesia, a la comunidad, a quienes se encuentran con él, como existencia agradecida, como himno de alabanza y bendición, como perfume que irradia el buen olor de Cristo resucitado.

La alegría es algo más que el exponente de un estado de ánimo transitorio u ocasional. Es la tierra abonada en la que crecen y fructifican los diversos elementos del proyecto de vida del religioso. La expresión de esta honda y radiante alegría, - que no se confunde con el talante jocoso, divertido, bromista, etc.-, conlleva una larga práctica de ser discípulo y de tener las mismas preferencias que Jesús: los pobres y los excluidos; el hondo sentimiento de verse unificado por dentro

4 Cf. La escena de la unción en Betania (Jn 12, 1-7) y la sepultura de Jesús (Jn 19, 38-42).

en la vivencia de los consejos evangélicos; el espontáneo ejercicio de la libertad y de la responsabilidad en la misión. En definitiva, el sentimiento de hallarse centrado y a gusto en su proyecto de vida de seguimiento y de ser colaborador en la misión de Jesús según el carisma del propio Instituto. Las bienaventuranzas de Jesús son promesas que ha degustado porque la alegría que experimenta Jesús la contagia a quienes se hacen sus discípulos y seguidores (cf. Mt 5, 11-12; Lc 10, 20; Lc 19, 37 ss..).

El ministerio del religioso presbítero ha de revelar que es servidor de la alegría[5] y que él mismo es un signo vivo de la alegría de los redimidos, de los alcanzados, de los transformados por la cruz y por el Espíritu. En la base de su ministerio, el religioso presbítero lleva la alegría de la armonía original entre vida consagrada y ministerio apostólico en sus diversas funciones. En una vocación, tan compleja como ésta, ser alegre indica que ha asumido la pobreza total y se ha abandonado completamente en las manos de Dios.

Pero hablar de alegría no significa ignorar la tribulación, la persecución, el abatimiento, la pereza, el desencanto, la nostalgia y el aburrimiento, que a tantos males conduce. Quien se siente invadido por el Espíritu y ha entrado en el dinamismo pascual de Jesús, sabe que en su vocación y misión va a encontrar muchos sufrimientos, pero es mayor la alegría. Como el profeta, como María, halla la fortaleza y la alegría en su Dios, de quien espera la salvación (cf. Ha 3, 18; Lc 1, 47). Jesús se lo anunciaba a sus seguidores: "Dichosos cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros" (Mt 5, 11-12). San Pablo lo recordaba a los primeros cristianos: "sed alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación y perseverantes en la oración" (Rm 12, 9-12). Y Santiago en su carta: "Hermanos míos, cuando pasáis por pruebas variadas, tenedlo por perfecta alegría, pues sabéis que, al probarse la fe, produce paciencia, la paciencia hace perfecta la tarea, y así seréis perfectos y cabales, sin mengua alguna" (St 1,2-4. Cf. 1 P 4, 12-14; 2 Co 13, 11).

5 RATZINGER, J. *Servidor de la alegría*. Barcelona: Herder, 2005. KASPER, W. *El sacerdote, servidor de la alegría*. Salamanca: Sígueme, 2008.

En estos momentos difíciles por los que atraviesa la Iglesia, la vida consagrada y el ministerio sacerdotal, que el religioso presbítero sea reconocido como hombre alegre, es una bendición por ser *testimonio* y *memoria* de la grandeza y de la misericordia divinas[6]. En su fidelidad se dan cita el amor del Padre, la entrega hasta la muerte de Cristo, la donación del Espíritu, la presencia materna de María, la oración en comunidad, el reclamo de la misión y las exceptivas de los pueblos y sus culturas. Lo cual indica que la fidelidad a su vocación religiosa es algo más profundo y dinámico que el mero permanecer en el Instituto, pues, ante todo, es convencimiento del amor que Dios le tiene (1Jn 4, 16) e inquebrantable y generosa entrega de su vida por los demás.

2. Vive y apuesta por la fraternidad

El religioso presbítero se encuentra en una amplia red de vinculaciones. Por el sacramento del orden entra dentro de la fraternidad sacerdotal. Por la profesión religiosa se incorpora a la fraternidad del Instituto al que pertenece y por su condición apostólica, que emerge de ambas dimensiones, se abre a la fraternidad universal inaugurada por Cristo.

La *fraternidad* es, por lo tanto, un referente para saber que el religioso presbítero es religioso. Pero sólo se le notará si la *vive* y *apuesta* por ella en todas las esferas. La fraternidad sacerdotal, la fraternidad religiosa y la fraternidad entre los hombres no son categorías abstractas. Son realidades vivas que están articuladas en el presbiterio, en la comunidad religiosa y en las comunidades cristianas, ecuménicas, culturales, educativas, etc.

Por donde quiera que se mire, el religioso presbítero es un "ser para los demás"; está llamado a ser en la Iglesia y en el mundo "experto en comunión", testigo y artífice de aquel "proyecto de comunión"

6 Con motivo de la primera jornada mundial de la vida consagrada, Juan Pablo II escribía así: "En un mundo con frecuencia agitado y distraído, la celebración de esta Jornada anual ayudará también a las personas consagradas, comprometidas a veces en trabajos sofocantes, a volver a las fuentes de su vocación, a hacer un balance de su vida y a renovar el compromiso de su consagración. Podrán así testimoniar con alegría a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, en las diversas situaciones, que el Señor es el Amor capaz de colmar el corazón de la persona humana. Existe realmente una gran necesidad de que la vida consagrada se muestre cada vez más "llena de alegría y de Espíritu Santo", se lance con brío por los caminos de la misión, se acredite por la fuerza del testimonio vivido, ya que "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos" (*Evangelii nuntiandi*, n. 41)". JUAN PABLO II, *Mensaje a la vida consagrada* el 6 de enero de 1997.

que constituye la cima de la historia del hombre según Dios[7]. Tiene encomendado hacer memoria y renovar la alianza que nos congrega y hace dinámica la vida comunitaria, dándole sentido corporativo y de familia. En la óptica de la Iglesia comunión, de la comunitariedad del carisma fundacional y en la opción por la fraternidad universal, el religioso presbítero está llamado a cultivar relaciones humanas y a acompañar a muchas personas. En todas estas relaciones se halla incrustada la cruz de la salvación y de la esperanza. La cruz nos evoca al amor crucificado que reconcilia todas las cosas en el Misterio redentor. Hay que saber conjugar las direcciones de arriba abajo, de abajo arriba y del pasado hacia el futuro. Se entrecruza la verticalidad y la horizontalidad. En el medio está ese punto de encuentro articulador que asume todas las direcciones, las integra y las llena de esperanza. En el ejercicio de conjugar las cuatro dimensiones en cada uno de los ámbitos (presbiterio, comunidad religiosa y comunidad cristiana) se construye fraternidad auténtica. Al religioso presbítero se le tiene que notar que es religioso por la forma de vivir y apostar por la fraternidad: 1) desde la trascendencia, desde la gracia y desde la presencia trinitaria, desde la efusión del Espíritu que convoca; 2) desde la condición humana, desde lo que es la persona con su dones y sus limitaciones, pero que dialoga, participa y se responsabiliza 3) desde la memoria de la historia personal: profesión, ordenación y servicio pastoral; 4) desde la esperanza, desde el horizonte de futuro, desde la apertura hacia dónde nos lleva el Espíritu.

Es difícil para un religioso presbítero discernir, graduar y armonizar las distintas pertenencias. La tentación de justificar la dispersión es fuerte. De ahí la necesidad de encontrar un centro desde el que hacer converger, complementar y dinamizar esas pertenencias. Ese centro es el carisma del Instituto. El religioso presbítero es sacerdote, es religioso y es apóstol *según el carisma del Instituto.* La comunidad religiosa es una experiencia humana nutriente y enriquecedora. En ella y desde ella dinamiza el ministerio y el proyecto de vida consagrada. Lo cual nos lleva a concluir que es en la relación con su comunidad (local, provincial y general), es donde se verifican las señales de que es religioso.

7 SCRIS, *Religiosos y promoción humana*, 24. Continúa el texto: "Ante todo, por la profesión de los consejos evangélicos, que libera el fervor de la caridad de todo impedimento se convierten comunitariamente en signo profético de la íntima comunión con Dios amado por encima de todo."

Dando por supuesto que la vida comunitaria implica la centralidad de la misión y el imperativo de atender a las urgentes necesidades de las gentes que nos rodean, podemos examinar algunos ejemplos concretos a través de los cuales se perciba si el religioso presbítero vive y apuesta por la fraternidad desde su comunidad. La manera de cómo habla de sus hermanos, de su comunidad, de su Congregación; el modo de compartir el proyecto de vida comunitario y la comunicación de bienes; el comportamiento a la hora de asumir compromisos en los que tendría algo que decir la comunidad; la comparación entre el trabajo en las estructuras diocesanas y el apoyo a los proyectos comunitarios o de Congregación; el interés que tiene por que vaya bien la institución que dirige o en la que trabaja (colegio, clínica, obra social…) y el cuidado de atender lo que pueden estar esperando sus hermanos de comunidad; el uso del tiempo, en qué lo emplea y qué tiempo dedica a sus hermanos.

3. La urgencia de la caridad que le anima

En el religioso presbítero, al integrarse la vida consagrada y el ministerio sacerdotal en unidad de destino personal y de servicio a la Iglesia, queda urgido a vivir profundamente la caridad pastoral. Toda la espiritualidad del sacerdote secular gira en torno a la caridad que brota del Corazón de Cristo, el Buen Pastor, que vino para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia (cf Jn 10, 10). En esta perspectiva, porque la caridad brota del sacramento del orden, hay plena coincidencia entre el sacerdote secular y el religioso sacerdote. Entonces, ¿por qué la urgencia de la caridad que anima al religioso presbítero es otra de las señales de que es religioso?

El Concilio, hablando de los religiosos, dijo: “Los consejos evangélicos, aceptados voluntariamente según la vocación personal de cada uno, contribuyen no poco a la purificación del corazón y a la libertad del espíritu, excitan continuamente el fervor de la caridad y, sobre todo, como se demuestra con el ejemplo de tantos santos fundadores, son capaces de asemejar más la vida del hombre cristiano con la vida virginal y pobre que para sí escogió Cristo Nuestro Señor y abrazó su Madre la Virgen” (LG 46).

La tercera parte de la exhortación VC se titula: *“sevitium caritatis”*. Esta expresión feliz para comprender y animar la misión del religioso queda más explícita aún en los distintos subtítulos: *La vida consagrada, epifanía del amor de Dios en el mundo. El amor hasta el extremo. El testimonio profético ante los grandes retos…* Cuando se leen

detenidamente los números que describen el fundamento, la dinámica y las exigencias de misión es fácil descubrir la hondura, la extensión y la urgencia de la caridad que debe animar al religioso.

La caridad en el religioso presbítero, por su consagración, lleva un sello previo a cualquier actividad exterior, pues la misión ya se realiza en hacer presente a Cristo. El testimonio es la primera expresión de la misión. Por otro lado: "La vida religiosa, además, participa en la misión de Cristo con otro elemento particular y propio: la vida fraterna en comunidad para la misión. La vida religiosa será, pues, tanto más apostólica, cuanto más íntima sea la entrega al Señor Jesús, más fraterna la vida comunitaria y más ardiente el compromiso en la misión específica del instituto" (VC 72).

La vocación religiosa es para la Iglesia universal, pero se realiza en una Iglesia particular. Tenemos que pensar universalmente y actuar localmente. Esta forma concreta de actuar implica ser colaboradores con los pastores, con los otros ministros ordenados, con los laicos y con otros religiosos. Todos hemos adquirido una nueva conciencia y es que no vivimos ni trabajamos aisladamente. La colaboración, que es nota inherente de todas las vocaciones en la Iglesia, adquiere en el religioso presbítero especiales exigencias. Entre ellas, la gratuidad, la generosidad, el espíritu de comunión, la disponibilidad, la abnegación y la mansedumbre.

En la misión de los religiosos presbíteros han de notarse los rasgos que caracterizaron a los fundadores: la sensibilidad ante las necesidades del mundo y de la Iglesia, la inventiva, la creatividad, la iniciativa, el estar en las fronteras y en las situaciones de mayor dificultad.

4. Vive, habla y actúa desde lo definitivo

El ministerio del religioso presbítero está teñido por el carácter escatológico y profético. Es verdad que toda vocación cristiana, y, por lo tanto, también en el sacerdote secular, tiene esta doble dimensión: escatológica y profética. Ha sido el magisterio de la Iglesia el que ha subrayado la peculiaridad que se da en el religioso[8].

8 Dos muestras: sobre la dimensión escatológica, se dice en la VC: "Este especial «seguimiento de Cristo», en cuyo origen está siempre la iniciativa del Padre, tiene, pues, una connotación esencialmente cristológica y pneumatológica, manifestando así de modo particularmente vivo el carácter trinitario de la vida cristiana, de la que anticipa de alguna manera la realización escatológica a la que tiende toda la Iglesia" (VC 14). Y, sobre la dimensión profética, está, sobre todo, el n. 84 de la misma Exhortación.

Vivir, hablar y actuar desde lo definitivo es propio de quien se ha sentido amado, lo ha dejado todo y sigue a Jesús. La gravitación escatológica es intrínseca a la vida religiosa pues ella tiene la misión de "testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo y prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial" (LG 44). VC, tras subrayar que la vida religiosa es signo verdadero de Cristo en el mundo y, saliendo al paso del inmanentismo y activismo, llama la atención sobre su naturaleza escatológica. "«Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 6, 21): el tesoro único del Reino suscita el deseo, la espera, el compromiso y el testimonio. (...) Las personas que han dedicado su vida a Cristo viven necesariamente con el deseo de encontrarlo para estar finalmente y para siempre con él. De aquí la ardiente espera, el deseo de «sumergirse en el fuego de amor que arde en ellas y que no es otro que el Espíritu Santo», espera y deseo sostenidos por los dones que el Señor concede libremente a quienes aspiran a las cosas de arriba (cf. Col 3, 1)" (VC 26).

En coherencia con esta impronta escatológica surgen como actitudes la espera activa, que, supone a la vez, un serio compromiso y constante vigilancia. *"«¡Ven, Señor Jesús!»* (Ap 22, 20). Esta espera es lo más opuesto a la inercia: aunque dirigida al Reino futuro, se traduce en trabajo y misión, para que el Reino se haga presente ya ahora mediante la instauración del espíritu de las bienaventuranzas, capaz de suscitar también en la sociedad humana actitudes eficaces de justicia, paz, solidaridad y perdón" (VC 27).

Quien vive, habla y actúa desde lo definitivo, anticipando el futuro, ejerce una misión profética, pues recuerda y sirve "el designio de Dios sobre los hombres, tal como ha sido anunciado por las Escrituras y como se desprende de una atenta lectura de los signos de la acción providencial de Dios en la historia" (VC 73). Al religioso presbítero se le notará que es religioso porque es un hombre en permanente búsqueda de Dios y porque transpira esperanza en su estilo de vida, en sus múltiples relaciones, en sus palabras y en sus compromisos. Quiere que su modo de pensar sobre Dios afecte al modo de pensar sobre los hombres. Le sale espontáneo hacerse preguntas últimas por la vida, por el destino del mundo, por la convivencia entre las diferentes culturas y por la solidaridad con los más pobres y necesitados. Es un hombre apasionado y su afán es mantenerse abierto, vigilante y empeñado por dar respuesta a las necesidades y expectativas de la Iglesia y de la

sociedad. Atento a los signos de los tiempos y de los lugares, se halla bien dispuesto a recorrer los caminos que el Espíritu le indique para hacer crecer el reino de Dios. Se le ve libre para anunciar el mensaje de Jesús y para denunciar las injusticias y las componendas y corrupciones a las que nos están acostumbrando.

Actuar desde lo definitivo es vivir en continua conversión, sin seguridades y sin pretensiones de prestigio y de poder; es estar cercano a los miembros de la comunidad, sugerir, motivar y colaborar, pero no imponer porque uno solo es el Señor.

II. ¿CÓMO PUEDEN AYUDAR LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS AL RELIGIOSO PRESBÍTERO?

Cuando hablo de comunidades religiosas hago referencia a las comunidades religiosas femeninas y a las comunidades de Hermanos. No aludo propiamente aquí a las comunidades de los Institutos clericales que tienen Hermanos.

No sé cuántas veces una comunidad se plantea la ayuda al religioso presbítero que las frecuenta, bien sea por servicios pastorales, bien sea por relaciones de comunión carismática u otras razones de trato frecuente. Lo cierto es que, como decía al principio, las comunidades religiosas han hecho mucho bien a los sacerdotes religiosos y pueden seguir haciéndolo. Ponerlo en positivo no quiere decir ignorar descuidos o deficiencias.

Previo a cualquier tipo de ayuda hay dos aspectos que quiero subrayar:

1) La sintonía de la fraternidad religiosa. Las Congregaciones de Hermanos y Hermanas coinciden con los religiosos presbíteros en que son religiosos. Todos hemos sido agraciados por el don de la común vocación de ser “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos” (VC 22). La sintonía en los valores centrales de nuestra vida consagrada es profunda.

2) Creo que todas las comunidades, mirando al religioso presbítero, abundan en aquellos deseos de San Pablo a Timoteo:

«No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó por intervención profética mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros. Ocúpate en estas cosas; vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Vela por ti mismo y por la enseñanza; persevera en estas disposiciones, pues obrando así, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen» (1 Tm 4, 14-16).

Las indicaciones de ayuda que propongo se complementan. Por eso, hay que verlas en su conjunto, pues van encaminadas a reforzar la madurez en la unidad de vida de esta peculiar vocación en la Iglesia.

1. Comprendiendo y asumiendo la complejidad de esta vocación

Existen elementos objetivos por los que resulta difícil comprender la identidad del religioso presbítero dada la complejidad de aspectos que hay que integrar. Tanto el sacerdote como el religioso se hallan en la encrucijada entre Dios y el hombre. Ser todo para Dios y ser todo para el hombre.

Si tanto nos hemos empeñado por esclarecer la *fundamentación*, la *expresión* y el *sentido* de la vida religiosa en la Iglesia y del ministerio ordenado, es obvio que, cuando se trata de una persona que es, a la vez, religioso y presbítero, se haga mucho más difícil. Al menos desde el punto de vista teórico. Por otro lado, son múltiples las vinculaciones que brotan desde la vida consagrada y desde el ministerio presbiteral. Influyen, además, las características del Instituto al que pertenece y el cargo que ocupa o el trabajo que desarrolla.

Es frecuente ver al religioso presbítero como un sacerdote más o como un religioso más, según circunstancias y apreciaciones. VC hace esta consideración: “En cuanto a los sacerdotes que profesan los consejos evangélicos, la experiencia misma muestra que el sacramento del orden encuentra una fecundidad peculiar en esta consagración, puesto que presenta y favorece la exigencia de una pertenencia más estrecha al Señor. El sacerdote que profesa los consejos evangélicos encuentra una ayuda particular para vivir en sí mismo la plenitud del misterio de Cristo, gracias también a la espiritualidad peculiar de su instituto y a la dimensión apostólica del correspondiente carisma. En efecto, en el presbítero la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada convergen en profunda y dinámica unidad” (VC 30). Por lo tanto, al religioso

presbítero no se le puede considerar únicamente por la utilidad, por la función, por los servicios que presta, sino primordialmente por la sobreabundancia del Espíritu, pues es portador del carisma de la consagración religiosa y del carisma del ministerio.

Los sentimientos más espontáneos hacia él deberían ser el asombro y el reconocimiento de los dones que el Espíritu ha depositado en su persona. Su existencia consagrada y su misión contribuyen a la edificación del único Cuerpo de Cristo en la historia. Son, pues, dones que nos afectan y tenemos que cuidar como algo sagrado.

La complejidad aludida a causa de las múltiples vinculaciones (a la Iglesia universal y a la Iglesia particular, al presbiterio y a la comunidad religiosa, a la comunidad cristiana y a su comunidad local y provincial-también general-, a la profesión y al ministerio, etc) lleva a los miembros de las comunidades a comprenderla y a asumirla cuidando todo aquello que contribuya a su unidad interior y su madurez espiritual y apostólica. La acogida, el trato cordial, el tenerlo en cuenta como persona ayuda a esa madurez. A veces llevará a no pedir más de lo que se puede dar y, de ahí la necesidad de coordinar las posibilidades y respetar las obligaciones del religioso presbítero programando con flexibilidad los servicios y los tiempos para que viva con gozo tu identidad vocacional.

2. Estimulando la fidelidad a su carisma fundacional

San Pablo, en una segunda carta, le recomienda a Timoteo: *"Revive la gracia que hay en ti... No nos dio Dios a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza"* (2 Tm 1, 6-7). Comentando estas palabras la exhortación PDV, dice: "El Apóstol pide a Timoteo que «reavive», o sea, que vuelva a encender el don divino, como se hace con el fuego bajo las cenizas, en el sentido de acogerlo y vivirlo sin perder ni olvidar jamás aquella «novedad permanente» que es propia de todo don de Dios, —que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5)— y, consiguientemente, vivirlo en su inmarcesible frescor y belleza originaria. Pero este «reavivar» no es sólo el resultado de una tarea confiada a la responsabilidad personal de Timoteo ni es sólo el resultado de un esfuerzo de su memoria y de su voluntad. Es el efecto de un dinamismo de la gracia, intrínseco al don de Dios: es Dios mismo, pues, el que reaviva su propio don, más aún, el que distribuye toda la extraordinaria riqueza de gracia y de responsabilidad que en él se encierran" (PDV 70).

La vuelta a la gracia ministerial, y también de su consagración religiosa, que tanta alegría le dio recibirla en el día de la profesión y de la ordenación, es obra también de Dios. Por eso, hay que postrarse ante el Señor y suplicarle que nos devuelva esa alegría. Pero también es *tarea común*, a tenor de estas palabras de San Agustín: "Yo os custodio por el oficio de gobierno, pero quiero ser custodiado con vosotros. Yo soy pastor para vosotros, pero soy oveja con vosotros bajo aquel Pastor. Desde este lugar soy doctor para vosotros, pero soy condiscípulo vuestro en esta escuela bajo aquel único Maestro"[9].

Todos tenemos que luchar para acabar con ese afán de diferenciarnos por roles, que son débiles y fragmentarios, para afirmar nuestra identidad. Hay que recrear la unidad vocacional desde dentro, en comunión con Jesús, quien en su vida nos expresa todo el amor del Padre. Todos hemos tenido la alegre y entusiasta experiencia de sentirnos unidos a Jesús que llenaba de sentido, de luz, de confianza, de disponibilidad, de coraje nuestra entrega y sin condiciones. Él había aparecido en nuestra vida como el amigo. Nos había llamado por nuestro nombre y nos había seducido. Nos quedamos con Él y comenzamos a pensar toda nuestra vida en comunión con Él, asumimos su causa de reunir lo que estaba disperso, de salvar a todos los hombres y crear la gran familia de los hijos de Dios.

La experiencia vocacional recorre una historia de mediaciones. No se vive la vocación de modo abstracto, sino en un espacio, en un tiempo y en contacto con personas e instituciones portadoras de otros dones. El religioso presbítero cultiva la fidelidad a su vocación desde estos tres aspectos:

a) Desde sus raíces carismáticas y su espiritualidad

En ellas se enraíza y se nutre su vocación. El carisma fundacional le da consistencia en la Iglesia y le hace crecer en el seguimiento y en la caridad pastoral.

Los carismas enriquecen la Iglesia y, cuando se comparten, hace que la belleza de la Iglesia sea notoria y admirada. Pero no es fácil guardar el equilibrio entre los sentimientos sobre lo que es propio y lo que contribuye al bien de la comunidad. Hay religiosos presbíteros que

9 SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 126,3.

se avergüenzan u ocultan sus propios orígenes y hacen de menos su pertenencia. Por el contrario, hay quienes exhiben con excesiva notoriedad su "marca" identitaria. Los dos extremos son malos. Pero beneficia a las comunidades saber quién es y desde qué presupuestos da testimonio o presta su servicio.

Entrar en contacto con otro carisma y compartir inquietudes y esperanzas es enriquecedor. Es afirmar la comunión fraterna que pide consideración y respeto. Desde este presupuesto, la comunidad ayuda al religioso presbítero aceptando el don del que es portador y, también, purificando los extremos indicados; apreciando el estilo de vida y favoreciendo la pertenencia a la comunidad local, provincial y congregacional; fomentando la disponibilidad ante los posibles cambios de personas en el servicio a la comunidad...Al religioso presbítero se le pide, igualmente, aceptación del carisma de la comunidad a la que sirve y que no sobrepasarse, es decir, que no se entrometa en lo que a esta le es propio. No se le puede consentir al religioso presbítero que neutralice su espiritualidad. Se le ha de pedir que ejerza de mistagogo en su servicio a la comunidad.

b) Desde el radicalismo evangélico inherente a su vocación

Todo Instituto nace en la Iglesia con una novedad y radicalidad sorprendentes. Las nuevas comunidades tienen siempre vocación de seguimiento incondicional, muy ligeras de equipaje, con mucho fuego dentro y con una intensa comunión fraterna. El mensaje de Jesús es radical, es exigente, es como arista punzante e inquietante. La aventura de la fe y decir a Jesús que sí compromete la persona entera y todas sus relaciones. Los religiosos debemos manifestarlo en el amor fraterno, en la reconciliación, en el perdón de los enemigos, en la vivencia de la pobreza, de la castidad, de la obediencia y de la disponibilidad.

La expresión de este radicalismo evangélico debe estar presente en el corazón y en la palabra de cada religioso presbítero para que las comunidades estén despiertas, para que sean vivas, para que muestren a quién pertenecen y cuáles son sus primacías. Igualmente es verdad que la comunidad le puede ayudar al religioso presbítero desde la expresión de su fe en la oración, desde su gozo en la convivencia, desde sus iniciativas apostólicas, desde su participación

en las celebraciones litúrgicas. Nos retratamos todos, a veces, en la celebración de la Eucaristía, en los encuentros fraternos, en los retiros y en las actividades de formación permanente. La inercia, la rutina y la irrelevancia cercan y amortiguan el radicalismo evangélico. No basta el cumplimiento de lo que habitualmente hacemos, sino ser dóciles al Espíritu Santo que quiere incluirnos entre los bienaventurados del Reino (cf. Mt 5, 1-12).

c) Desde la proyección misionera

La fidelidad al carisma fundacional va unida a la entrega total de la propia vida, en el tiempo y en el espacio, por el Evangelio. En el origen del Instituto está inscrito un para qué, una finalidad, una razón de ser que no es otra que la misión. Autentificamos nuestra fidelidad cuando articulamos nuestro pensamiento, nuestros afectos y nuestros compromisos en torno a la misión salvadora de Jesús, que se concretizan en obras y actividades concretas. Por lo tanto, en el ámbito de la Iglesia local y según el proyecto pastoral de la misma.

Las comunidades religiosas de Hermanas o de Hermanos que muestran su vitalidad misionera son incentivo y acicate para los religiosos presbíteros que están a su servicio. Les estimula y les hace repasar, por confrontación, su propia vida, su implicación pastoral. Del contacto con comunidades religiosas han salido muchos misioneros hacia otros países con compromisos en vanguardia. Las comunidades tienen capacidad de reencender el fuego del celo apostólico y orientar el corazón hacia lo que Dios quiere.

3. Previniendo y alertando ante las tentaciones

Como cualquier ser humano, también el religioso presbítero se siente tentado de distintas formas. Me fijo en tres de las grandes tentaciones:

a) El clericalismo (poder y prestigio)

El clericalismo está emparentado con el indebido afán de afirmar el propio ego, de alcanzar reconocimiento social y de lograr prestigio para sus intereses y ser admirado y enaltecido. Luego viene la autocomplacencia. Es fácil esconderse detrás de la máscara y actuar

con prepotencia o con paternalismo. De él deriva el abuso de poder en fuerza de su ministerio, olvidando que “los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad, quieren ser llamados bienhechores; mas no así entre vosotros.” (Lc 22, 25-26). ¿En qué queda el *testimonio* y el *servicio*? El clericalismo pone a ras de los suelos la credibilidad del ministerio y de la vida religiosa.

También el clericalismo va emparejado con el funcionariado. El religioso presbítero presta servicios como quien tiene una obligación formal que cumplir, pero no hay señales de inventiva y creatividad para que la comunidad siga creciendo, se sienta gozosa, se anime en su trabajo a favor de los que tiene encomendados. Mantiene una distancia o contraposición cómoda, sin sensibilidad y sin implicaciones. Ha perdido la implicación del ministro con el pueblo, pues ya no está en medio como el que sirve; y ha dejado de ser ese buen pastor que conoce a sus ovejas, que va delante y que entrega su vida por ellas.

Las comunidades pueden contribuir a corregir esta desviación desde la acogida, la gratuidad, desde las interpelaciones evangélicas y desde la misma corrección fraterna. Soy consciente de lo difícil de esta tarea, pero hay que intentarlo y a las comunidades, sean masculinas o femeninas, no les falta intuición y sabiduría evangélicas para decir la palabra oportuna.

b) La inmadurez en el uso de la libertad y de la afectividad

Todos estamos expuestos a la huída en el uso de la libertad y al descontrol en los afectos. Son dos signos que revelan la parte más humana del religioso presbítero, pero también la más evangélica en tanto que discípulos de Jesús. La libertad se nos ha dado como un don, sus raíces están en la benevolencia y la misericordia divinas. Hemos sido introducidos en misterio de la Alianza y somos sus servidores. “Siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda” (1 Co, 9, 19). El crecimiento armónico interior es tarea de toda la vida. Siempre queda algo por integrar y armonizar en las distintas dimensiones: humanas, espirituales y apostólicas. El ejercicio de la libertad, que nos lleva a estar eligiendo siempre el bien superior, el bien absoluto, tropieza demasiadas veces con obstáculos que impiden hacer de nuestra vida un signo de la nueva creación (cf. Rm 8, 18-21). Quien preside y orienta una comunidad tiene que

ser particularmente transparente y libre en su corazón. Libre de todo condicionamiento y libre para vivir intensamente la disponibilidad que exige el anuncio universal del Evangelio. Ha de eliminar toda sospecha de equivocidad, engaño y doble vida; ha de estar libre de todo interés económico, del afán de hacer carrera, de alcanzar honores y aplausos. Nos debemos a los demás, siendo modelos de la comunidad (cf. 1 P 5, 2-3).

> "Sólo desde el amor
> la libertad germina,
> sólo desde la fe
> van creciéndole alas.
> Desde el cimiento mismo
> del corazón despierto,
> desde la fuente clara
> de las verdades últimas"[10].

Probablemente hemos reparado poco en nuestra capacidad de amar y de ordenar nuestros afectos humanos hacia el amor fraterno, hacia la amistad y hacia la acogida y la entrega por el bien de las personas como son en sí mismas. Amar y ser amado es consustancial al ser humano. El ministerio del religioso presbítero transcurre desde este potencial rico y noble que poseemos. Jesús, San Pablo, los grandes apóstoles de todos los tiempos han sabido rodear su servicio a los demás de ternura, de amor entrañable, de delicadezas humanas. Pero es preciso encauzar bien los afectos, tanto activos como pasivos. De otra suerte se corre el riesgo de perder la serenidad y no vivir en paz, de obstaculizar la libertad interior y de entrar en situación de conflicto.

> "Ver al hombre y al mundo
> con la mirada limpia
> y el corazón cercano,
> desde el solar del alma.
> Tarea y aventura:
> entregarme del todo,
> ofrecer lo que llevo,
> gozo y misericordia.
> Aceite derramado

10 Himno de la Hora intermedia del miércoles. Liturgia de las Horas.

para que el carro ruede
in quejas egoístas,
chirriando desajustes"[11].

¿Qué puede hacer la comunidad religiosa cuando ve al religioso presbítero en estas situaciones proclives a perder la libertad interior y entrar en un desorden amoroso? Además de la necesaria e incesante oración, es importante la comprensión y la claridad. Somos capaces de estar comentando y nadie se atreve a tener una palabra con autoridad moral para amonestar, corregir y encauzar. Lo han hecho muchos hombres y mujeres en la vida consagrada. Doy testimonio de su gran ayuda y del éxito obtenido. Afrontaron el tema desde su raíz, desde la fidelidad a la vocación recibida como experiencia de gracia y de misión.

c) La mediocridad

Propiamente hablando, la mediocridad es el resultado de haber sido tentado y haber caído en la indiferencia, en la pereza, en el ir tirando sin hacer esfuerzos, sin deseos de superación. Suele ir precedida de otros pecados reiterados que han amortiguado la sensibilidad espiritual; han neutralizado las energías y la creatividad y han puesto entre paréntesis las exigencias carismáticas y apostólicas. Las manifestaciones son diversas: se exterioriza la monotonía; se produce el nivelacionismo de los estados de vida que se expresa con el "qué más da"; se llega al descompromiso o aburguesamiento; abunda la evasión de muchas formas y no se implica en tareas serias o de responsabilidad; se entrega al consumismo y se buscan compensaciones[12].

Ayudar a cualquier persona, pero más si es religioso y sacerdote, cuando se halla inmersa en una situación semejante es muy difícil. Con razón dice el Apocalipsis: "Ojalá fueras tibio o caliente" (cf Ap 3, 16). Más que en otras ocasiones, es preciso no dejarle a su aire, en su

11 Ibíd.

12 Cf. CdC,12. "Nos vamos acostumbrando a todo y nos volvemos duros e insensibles. Nada nos maravilla ni espanta. Hemos perdido el sentido de la admiración y de la compasión. El avance más espectacular de la ciencia y de la técnica no nos dice ya nada, porque al día siguiente producirá uno mayor. Y la desgracia más espantosa nos resbala porque mañana nos desayunaremos con otro más terrible. Cuando esto sucede deberían encenderse las luces rojas de alarma y tendríamos que preguntarnos: ¿qué modelo de hombre y de sociedad estamos construyendo? ¿Qué proyecto de hombre y de sociedad queremos para el futuro?". BESTARD, J. *Diez valores éticos*. Madrid: PPC, 2004, 12-13.

ambigüedad, en su escepticismo. Es cuando más falta hace ofrecerle testimonios vivos que suscitan la admiración, el asombro, la búsqueda y la conversión a lo esencial. Es preciso proporcionarle oportunidades de choque espiritual, introducirle en momentos de especial contemplación y adoración. Sugerirle frecuentar experiencias en las que tenga que hacerse preguntas últimas, vg.: ante la belleza y bondad divinas, ante la injusticia, ante la pobreza, ante la marginación o la exclusión, ante los enfermos terminales. A veces resultan revulsivos ciertos relatos vocacionales o de situaciones de vida que le ayudan a caer de la nube de sus sueños. Muchos estados de ánimo de descontrol emocional y de ambigua fantasía se curan con el mero despertar a la realidad dura de cada día.

4. Ofreciéndole comprensión y ayuda en las fragilidades

La fragilidad le acompaña al ser humano de muchas maneras. También algún religioso presbítero sufre la debilidad y cae lesionado porque no soporta los momentos de soledad, de incomprensión, de fracaso, de tribulación y hasta de persecución; le llegan los desencantos y los desengaños; pierde las ilusiones y aparece la anemia espiritual y apostólica. Las asechanzas no siempre se saben sortear y llegan las caídas y las consiguientes heridas. Pero puede curar como curó Pedro con sólo caer en la cuenta de la mirada de Jesús (cf. Lc 22, 62).

No podemos ocultar el pecado, pero podemos bendecir al Señor que llena el mundo con su misericordia, le entrega la paz y el ministerio de la reconciliación. Dios es el Señor de nuestra vida y es más grande que nuestros pecados; su fuerza poderosa triunfa sobre nuestra fragilidad; su luz vence nuestra oscuridad y su bondad devuelve el gozo y la alegría de la salvación. En vez de decir “lo siento”, afirma: “Dios te ama”.

La postración no es postura para un religioso presbítero herido, sino la confianza de seguir siendo amado por Jesús, su amigo. Esto lo entiende muy bien una comunidad que tiene talante samaritano y sabe de hospitalidad y que cuenta con personas consagradas limpias, serenas y animosas. Sólo comunidades reconciliadas son capaces de ser testigos y proclamar la misericordia; están dispuestas a acoger, comprender y perdonar; no tienen reparo en continuar caminando juntos; y, cuando no pueden hacer más, lo ponen con paz en las

manos del Todopoderoso. Imploran la bendición divina, sin más. Pero no culpabilizan, no critican, no excluyen ni rechazan, no murmuran. La victoria quedará inscrita en la fraternidad, signo de la presencia del Señor.

5. Invitándole a ser testigo de esperanza

Jesús es el Señor de la historia y es “nuestra feliz esperanza” (Tt 2, 13). Está vivo en la Iglesia y es fuente de esperanza para todos los hombres. Siguen resonando sus palabras: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Cómo no tenéis fe?” (Mc 4, 40). “Ánimo, soy yo; no tengáis miedo” (Mc 6, 50). En el libro del Apocalipsis, escrito en tiempos de tribulación, persecución y desconcierto, dice Jesús: “No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos” (Ap 1, 17-18).

Nuestra Iglesia y nuestra sociedad necesitan testigos de esperanza. Necesitamos hombres y mujeres, sacerdotes y religiosos, pobres y fuertes, que vivan esperanzados y se sientan envueltos por el misterio pascual (saboreando la cruz y dejándose iluminar por la luz de Cristo); que se hallen enraizados en la contemplación y frecuenten la oración; que sepan sopesar y ponderar, a la luz de lo definitivo, lo que adviene y vean en todo una oportunidad de salvación. Necesitamos testigos del Invisible, que estén enteramente abiertos al don de Dios y a su promesa y sean osados en sus empeños por los que sufren, por los que ni siquiera pueden agradecer. En el deseo de encontrarnos nosotros entre ellos, podemos ayudarnos mutuamente. El religioso presbítero debe ser testigo y servidor de la esperanza en la comunidad religiosa y ésta, a su vez, ayudarle a que no decaiga la suya. En tres puntos podríamos hacer converger la ayuda:

1) Cultivar las semillas de esperanza en el contexto de sociedad y de Iglesia que estamos viviendo. Honestamente no podemos ser derrotistas. Ahí están unos cuantos signos positivos: La centralidad de la Palabra de Dios y la lectura de la realidad desde ella (discipulado), la correlación y reciprocidad de las vocaciones, carismas y ministerios, los movimientos de espiritualidad de comunión, el compromiso misionero en tiempos de precariedad, la misión compartida con los laicos, el ecumenismo, los círculos de pensamiento, búsqueda y diálogo, los movimientos de solidaridad

con los nuevos pobres, la integración de los inmigrantes, etc...Si cultivamos todos estos signos y otros de vida nueva que emerge, alumbraremos una nueva sociedad y una Iglesia más concorde al espíritu del Evangelio y del Vaticano II.

2) Celebrar, anunciar y servir el Evangelio de la Esperanza. Si cuidamos las celebraciones de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía; si preparamos las catequesis y lo que hemos de enseñar; si nos disponemos para realizar con competencia lo que nos corresponde en nuestra profesión, seguro que estaremos dándonos señales de esperanza mutua y ofreciendo a los demás razones para esperar.

3) Caminar juntos y haciendo de la fraternidad un signo de la presencia de Dios entre nosotros. La comunidad reconciliada y en esperanza es el mejor signo de que Dios está en medio de nosotros y de alejar el miedo. Es el mejor servicio a la Iglesia. No hay que perder la confianza en lograr que nuestras comunidades sean pascuales, samaritanas y misioneras. Sabiéndonos amados por Dios, abrazando su cruz redentora y fiándonos en su Palabra, lo conseguiremos.

III. CONCLUSIÓN

La figura de religioso presbítero en la que sueño habría de tener estos rasgos:

1. ***Agradecido*** porque antes ha sido agraciado (Como María en el Magníficat)

2. ***Reconciliado***, porque ha experimentado la misericordia y la bondad divinas y hace suyo el salmo 50 (Miserere).

3. ***Serenado*** porque sabe que el Señor es su Pastor y, aunque atraviese cañadas oscuras, nada teme (Se apropia el salmo 22).

4. ***Autenticado*** porque asume, como Jesús, el destino de su vida ofrecida en amor glorificando al Padre (Hace suyas las palabras de Jesús: Jn 12, 20-28)

5. ***Enardecido*** porque le apremia, como a Pablo, la caridad de Cristo (cf. 2 Co 5, 14)



Ministerio ordenado desde la perspectiva del Espíritu Santo. Consideraciones en torno al año sacerdotal

P. José Cristo Rey GARCÍA PAREDES, CMF

Ha concluido el año sacerdotal. Más de 15.000 presbíteros se han reunido en Roma para culminar –en torno al Papa y no pocos obispos- un año que nos ha interpelado, inquietado, puesto al aire heridas no cicatrizadas y nos ha ayudado providencialmente a repensar la herencia recibida.

Interpelación: lo oficial

Sé que hay grupos en la Iglesia tan obedientes que se entregan ciegamente a cualquier iniciativa pontificia, la defienden a capa y espada y cualquier reserva les parece infidelidad, desobediencia. Para tales grupos el año sacerdotal ha sido un éxito, a pesar de las campañas difamatorias contra la Iglesia.

Lo importante para ellos y ellas es que ha suscitado en la Iglesia y en los ministros ordenados una oración muy intensa para que Dios conceda a su Iglesia sacerdotes “santos”, “celosos”, “castos”, “entregados”, “llenos de caridad pastoral”, “obedientes a las directrices y enseñanzas del Papa y de sus Obispos”, socialmente identificables. La figura del cura de Ars, san Juan Bautista Vianney hay sido presentada como “prototipo”, desde el principio hasta el final. Sus imágenes se han multiplicado por todo el mundo.

Por otra parte, el sacerdocio se ha conectado conscientemente con la Eucaristía: no solo con la celebración de la Eucaristía, con la Liturgia, sino también con la exposición y adoración del Santísimo, con la piedad eucarística. Las celebraciones del *Corpus* han adquirido este año una tonalidad inequívocamente “sacerdotal”.La celebración de la Eucaristía con el rito extraordinario, en latín, con los viejos ornamentos, con el estilo antiguo, han encontrado acogida en un buen número de iglesias particulares.

En este año la atención se ha centrado sobre todo en la entrega al ministerio de santificación, comenzando por la propia vida. El “sacerdote” es el hombre del altar, del confesonario, de los sacramentos, de la oración, de la caridad constante. Por eso, el sacerdote auténtico rehúye toda secularización, se distingue, aporta algo distinto. En la entrega de su vida se ha de parecer al Buen Pastor que entrega la vida por sus ovejas y ofrece su vida en sacrificio.

No pocos miembros del pueblo de Dios han podido constatar quiénes son los ministros ordenados en quiénes se refleja o encarna esta imagen sacerdotal y en quiénes no.

Por otra parte, hay formas de ministerio ordenado, como por ejemplo, la de los monjes, religiosos, que no han merecido ser oficialmente consideradas. La reflexión y exhortación se ha centrado primordialmente en el ámbito diocesano, parroquial, dejando este tipo de ministerio en una cierta exclusión[1].

Inquietud: entre bastidores

Por otra parte, he visto que el año sacerdotal no ha suscitado tanto entusiasmo y pasión como el “año paulino”. La evocación de la figura de Pablo nos puso en contacto con nuestras raíces apostólicas, con textos fundantes de la Iglesia. Pablo nos invitó superar el judaísmo, a abrir nuevos horizontes misioneros, a situarnos en lo fronterizo, con tal de predicar el Evangelio de Jesús. El contraste entre el “año paulino” y el “año sacerdotal” es sintomático.

1 El Instituto Teológico de Vida Religiosa de Madrid (agregado a la Universidad Pontificia de Salamanca) organizó un simposio sobre “Ministros Ordenados Religiosos” para reinvindicar en la Iglesia ese tipo peculiar de ministerio ordenado, al cual apenas se han hecho referencias en declaraciones o documentos oficiales: cf. Aquilino Bocos Merino y otros (ed.). *Ministros Ordenados Religiosos. Situación – Carisma – Servicio.* Madrid: Publicaciones Claretianas, 2010.

El año sacerdotal –muy bien acogido por los grupos más tradicionales de la Iglesia, o en las iglesias diocesanas- no ha encontrado tanto eco en otros grupos que de una u otra forma se han sentido desplazados. Ha habido grupos de teólogos y teólogas que no han querido expresarse, ni desarrollar sus puntos de vista sobre el "ministerio ordenado" en la Iglesia por desconfianza, por pensar que este no es el momento adecuado para plantearse a fondo cómo ha de configurarse el ministerio en la Iglesia hoy.

Es verdad que, por no sé sabe qué causa, el año sacerdotal se ha visto empañado por una constante denuncia de casos de pederastia por parte de sacerdotes y de encubrimiento por parte de jerarquías. Es alarmante descubrir que hay entre nosotros ministros ordenados que utilizan el poder para dominar, humillar, someter como esclavos o esclavas sexuales a menores de edad, que hacen víctimas a los indefensos y los marcan así para el futuro. Es lamentable la falta de sensibilidad hacia las víctimas de quienes los han estado y siguen encubriendo, para no dañar la imagen corporativa. "Nada hay oculto que no llegue a descubrirse", decía nuestro Maestro. Las circunstancias nos han hecho centrar nuestra atención en estos casos infames, que –a pesar de ser excesivamente numerosos-, no configuran al gran cuerpo de los ministros ordenados.

La fijación en estos casos minoritarios dentro del conjunto de los ministros ordenados en el mundo, ha impedido que nos pudiera centrar más en preguntas que, a mi modo de ver son cruciales, en el ejercicio del ministerio ordenado en nuestro tiempo:

- ¿Qué tipo de ministros ordenados necesita hoy el pueblo de Dios?
- ¿Se sienten los *christifideles*(fieles cristianos) bien servidos, respetados, amados, animados, impulsados por sus ministros ordenados?
- Y si formulamos la cuestión de una forma mucho más teológica: ¿Qué tipo de ministros ordenados quiere el Espíritu Santo, Espíritu de Jesús, que atienda al pueblo de Dios?

El anticlericalismo que se palpa en algunos ambientes no es sólo producto de la laicización de la sociedad –aunque también-. Es

resultado de formas inadecuadas, no evangélicas de entender "el poder sacerdotal". El clericalismo está unido al autoritarismo, al dogmatismo, al moralismo, al rigorismo. Hay comunidades y fieles cristianos que se quejan del autoritarismo de sus presbíteros, de su falta de diálogo y respeto a la diversidad, de su talante excluyente. Hay grupos cristianos que se diluyen, se dividen. Hay creyentes que se alejan, se separan a causa de los "ministros ordenados".

El "año sacerdotal" no nos ha permitido tomar suficiente conciencia de que necesitamos curas humildes, dialogantes, inclusivos, respetuosos de la dignidad de cada comunidad cristiana y cada uno de sus miembros (mujeres y varones, ricos y pobres, intelectuales y no escolarizados). Y que hemos de poner un freno a los curas movidos por la avaricia, por la envidia, la soberbia, la petulancia, el afán de tener siempre la razón e imponer sus ideas, el deseo no oculto de ir escalando hacia nuevos niveles de poder y confundir sus propias aspiraciones políticas con los intereses del Evangelio.

Jesús pronunció la bienaventuranza de los perseguidos a causa de la justicia. La persecución acompañará siempre a su Iglesia. Así nos lo dijo. Pero, él no pronunció una bienaventuranza a los perseguidos "causa de su injusticia". También hay injusticia entre nosotros y persecución social a causa de ello. Cuando esto acontece, no deberíamos honestamente excusarnos hablando de una campaña mediática de "difamación". Jesús nos dijo que nuestras buenas obras harán que los hombres den gloria a Dios. ¡No hay tanta maldad en la gente como a veces suponemos!

La lectura providencialista

Otros pensamos que el Espíritu Santo dirige a la Iglesia "a pesar de todos los pesares", que el Señor resucitado es capaz de convertir el agua en vino. Por eso, el año sacerdotal ha sido para no pocos y pocas un año inquietante, perturbador, que nos ha hecho pensar, meditar, orar y suplicar al Espíritu una nueva visión.

Si todo cambia tanto, si la Iglesia es pueblo peregrino, en constante movimiento y transformación, si el Espíritu nos va llevando hacia la "verdad completa" y se da una maduración progresiva en las comunidades de fe, ¿no será necesario re-novar el ministerio

ordenado en la Iglesia y evitar todo intento de simple res-tauración? ¿No habrá que preguntarse qué habría que hacer para que la voluntad de Dios se cumpla en la configuración y espiritualidad de los ministros ordenados?

¿Cómo entender el ministerio ordenado en un momento histórico tan diferente de otras épocas, en un auténtico cambio de época? ¿Qué cuidado pastoral, sacramental, profético necesita una comunidad cristiana y humana de personas cada vez más conscientes de su dignidad, de su libertad y autonomía? ¿Cómo liderar comunidades de mujeres y de hombres que en las sociedades democráticas asumen importantes responsabilidades y que en la Iglesia se han sentido como meras "ovejas", o meros espectadores de directrices y enseñanzas en las cuales ni son consultados? ¿Cómo entender el ministerio desde el Espíritu de Jesús ante nuestras hermanas las mujeres, conscientes cada vez más, de sus carismas y capacidades para el servicio?

Estoy seguro que los frutos del Espíritu a lo largo de este año se irán recogiendo en años sucesivos. Debido a eso que llamamos "la ecología de la acción" los efectos positivos de este año van a ser insospechados en los próximos años.

Repensar la herencia recibida

Lo importante es lo que viene ahora, a partir del día 12 de junio de 2010, apenas clausurado el año sacerdotal. Yo lo expresaría en los siguientes postulados:

• No se puede entender el ministerio sacerdotal sin pensar a fondo en qué consiste el "Sacerdocio fundamental de Jesucristo" y el "sacerdocio fundamental compartido por todo el Pueblo de Dios". Las cristologías no han integrado adecuadamente el mensaje de la llamada carta a los Hebreos y el significado del "Sacerdocio según el orden de Melquisdec"; las eclesiologías tampoco han desarrollado la teología del "Pueblo sacerdotal" y su aplicación a cada una de las formas de vida cristiana y a la correlación con los ministros ordenados. La acaparación y el monopolio de la terminología sacerdotal por parte de los ministros ordenados desfigura y desequilibra la comprensión del sacerdocio en la Iglesia y las diversas formas que asume.

• Por otra parte, bien sabemos que los ministros ordenados no reducen su ministerio únicamente al "*munus*" sacerdotal, sino también ejercen el "*munus*" pastoral y de gobierno y magisterial. La excesiva acentuación de "lo sacerdotal" –en la comprensión del ministerio ordenado despista y nos vuelve unilaterales. No solamente necesitamos "sacerdotes santos", sino personas con carisma de liderazgo, de empatía con las comunidades cristianas, entregadas a la Palabra de Dios, humildes cuidadoras de una comunidad que no les pertenece, sino que les ha sido confiada por el Señor Resucitado a quien únicamente pertenece. El ministro ordenado es servidor del "puesto vacío", de aquella ausencia que tras la subida del Señor al cielo, lo evoca constantemente. El ministro ordenado no tiraniza, ni hace víctimas: es ministro de reconciliación.

• El ministerio ordenado no se debe apropiar las funciones exclusivas del Espíritu. En la celebración de las acciones sacramentales de la Iglesia el Espíritu Santo tiene un lugar único: las llamadas epíclesis, u oraciones al Espíritu, son momentos fundantes de la Sacramentalidad. Por eso, no es verdad decir que el sacerdote consagra, perdona, hace lo que otros no pueden hacer. El único que consagra es el Espíritu. El ministro ordenado, en nombre de la Comunidad, intercede al Espíritu. Pero él no es el Espíritu Santo. El olvido de la dimensión pneumatológica del ministerio y de la sacramentalidad ha introducido en la Iglesia un lenguaje inadecuado sobre "los poderes sagrados". Las fórmulas sacramentales de intercesión sobre aquellas que más hacen justicia a la Santa Trinidad.

• El ministerio ordenado es una vocación. Realiza una función de tal calibre, hondura e importancia para el cuerpo eclesial, que sólo puede ser ejercido por quien haya recibido el carisma de Dios y haya sido reconocido y oficializado como tal por la Iglesia.El ministerio ordenado nos hace participar en la "*misio Dei*", en la acción misionera del Espíritu Santo que hace memoria de Jesús, lleva a la verdad, protege a la comunidad cristiana. Se trata de una vocación "*ad vitam*", no de una tarea que hoy se realiza y mañana no. La vocación al ministerio ordenado es, ante todo, la vocación del "testigo fiel", agraciado por el Espíritu de Pentecostés, cualificado y oficial de la fe de la Iglesia que ayuda a las comunidades cristianas y a cada creyente a no apartarse de la fe recibida, de la gran Tradición, el que ayuda a la Iglesia a ser

la Iglesia de Jesucristo y no de otro. Muchos se preguntan, y cada vez más, si es auténtica la vocación al ministerio ordenado que no pocas mujeres y personas casadas o con vocación también matrimonial y familiar dicen sentir; si la Iglesia –en su maduración- no tendría que planteárselo para, en caso positivo, no oponerse, a la voluntad del Espíritu Santo.

• No es fácil discernir las llamadas de Dios en una cultura que silencia a Dios o en la cual resulta muy difícil reconocer la voz de Dios. La experiencia del silencio de Dios, o de su ausencia, bloquea los procesos vocacionales, que en otros contextos culturales podrían ser tan obvias. La Iglesia, por eso, trata en su misión pastoral de ayudar a descubrir la llamada divina, a discernirla durante un largo proceso iniciático, a ayudar la configuración de la respuesta, a preparar para un ministerio vocacional de esta importancia. El envejecimiento de los ministros ordenados y la falta de nuevos candidatos nos invita a re-pensar el tema vocacional de nuevo. Lo importante no es repetir fórmulas y normas tradicionales, sino ver hacia dónde el Espíritu Santo lleva a la Iglesia y cómo el Espíritu Santo configura hoy el ministerio ordenado a favor de la Iglesia.

• Ser ministro ordenado "hoy" es formar parte de todo un cuerpo ministerial de más de 400.000 personas que tienen a su cargo servir a la Iglesia, al pueblo de Dios, en su triple dimensión de Pueblo de Reyes, Pueblo sacerdotal, Asamblea Santa. Este servicio hunde sus raíces en aquel grupo de colaboradores y colaboradoras a quienes Jesús llamó para que estuvieran con Él y para enviarlos a curar enfermos, a expulsar demonios, a anunciar la llegada del Reino de Dios, o a aquel grupo de colaboradores con los apóstoles que se encargaban de transmitir a las comunidades cristianas la fe, las convocaban, las lanza al testimonio. Este cuerpo ministerial no es lo más importante: lo es el Pueblo de Dios, Asamblea Santa, Pueblo sacerdotal. La cuestión es si ese pueblo de Dios se siente adecuadamente servido y atendido por quienes tiene la vocación para servirlo. La gran red de ministros ordenados no tiene razón de ser en sí misma, sino en que sin ella la comunidad se desconfiguraría totalmente. Por eso, es tan importante la comunión de los ministros ordenados, las conexiones entre ellos, el cuidado conjunto para que el gran cuerpo eclesial no se contamine.

Conclusión

La iniciativa del Año Sacerdotal ha sido la gran oportunidad que se nos ha ofrecido a todos los ministros ordenados de la Iglesia católica (obispos, presbíteros, diáconos) y a todos los miembros del Pueblo de Dios para tomar conciencia de nuestra "vocación": es decir, que lo somos no por iniciativa propia o de otros, sino única y exclusivamente por voluntad de Dios. Es nuestro Señor Resucitado el que un día nos salió al encuentro y con los carismas del Espíritu nos habilitó y capacitó para hacer de este ministerio la razón de ser de nuestra vida o de expresar y encarnar nuestra vocación más profunda en este ministerio.

Las circunstancias concretas han impedido que este año además de un año de purificación, fuera un año que abriera nuevas perspectivas. Debemos aprender la lección que la Providencia de nuestro Dios nos ha dado. ¿Seremos capaces de saber porqué?



La personalidad autoritaria y la formación de clérigos y religiosos [1]

P. José Rafael PRADA RAMÍREZ, CSsR.

Leyendo la obra principal de Th. Adorno (1997), "La Personalidad autoritaria" tuve la sensación interna de querer aplicarla a la religión, especialmente a aquella parte tan delicada como es la "formación de los clérigos y religiosos", *no para ensañarme a ver los aspectos negativos de la formación de los ministros del altar, sino para tratar de corregir muchos excesos y presentar una Iglesia más humilde y pura, que ayude a la humanidad necesitada de espiritualidad, ética e interioridad.*

El estudio de Adorno y colaboradores (Sanford, Frenkel-Brunswick y Levinson) coincide en muchos aspectos con las ideas de J. Piaget (1999), el padre de la psicología de la inteligencia y del desarrollo moral, aunque sus paradigmas sean diferentes. No voy a hacer un parangón entre ellos, pero sí los cito a ambos porque me parecen fundamentales en el propósito que me pongo.

*Tengamos en cuenta que **el autoritarismo** es tanto una de las etapas inevitables de la evolución ético-moral de las personas, como uno de los resultados permanentes y finales posibles de la falta de desarrollo moral.* Es decir, podemos tener una personalidad autoritaria porque estamos aún en una etapa inmadura de nuestra niñez, pero la podemos también tener porque de adultos nos falta desarrollo moral y nos hemos fijado o retrocedido a una etapa inmadura de desarrollo.

1 Artículo publicado en la Revista Universitas Alphonsiana de la Fundación Universitaria San Alfonso, Nº 17 - junio de 2010, año 8, Pág. 17 ss, Bogotá, D.C., Colombia.

Adorno y sus colaboradores comenzaron a medir el componente autoritario con una escala AS (antisemitismo), pasaron a una escala E (etnocentrismo), siguieron con una CPE (conservadurismo político económico) que no les dio resultado, y por fin diseñaron, con la experiencia anterior, la escala F (fascismo). No pudieron continuar su extenso trabajo, de más de 908 páginas, por falta de recursos. Sus análisis se extendieron a figuras autoritarias de aquella época como Hitler, Mussolini y otros.

Las variables del autoritarismo, según Adorno

Se habla de "personalidad autoritaria" porque las siguientes variables se dan como resultado de una estructura interna del carácter del individuo, como una síntesis, que es coherente con la expresión de dichas variables. La noción de "personalidad autoritaria" es monolítica. Piaget, al contrario, postula que las personas usan diferentes modos de manifestarse, según el ámbito de actividad en que se encuentran. [2]

1. Convencionalismo

El convencionalismo es un apego rígido y externo a lo convencional, o aceptación de prejuicios de manera rígida y literal, sin consideración a las circunstancias que acompañan el hecho. Es la adhesión a los valores convencionales del **endogrupo** (nuestro grupo, *nosotros*) y la crítica al **exogrupo** (el grupo de los otros, *ellos*). En el convencionalismo se aceptan los valores por presión externa, y cuando cambia la autoridad externa se puede pasar contradictoriamente de un extremo a otro. Así se conserva la tranquilidad de la conciencia, cambiándose del fanatismo de izquierda al de la derecha, y viceversa, continuando con idéntico fervor: es el caso de las conversiones fanáticas.

A menudo en la formación de sacerdotes y religiosos nos apegamos demasiado a los convencionalismos, a que "las cosas se han hecho así y así deben seguir haciéndose", a que lo que enseña la Iglesia

2 Mi análisis se dirige a la práctica educativa en muchos seminarios y casas religiosas. Debo admitir que la Iglesia, a partir del Vaticano II, ha cambiado, al menos teóricamente, muchas de sus metodologías de formación. Prueba de ello son dos documentos muy iluminadores: la Exhortación apostólica de Juan Pablo II "*Pastores dabo vobis*" (1992), y la Instrucción *"Al servicio de la autoridad y de la obediencia" (2008)*, de la Congregación vaticana para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida apostólica

(endogrupo), según yo lo entiendo, es lo único verdadero y los que opinan otra cosa (exogrupo) por fuerza están equivocados. Como nuestro grupo es el bueno y tiene la razón (nuestra Iglesia o institución religiosa) evitamos criticarlo, disimulamos o escondemos sus errores, defendemos a capa y espada “su dignidad”.

La verdadera formación para clérigos y religiosos debería ser abierta: el evangelio es para todas las culturas (no hay culturas buenas y culturas malas) y todas tienen aspectos negativos que hay que corregir y aspectos positivos que hay que fomentar. No hay que tenerle miedo a la crítica, a la evaluación, al “feed-back” o retroalimentación, para corregir el camino que estamos siguiendo.

2. Sumisión autoritaria

Este es el componente masoquista del autoritarismo: deseo y necesidad de un líder fuerte y poderoso, implicando obediencia o rebeldías ciegas. Así se llega a **la incapacidad de dar forma a una autoridad interna: la propia conciencia.** Hay una represión externa, que se asume internamente frente a las autoridades del endogrupo y sus aspectos malos (injusticia, egoísmo, despotismo) y una asignación y proyección al exogrupo, al que se acusa de dictatorial, plutócrata y ambicioso.

Fácilmente en la formación religiosa hemos hablado de “obediencia ciega”, de aceptar sin más lo que manda la santa madre Iglesia sin interiorizar su sentido, de no criticar, de guardar silencio y ofrecer a Dios nuestras opiniones y seguir las de la autoridad constituida. Y, paradójicamente, el evangelio nos enseña otra cosa: a ser libres, a seguir nuestra conciencia rectamente formada, a dar más importancia a lo que sale de dentro y no a lo que viene de fuera (Mc 7, 21).

Una auténtica formación de clérigos y religiosos no debe nunca olvidar la formación de la conciencia. El Concilio Vaticano II en su Constitución *Gaudium et Spes*, número 16 afirma bellamente: “La conciencia es como un núcleo recóndito, como un sagrario dentro del hombre, donde tiene sus citas a solas con Dios, cuya voz resuena en el interior”. Si no logramos formar la conciencia en los seminaristas y candidatos a la vida religiosa, no hemos hecho nada, ¡no hay formación!

3. La agresividad autoritaria

La agresividad tiene razones adaptativas (A. Vélez 2007, 538-543), pero la agresividad autoritaria es aprendida. Como el individuo se siente oprimido y privado de vivir espontáneamente por el sistema rígido y los sentimientos de culpa, busca en quién descargarse y lo hace con los del exogrupo. *Esta es la componente sádica del autoritarismo.* Esta actitud presenta características contradictorias de temor al castigo y tendencia a castigar, de crítica fuerte por la sensualidad imaginada en el exogrupo y de sentimientos sexuales propios turbulentos y violentos, y simultáneamente, reprimidos. Su agresión hacia el exogrupo se apoya en supuestas "razones de alta moral", y su agresividad puede alcanzar manifestaciones muy violentas. La causa profunda de esa rigidez, agresividad, automatismo y falta de coherencia es la dependencia de agentes exteriores para tomar decisiones morales. Se puede decir que *la conciencia está externalizada*. A esta condición se le llama "debilidad del yo", falta de integración entre los agentes morales que el sujeto acata y el resto de su personalidad.

En la formación de seminaristas y religiosos nos han enseñado, muchas veces, a reprimir y no a encauzar nuestra agresividad y sexualidad, y a proyectarlas en contra de los otros (el exogrupo) a los cuales debemos sacar del error, convertir a la brava, hacerlos "buenos" como nosotros. Una exagerada agresividad autoritaria dio origen, en otros tiempos, a despreciar el "yo" y a supervalorar lo que dijeran las autoridades eclesiásticas: "Doctores tiene la santa Madre Iglesia que saben responder a estas preguntas....", decía el Catecismo Astete, cuando el fiel sencillo y humilde no podía responder a las disquisiciones filosófico/teológicas.

En la formación podemos traer argumentos de autoridad, pero lo debemos hacer muy raramente, pues son los más débiles. Debemos utilizar la razón, la ciencia que avanza por probabilidades, el análisis detallado. Esto no quita en nada el acto de fe que es, ante todo, una gracia que Dios concede a los humildes y a los que se la piden. De ahí que **la humildad** (*Espiritualidad desde abajo,* dice Anselm Grün) y **la oración** (*El que ora se salva, el que no ora se condena,* dice san Alfonso) sean componentes esenciales de la formación religiosa, para que la razón y las ciencias humanas las utilicemos pero no nos quedemos solamente en ellas.

4. Anti-intracepción

Es la actitud de oposición a la introspección, actitud de impaciencia y de franco rechazo a las personas que son tiernas, subjetivas e imaginativas. *La personalidad autoritaria, por no estar segura de ser interiormente correcta, teme quedar al descubierto*, por lo que rechaza lo que ella llama "intromisión de terceros", y evita los temas y relaciones personales. Esta actitud lleva a la desvalorización de lo humano y a la sobre-estimación de lo material y concreto: las personas se tratan como objetos y éstos se revisten de atracción y cuidados emocionales.

Muchos formandos no son amigos de ir al interior, a la conciencia, usando la introspección, *sino que buscan la autoridad externa para apoyarse en ella y sentirse seguros*. También se les ha enseñado a no revelar sus sentimientos, su vida íntima, y a mantenerse al margen de la amistad particular, para evitar las relaciones personales y los peligros que encarnan el ser tiernos y el dejarse conocer. El conocimiento de quién es el formando estaba reservado a su confesor, a su director espiritual y a su superior canónico.

Hoy día, después de una crisis de décadas en las que la formación fue muy volcada hacia lo exterior, la preparación religiosa de seminaristas y candidatos a la vida consagrada está cambiando. *Se les pide mayor conocimiento de sí mismos, de su interioridad, de sus motivaciones*. Volvemos a las fuentes de los místicos y ascetas de la Iglesia (Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.) para los cuales el conocimiento de sí era esencial para la aceptación de Dios.

5. Superstición y estereotipia

La superstición es la tendencia a explicar los fenómenos de la naturaleza por causas fantásticas, mágicas, divinas, y la creencia en la validez de "conocimientos ocultos, arcanos, misteriosos". *La estereotipia*, por su parte, es la disposición a pensar en categorías rígidas, con falta de agudeza psicológica y social. Esta última nos incapacita para captar las sensaciones y estados de ánimo de los otros y, por lo tanto, de graduar/sintonizar nuestras respuestas; de esta manera el sujeto actúa sin darse cuenta, o ignorando las reacciones de los demás. Así la personalidad autoritaria usa muchos clichés pseudocientíficos:

"está demostrado que...", "como todo el mundo lo sabe...", "según estudios muy antiguos...".

La superstición se encuentra en la formación de clérigos y religiosos cuando se les forma en devocionismos vacíos, prácticas milagreras, oraciones sentimentaloides, manifestaciones emocionales como descargas afectivas que alienan pero que no comprometen. La estereotipia se crea cuando se insiste en la repetición de fórmulas vacías, argumentos de autoridad, afirmaciones de que "aquí se ha hecho así, y se sigue haciendo lo mismo". No hay espíritu crítico, creatividad, imaginación y transformación.

Los seminaristas y candidatos religiosos deben ser muy conscientes de que **su opción es ante todo por Jesucristo, y luego, como consecuencia, por los pobres**. *Esta opción por Jesucristo debe pasar por los sentimientos y emociones, pero debe ir más allá hasta formar convicciones y decisiones.* La piedad popular debe madurar hasta convertirse en una piedad evangélica que, sin negar la emoción, se dé cuenta que el único camino que lleva a la resurrección es el de la Cruz libremente aceptada.

6. Seducción del poder y la fortaleza

Se exageran los atributos que se supone deben tenerse. Es la expresión del "complejo de poder" y de la super-capacidad de los así llamados "buenos. La relación humana se plantea en términos extremos: fuerte/débil, superior/subordinado, líder/seguidor, bueno/malo, etc. *Resulta contradictorio el deseo simultáneo del sujeto a identificarse con ambos extremos:* desea el poder y la fortaleza, pero al mismo tiempo teme llegar a poseerlos y tener que manejarlos. Su ideal es una estructura donde pueda ser siervo de sus superiores y amo de sus subordinados.

El poder religioso y en él, el poder eclesiástico, son muy importantes. Para ellos se consideran de primera importancia vestimentas y arreos que inmediatamente distinguen a las autoridades eclesiásticas y les dan "prestigio y dignidad". En la rigidez de la indumentaria o del rito se basa su fortaleza. El que busca el poder y no la autoridad (ésta es hacer crecer, servir, darse) es débil y se convierte en lisonjero con los superiores y tirano con los subalternos. ¡Cuántos de nuestros seminaristas y religiosos no han seguido esta falsa vía!

Los jóvenes que pretenden seguir el sacerdocio o la vida religiosa deben ser formados "sin arandelas", es decir, como discípulos de Jesucristo, sencillos y pobres, no amparados en vestidos clericales que les dan prestigio y poder. La "dignidad" sacerdotal debe ser cambiada por "servicio" sacerdotal, el prestigio por testimonio, los privilegios por cercanía a los más necesitados, las dignidades por humildad y alegría de servir, y así sucesivamente. Es la única manera de "introyectar", no el autoritarismo hueco y falso, sino la actitud evangélica de dar la vida por los demás.[3]

7. Destructividad y cinismo

Es *agresividad autoritaria pero sin justificación moral*: cualquier justificación o racionalización sirve para desatar la destructividad. La persona se siente atraída a realizar la extinción definitiva de los malos, a arrasar a los enemigos. Su cinismo la lleva a proclamar que su agresión es válida sólo por el hecho de ser útil. El fin justifica cualquier medio.

Tal vez el mayor ejemplo de esta actitud en la Iglesia católica fueron las Cruzadas y luego la Inquisición. La historia de varios Papas y de muchos cardenales y obispos, sin exceptuar a párrocos y superioras de conventos, nos enseña que fueron ejemplo horrible de destrucción y cinismo. No podemos negar la historia. ¡No todos los cristianos, especialmente sacerdotes y religiosos, fueron San Francisco de Asís, o San Vicente, o Teresita del Niño Jesús!

En la formación de clérigos y religiosos, especialmente, debemos estar abiertos a la pluralidad. La verdad no la poseo yo; tengo un pedacito de verdad, y en el diálogo con los demás, que también tienen su pedacito de verdad, podemos acercarnos a la Verdad plena que es Jesucristo (Jn 14, 16). Esto permite aceptar la laicidad de nuestra sociedad, donde la Iglesia católica no exige privilegios sino libertad para anunciar el evangelio[4]. Y será la fuerza del evangelio, no las presiones humanas, la que hará posible la conversión de los corazones.

---

3 Mis afirmaciones no significan que esté en contra del hábito clerical o religioso, pero sí de su utilización como medio de prestigio y poder. El hábito, la sotana, son esencialmente señal de humildad, de renuncia, de servicio.

4 Los últimos Papas han insistido en este tópico de libertad religiosa para anunciar el evangelio, no privilegios para la Iglesia. En su mensaje de comienzo de año, el 8 de Enero de 2008, el Papa Benedicto XVI alentó a los cristianos a no desanimarse ante las dificultades y persecuciones, sino a proclamar el mensaje de salvación para todos, sin pretender privilegios, sino la aplicación del principio de libertad.

8. Proyectividad

El individuo autoritario *proyecta sus propios impulsos reprimidos sobre los miembros del exogrupo, que cargan así con sus culpas.* A veces alega que está utilizando la prevención de peores males para protegerse él y librar a la sociedad de peores males, o de conspiraciones ambiciosas, o de complots contra las instituciones buenas.

"Nosotros somos los buenos y los otros son los malos", parece que fue la lección de base de muchos intentos formativos de clérigos y religiosos, olvidándose de la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14), donde aquél sale más pecador y éste justificado por la gracia del Señor. La "búsqueda del chivo expiatorio", recordemos la teoría de René Girard (1995), es muy común entre los seres humanos, pero más frecuente entre los que nos creemos mejores que los demás por estar más cerca de Dios, y así proyectamos en los otros nuestros aspectos miserables y pecaminosos.

Proyectar no es un mecanismo de defensa que nos libere, más bien, tarde o temprano, nos complica la vida. Mejor que proyectar es ir a nuestro interior y aceptarnos como somos, con nuestras cualidades/ posibilidades y nuestros defectos/deficiencias, y de ahí comenzar a construir. No es conveniente ni cristiano favorecer los "protagonismos" individualistas de ninguna clase (sean artísticos, deportivos, intelectuales, sociales, religiosos, etc.) en los procesos de formación de los candidatos al sacerdocio o a la vida religiosa.

Esto no quiere decir que no se anime a desarrollar las cualidades personales; *pero la mayor cualidad que debe ser desarrollada es la capacidad de "ser Iglesia", de vivir en comunidad, de tener en cuenta al otro, de vivir empáticamente…*

9. Sexualidad no integrada

Es la preocupación exagerada por las cuestiones sexuales. Una persona así presenta una actitud alienada frente al sexo: *tendencia a castigar su expresión franca y libre, como contrapartida a sus inhibiciones y represiones internas, mezclado todo esto con permanentes sentimientos de culpa.* Es paradójico: sus inclinaciones y sentimientos sexuales internos son violentos y turbulentos, lo que acentúa sus remordimientos y sentimientos de culpa, e impulsa su tendencia a auto-reprimirse.

La sexualidad es como un gran lago a donde vienen a desembocar ríos y torrentes que se originan en otras motivaciones diversas, porque la sexualidad es agradable, maleable, multifacética, omnipresente y mimetiza fácilmente cualquier problema de la personalidad (R. Prada 2007, 88-93).

Por eso la problemática pedófila ha sido, para muchos clérigos y religiosos, la última etapa de una personalidad autoritaria centrada en el poder, la credibilidad, la supuesta dignidad clerical, los privilegios, los secretismos y la búsqueda aparente de "no causar daño con escándalos a la Iglesia santa de Dios". Un ejemplo, para no nombrar sino solamente uno, lo tenemos en la triste y "extraordinaria" historia de Marcel Maciel.

Las consecuencias de una formación en el autoritarismo las estamos viviendo ahora, especialmente en el escándalo pedófilo y todas sus explicaciones. Y ahí es difícil separar lo verdadero **de** lo falso y exagerado, lo actual y concreto **de** lo histórico de otra época y cultura, lo recordado verazmente **de** lo inventado aún por la memoria más precisa (ésta siempre es reconstrucción de un hecho, no una fotografía fiel de lo vivido)[5].

Todas las anteriores variables se entremezclan y se refuerzan entre sí, en una interacción única, en un conjunto, constituyendo así una totalidad, una personalidad.

Por último, en esta época postmodernista, maravillosa en muchos aspectos, pero muy difícil en otros, la Iglesia católica debe estar muy atenta para que en la formación de los candidatos al ministerio pastoral, se equilibren y se purifiquen tres tendencias que ya los jóvenes traen por vivir el mundo actual:

- Ayudarlos a **integrar su personalidad, que ya viene fragmentada** desde la familia y la sociedad (*no a la fragmentariedad)*;

- Animarlos a la **búsqueda personal de una conciencia rectamente formada, pero que tenga en cuenta el evangelio, la tradición de la Iglesia,** sus normas, y las determinaciones de las autoridades legítimas (*no al relativismo)*;

5 He estudiado este asunto en un pequeño libro sobre *el Abuso sexual de menores por parte de clérigos y religiosos católicos.* Ver la bibliografía.

- Promover el **sentido de vivir en comunidad, en grupo, donde los demás sean importantes para mí** y mis actos y palabras influyan en los otros (*no al individualismo).*

¡Es espantoso que tengan que ocurrir hechos tan terribles como el nazismo en Alemania, las purgas estalinianas, las mortandades de izquierda o de derecha en nuestros países, los regímenes totalitarios en el mundo, el problema pedófilo en las diversas Iglesias, etc., para que la sociedad, y la Iglesia en particular, despierten a la necesidad de estudiar las tendencias latentes de la humanidad, educarlas, organizarlas e integrarlas, de modo que no nos lleven a comportamientos inenarrables de barbarie o hipocresía como los que hemos vivido!

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodore et al. *La personalità autoritaria: Personalità autoritaria e interviste cliniche*. Rocca San Casciano (Fo): Edizioni di Comunità, 1997.

GIRARD, René. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama, 1995.

PIAGET, Jean. *La psicología de la inteligencia*. Barcelona: Crítica, 1999.

PRADA, José Rafael. *Psicología y formación. Principios psicológicos utilizados en la formación para el sacerdocio y la vida consagrada.* Bogotá: San Pablo, 2007.

PRADA, José Rafael. *El abuso sexual de menores por parte de clérigos y religiosos católicos*. Bogotá: San Pablo, 2010.

VÉLEZ, Antonio. *Homo Sapiens*. Bogotá: Villegas Editores, 2007.



Vida Religiosa y ministerio eclesial

P. Ignacio MADERA VARGAS, SDS

Una mirada a nuestro momento actual nos muestra situaciones que afectan y desafían la vida y el ministerio de nuestros presbíteros. Entre otras, la identidad teológica del ministerio presbiteral, su inserción en la cultura actual y situaciones que inciden en su existencia.(Aparecida 192)

La anterior afirmación de Aparecida será el que oriente esta reflexión acerca de la vida religiosa y el ministerio eclesial y concretamente el ministerio ordenado. En el contexto del año sacerdotal, que viene concluyendo, es de importancia preguntarse por el ministerio ordenado desde la vida religiosa, porque también él está desafiado y afectado por situaciones que tienen que ver con su identidad teológica, su inserción en la cultura actual y las situaciones que inciden en su existencia.

Pero antes de hacerlo debo recordar que, la vida religiosa femenina también ejerce muchos ministerios en las Iglesias locales, a partir de su vocación bautismal. Los dos sacramentos, fuente de la ministerialidad eclesial, son el bautismo y el orden[1]. Por ello, por la vocación al servicio a partir de los dones particulares del Espíritu, cada cristiano o cristiana, de alguna manera es ministro, ministra; está llamado o llamada a un

1 *PASTORES DABO VOBIS*, "Los bautizados son las «piedras vivas» que construyen el edificio espiritual uniéndose a Cristo «piedra viva... elegida, preciosa ante Dios» (1 P 2, 4.5). El nuevo pueblo sacerdotal, que es la Iglesia, no sólo tiene en Cristo su propia imagen auténtica, sino que también recibe de Él una participación real y ontológica en su eterno y único sacerdocio, al que debe conformarse toda su vida" 13

servicio en las comunidades cristianas locales, que debe ser preciso, relativamente estable y progresivamente reconocido como importante para ellas. En este sentido tiene realidad el afirmar que la Iglesia es toda ella ministerial, por su esencial condición de servidora del Reino predicado por el Maestro.

Pero, mi reflexión de este momento se sitúa en el ámbito del ministerio ordenado en el contexto de este que se ha denominado "año sacerdotal". Así como se ha realizado y concluido, yo preferiría llamarlo "año presbiteral". Y esta última afirmación me sitúa de inmediato en el primer desafío señalado por Aparecida: la identidad teológica del ministerio presbiteral de un religioso, porque por aquí hay mucha tela que cortar con consecuencias duras para la vida religiosa en su originalidad. Lástima que este artículo lo leerán sobretodo las mujeres religiosas, porque los hombres, por razones que no vienen al caso en este momento, no leen las revistas de teología de la vida religiosa y los mismos religiosos ordenados, de alguna cultura teológica, no se caracterizan por ser expertos en la teología que se ocupa de sus propias vidas. Amén.

IDENTIDAD TEOLÓGICA DEL RELIGIOSO ORDENADO

Ante todo es necesario que nos ubiquemos en lo que comprendemos como "identidad teológica". Bien, cuando hablo de identidad teológica me voy a ubicar en una concepción tradicional que pueda ser mucho más sencilla que una que se remita a las filosofías contemporáneas al respecto. Describo entonces la identidad teológica como "aquello que hace que algo es lo que es, desde la palabra, desde el discurso acerca de Dios". Clarificando por lo mismo que la teología como teo logos es un discurso acerca de Dios que como discurso se rige por las leyes del mismo y es afectado por las leyes de la significación. De manera que todo discurso teológico, o cualquier discurso teológico, por sí mismo no es significativo sino por la capacidad que él tenga de performar[2], es decir, de realizar el efecto significado y de auto implicar[3], es decir, de introducir al lector en el contenido lógico de lo dicho. Lo anterior

2 SEARLE, J. *Actos de habla; ensayo de filosofía del lenguaje*. Madrid: Editorial Cátedra, Colección Teorema, 1994

3 AUTIN, J.L. *Cómo hacer cosas con palabras*. obra póstuma. Buenos Aires: Paidós, 1971

señala las condiciones de posibilidad para que una reflexión teológica no sea un lenguaje vacío, en el decir de algunos filósofos del lenguaje, una palaba en vacaciones[4].

Un religioso es ante todo y sobre todo un seguidor de Jesucristo que ha decidido, en libertad, vivir su vida desde las insistencias evangélicas que los fundadores han privilegiado como aquellas que mejor expresan el don particular del Espíritu, que le fue dado para fundar. Con esto estoy diciendo que el religioso, como seguidor de Jesús vive una identidad que le viene del carisma fundacional y de las propuestas sugestivas de un fundador. Evidentemente que la condición de posibilidad de lo anterior es la vivencia del Evangelio por el seguimiento de Jesús como la regla fundamental[5].

Llegar a ser cristiano, serlo de verdad, es decir, orientar y conducir la vida por los criterios y valores del Evangelio, esa es la primera identidad del religioso. Y realizar lo anterior desde un Espíritu que ha sido dado en herencia porque "ya desde los orígenes de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios"[6]; señalando así la importancia de vivir la espiritualidad y la misión propia de cada comunidad u orden[7].

Estos fundamentos que tomo de *Perfectae Caritatis* y *Pastores Davo Vobis* sitúan entonces la original singularidad de un religioso ordenado. Su ministerio, necesariamente debe estar colorado por su carisma, por su identidad congregacional y por los dinamismos que estas dimensiones de su vida le señalan para responder a los signos del tiempo actual[8].

Ahora bien, en virtud de la participación en el Sacerdocio de Cristo, único sacerdote según la carta a los Hebreos, el presbítero, según el Concilio Vaticano II, está al servicio del sacerdocio común de los fieles, participando del mismo de manera cualitativamente distinta

4 ANTISERI, D., *El problema del Lenguaje Religioso*. Madrid: Ed. Cristiandad, 1976, pp.186ss

5 Perfectae Caritatis, 1, 2a

6 PC 1

7 PC 1,2b

8 PC 1,2d

y siendo un don a la comunidad eclesial[9] . «La identidad sacerdotal —han afirmado los Padres sinodales—, como toda identidad cristiana, tiene su fuente en la Santísima Trinidad»,(PDV 20) que se revela y se autocomunica a los hombres en Cristo, constituyendo en Él y por medio del Espíritu la Iglesia como «el germen y el principio de ese reino”[10].

El religioso ordenado por tanto, vive esta dimensión fundamental de su ordenación desde su carisma particular y ello nos está orientando hacia algunas reflexiones que señalan el porqué de los desafíos que señaló Aparecida. Ciertamente que cuando la vida religiosa se diluye en una vivencia del ministerio, como “el resto de los ministros eclesiales lo vive” o en la gris existencia que ya no se estimula por el don previamente dado que es el carisma de la vida religiosa, tenemos entonces a alguien que nos señala una originalidad particular que embellece el rostro de la Iglesia esposa, por la diversidad carismática que fortalece la diversidad ministerial eclesial.

En el contexto anterior me permito señalar algunos aspectos de atención para el tiempo que vivimos. El Concilio Vaticano II orientó hacia el uso de un lenguaje menos sacerdotalizante al hablar de ministerio presbiteral. Con ello se resalta la originalidad del único sacerdocio de Jesucristo desde la letra y el espíritu de Hebreos. Fue un logro del Vaticano II devolver la comprensión teológica hacia su matriz ministerial, desarrollar y orientar el ministerio hacia el eje fundamental de ser evangelizadores “el Espíritu Santo, mediante la unción sacramental del Orden, los configura con un título nuevo y específico a Jesucristo, Cabeza y Pastor, los conforma y anima con su caridad pastoral y los pone en la Iglesia como servidores autorizados del anuncio del Evangelio a toda criatura y como servidores de la plenitud de la vida cristiana de todos los bautizados[11].

Al servicio del Evangelio, para la edificación de la comunidad cristiana, al servicio de la plenitud de vida. Esta dimensión insustituible de la identidad teológica del presbítero es la que orienta su condición de presidente de algunos de los sacramentos de la Iglesia y no lo

9 APARECIDA, 193

10 *PASTORES DABO VOBIS*, 12

11 Ibid, 15

contrario, podemos decir, en el espíritu señalado por los documentos eclesiales citados, que porque se evangeliza y se consolida como servidor minoritario de la comunidad de bautizados, por ello, preside la misma con derecho y verdad, y no lo contrario. De allí su carácter de don para la comunidad que viene de Cristo mismo, Buen Pastor.

Un religioso ordenado que no vive esta dimensión teológica desde la identidad de su vocación a la vida religiosa sino que se pliega a un ejercicio ministerial como cualquier otro ministro, es decir, en la gris vivencia de una vocación sin el colorido particular de su carisma, vive por tanto en la esquizofrenia de no haber situado su sentido mayor en la Iglesia. Lo que se expresa en lo que se hace, es decir, en las prácticas ministeriales consecuentes. De allí al riesgo de encontrarnos con un ministerio solo en función del culto, de las expresiones rituales, encarcelado alrededor de un pequeño grupo de piadosos clericalizados, sin mordiente evangelizadora que edifica la comunión eclesial, no hay más que un paso.

EL RELIGIOSO ORDENADO, INSERTO EN LA CULTURA ACTUAL

En la cultura de la crisis del capitalismo neoliberal, de las tendencias post modernas que orientan la existencia de tantos y tantas, en la cultura de la juventud escéptica y volátil, en lo que algunos llaman liquidez del pensamiento y de la acción[12], en los tiempos de las ciencias duras y de la rapidez en las comunicaciones, de la informática y la robótica, en estos tiempos, el religioso presbítero está siendo retado a vivir una expresión clara de su sentido al interior de las sociedades y de la comunión eclesial.

No tiene razón de ser, en el hoy de estas culturas presentes, un religioso híbrido, que no se caracteriza por un espíritu particular, por un "sabor a carisma" por una identidad clara, por algo "original" en su espíritu. Con ello quiero observar que así como para los fundadores su tiempo fue retador y ante esos retos, ellos fueron capaces de arriesgar respuestas inusitadas e inéditas, de igual manera el religioso

12 Cfr. BAUMAN, Z. *Vida líquida*. Paidos, 2006. "Las sociedades contemporáneas se caracterizan por no mantener ningún rumbo determinado puesto que en cuanto líquidas, no mantienen por mucho tiempo una misma forma. Lo que define nuestras vidas es, por lo tanto, la precariedad y la incertidumbre constantes".

ordenado debe ser capaz de emerger de la monotonía, el desencanto y la liquidez que pareciera agotar la existencia de tantos ministros en la Iglesia de hoy. Ya lo señalaba Aparecida cuando dijo que la Iglesia necesitaba una profunda conmoción.

La inserción en la cultura actual supone, en el religioso ordenado, el desarrollo de una espiritualidad intensa, centrada en la sagrada Palabra de la escritura neo testamentaria; y esto lo digo en plena conciencia. Es urgente que superemos los cánones de una interpretación antico testamentaria del sacramento del Orden como la gradación de más a menos, de dependencias y subordinaciones, hacia una interpretación neotestamentaria que se centre en la comunión y la participación a la manera de las primeras comunidades de seguidores y seguidoras de Jesucristo el Señor. Ello no desdice del sentido jerárquico de la Iglesia sino que sitúa el orden jerárquico en su más genuina raíz evangélica, porque entre nosotros el que quiera ser el primero que se haga el servidor de todos (Mc 10, 43-45) La jerarquía de carismas expresada por la literatura paulina, se refiere a los niveles de responsabilidad en la comunión eclesial. Y es evidente que estos niveles son claros, porque no es lo mismo ser presbítero que ser obispo y lo contrario. Pero, tanto el religioso presbítero, como el religioso obispo, colorean el ejercicio de su ministerio eclesial, con los dones particulares del Espíritu que son los carismas fundacionales de sus congregaciones u órdenes. “Por ello, la eclesiología de comunión resulta decisiva para descubrir la identidad del presbítero, su dignidad original, su vocación y su misión en el Pueblo de Dios y en el mundo”[13].

La inserción en las culturas actuales supone una clara identificación con lo que se es, no se trata de una identificación burda y no discernida con comportamientos, maneras o modos de ser y vivir de los contemporáneos sino de ser capaces de identificar los grandes valores del momento y desentrañar las posibilidades de nuevos servicios y mejores maneras de evangelizar y construir el Reino. ¿Cómo no pensar en las grandes posibilidades que nos ofrece la internet y los medios de comunicación social al respecto? ¿Cómo no pensar en las alternativas que se señalan desde el teatro y la música? ¿Cómo no sentir el llamado acuciante de los pobres, de los marginados, de los sin voz? ¿Cómo no evidenciar la necesidad de una nueva ética

13 *PASTORES DABO VOBIS*, 12

que sitúe lo humano y la creación como hechura de Dios que debe ser cuidado y preservado? ¿Cómo no experimentar la necesidad de solidez ante tanta liquidez?

Insertarse de manera que el Evangelio llegue a ser una interpelación válida, comprensible, esperanzadora y relevante para el hombre y la mujer de hoy[14]. Ello supone el evitar lo que parece una tendencia de hoy. La de recuperar un lenguaje sacerdotal más vecino al antiguo testamento y a una visión clerical y cultual del ministerio, que lo sitúa en las antípodas del servicio minoritario al pueblo de Dios por vocación, como don gratuito del Espíritu que fue la perspectiva abierta por *Presbiterorum Ordinis*. Esta, en el título mismo y en el contenido al hablar más de ministerio sacerdotal, que de sacerdocio ministerial[15]. Mantener la denominación "presbítero" como anterior a la denominación "sacerdote" es mantener la búsqueda renovadora del Concilio ante respetables, pero no siempre coherentes, conciliarmente hablando, posturas que frenan el desarrollo de una renovada teología del ministerio eclesial[16].

La Vida Religiosa masculina ha sido invitada por la CLAR a tomar muy en serio la necesidad de renovarse, de asumir la teología de la vida religiosa como un papel propio y urgente de manera que la formación sea permanente. La continua reflexión en el discurso desde Dios de una forma particular de vivir el Evangelio, que es la teología de la vida religiosa, está señalando la urgente necesidad de un religioso ordenado que continua leyendo las revistas que se ocupan de su estilo de vida, participando en los eventos que le resitúan en los contextos culturales de hoy y le orientan hacia derroteros nuevos. Esta formación que se propone desde las Conferencias Nacionales de religiosos y religiosas en donde el religioso varón puede ser educado igualmente por las mujeres religiosas y re situado en sus dinamismos más iluminadores.

14 APARECIDA, 194

15 Cfr. VATICANO II, *Presbiterorum Ordinis*

16 Superando el temor de considerar que el hablar de "*presbiteroi*" conlleve no asumir o aceptar la jerarquía y la correspondiente comunión que el mismo Concilio señala o negar el valor de la presidencia de los sacramentos establecidos por la santa Iglesia para los ministros de hoy. "El sacerdocio de Cristo, expresión de su absoluta «novedad» en la historia de la salvación, constituye la única fuente y el paradigma insustituible del sacerdocio del cristiano y, en particular, del presbítero. La referencia a Cristo es, pues, la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales". PDV, 12

EL RELIGIOSO ORDENADO: ALGUNAS SITUACIONES QUE INCIDEN EN SU EXISTENCIA

Aparecida señala como tercer desafío para los presbíteros latinoamericanos los aspectos vitales y afectivos, una vida espiritual intensa, el cultivo de relaciones fraternas con el Obispo y los demás presbíteros, como también con los laicos[17]. Desafíos de siempre que, a mi manera personal de ver, no conllevan una novedad inusitada, pero que por lo mismo señalan aspectos fundamentales de este momento para el religioso ordenado, de igual manera.

Los escándalos que ha vivido nuestra Iglesia en los últimos años con relación a la vida afectiva y genital de obispos, religiosos, presbíteros y demás ministros ordenados, nos han colocado en el ojo del huracán. Pero lo más importante de todo esto, no es solo el reconocimiento de los males provocados o la decisión implacable de ser implacables en el juicio y la condena, en la aceptación de las leyes civiles y de las medidas de represión, sino lo que el Señor nos está diciendo y nos ha dicho, a partir de estas dolorosas realidades. ¿No ha llegado la hora de una evaluación ponderada, serena y desprevenida de nuestra comprensión de la sexualidad humana, de la genitalidad, su sentido y su valor desde la consideración de nuestra condición de hombres y mujeres creados a imagen de Dios? ¿No habrá llegado el momento de superar las ideologías de la mancha con relación a lo genital? ¿De lo impuro de todo lo que suene a deseo afectivo genital? ¿No será que la represión que puede haber caracterizado tantas vivencias puede estar en el origen de deformaciones o malformaciones en la vida célibe?

Un decir común de mucha gente es que Dios escribe recto con letras torcidas, ¿qué nos están diciendo, como escrito recto, las letras torcidas de esta dolorosa situaciones de tantos hermanos en el ministerio? Respeto la postura de quienes consideran que ahora se debe colocar la mira en las nuevas generaciones y ajustar las exigencias para con ellas. No niego que ello es justo y urgente, pero me resisto a pensar que ello nos aleje de un asunto capital como es el reflexionar seriamente acerca de la vivencia en la Iglesia de la sexualidad humana, lo que ella es como don de Dios al crearnos sexuados. Esto es para mí un asunto que nos viene desde Dios, en esta hora de pesar intenso.

17 APARECIDA 195

El religioso ordenado asume el celibato por libre elección y no por una ley eclesiástica. Desde los orígenes la vida religiosa ha asumido el celibato casto como uno de sus componentes esenciales, por el Reino, por la fascinación de hacer que este mundo se transforme en Reino. Por Cristo Señor, por ser hombres de Dios en este mundo, no vivir de pasión distinta a Dios. Ello conlleva que nuestro celibato no tenga sentido en sí mismo sino en nuestra entrega total al seguimiento de Jesucristo Señor. En la aceptación de nuestra condición de sexuados, asumiendo la fragilidad del vaso en el que portamos el tesoro en la conciencia de que, mientras mayor es ella, mayor es el don de la gracia que nos ha sido dada, porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, nos señala Pablo (Rm 5, 20-21)

De allí que, una sana vivencia de nuestros votos de celibato y castidad conlleve el desarrollo de una espiritualidad intensa, condición sin la cual podemos sustituir nuestra pasión por Cristo y la humanidad, por otras pasiones en un tiempo caracterizado por una pan genitalización de la vida humana y por una trivialización de los compromisos que conlleva el ejercicio responsable de la paternidad y de las relaciones afectivas de pareja.

Es evidente así que la vivencia del religioso ordenado está vinculada a su capacidad de construir comunión y vivir la comunión, de saber vivir, en paz y armonía consigo mismo, las situaciones límite de ruptura de la comunión sin llegar al desarrollo de sentimientos mezquinos y odios malsanos. La vida en comunidad es un desafío complejo porque no depende de una sola de las partes sino de la disposición de muchos; pero ello también invita a desarrollar la capacidad de vivir en la búsqueda de reconocimiento de la diversidad como creadora de comunión, en la aceptación de la llamada a vivir en comunión a imagen de la Divina Trinidad.

De allí que la pertenencia a la Iglesia local debe superar la visión de un "uso" de la parroquia o de la diócesis hacia una búsqueda de relaciones abiertas, amistosas y respetuosas de la diversidad de ministerios en la comunión eclesial. La participación así, en las dinámicas diocesanas, es parte de la vida del religioso ordenado, pero a condición de mantener la específica vitalidad carismática y la clara diversidad que aporta a la riqueza evangelizadora y testimonial de la Iglesia local.

Un religioso ordenado debe tener una comunidad de referencia, ella no necesariamente es la parroquia. La parroquia, como lugar de proyección de los religiosos ordenados no puede agotar o anular los carismas en un ministerio insaboro, que no refleja la intencionalidad fundacional y limita la visión ampliamente eclesial de los fundadores, a un pequeño territorio o a un pequeño círculo de convertidos. La parroquia es lugar interesante de evangelización para la vida religiosa ordenada, no como sustitución del clero diocesano, sino como lugar de expresión de una acción pastoral, que en comunión con la Iglesia local, apunta hacia expresiones pastorales originales que son impulsadas por la vivencia de los diversos carismas fundacionales. De otra manera, no tiene mayor sentido, con todos los acentos que esta expresión puede conllevar, el ministerio pastoral parroquial, desde la vida religiosa. Para ser párroco o vicario cooperador, lo digo con todo respeto, pero también con toda honestidad teológica, no se necesita ser religioso.

El participar en los organismos diocesanos, el estar disponible para acciones evangelizadoras inusuales necesarias para las Iglesias locales, el ir allí donde nadie quiere ir o estar, el entrar en los organismos y gremios que no son objeto de la presencia pastoral desde las parroquias, el construir comunión de comunidades desde sectores marginales o desde elites cultivadas, todo ello es un servicio grande a la Iglesia local. La incidencia en la cultura por la educación, el aporte a la construcción de nuevos modelos de sociedad a través de la misma. Y allí, en la comunión con los obispos que necesitan las iglesias locales, pero desde la clara identidad de nuestros carismas históricos.

Y quiero concluir esta reflexión retomando algunos pensamientos expresados en un artículo publicado ya en la revista de la CLAR acerca de la vida religiosa masculina[18]. Allí utilicé la metáfora de rasgar la túnica presentada por el Bautista al predicar al proximidad de la llegada del Mesías. Una de las túnicas que la vida religiosa masculina debía rasgar era la del clericalismo. Y ello porque la vida religiosa se inició como movimiento laical de algunos hombres y mujeres que quisieron radicalizar valores evangélicos generalmente en crisis o poco vividos por los contemporáneos.

18 Cfr. MADERA, I. *Conversión y refundación en la vida religiosa masculina*. En: Revista CLAR, Bogotá

Los primeros anacoretas y cenobitas se fueron del así llamado "mundo" para ser verdaderamente cristianos y luchar consigo mismos para lograr la santidad[19]. Cuando los religiosos se empezaron a ordenar, esta vida laical, se fue clericalizando y los monasterios fueron desarrollando procesos de gradación entre los monjes a partir de los ministerios propios del sacramento del orden. Aparecieron los hermanos legos y la diferencia con los clérigos se estableció a nivel de formación intelectual, ministerios al interior de la comunidad religiosa y hacia el pueblo; acceso a las responsabilidades de gobierno y otras distinciones y gradaciones que dejamos en la historia para no entristecer el juicio valorativo que de ellas podamos hacer[20].

Pero es necesario que deje muy claro que, identificar el carácter laical de la vida religiosa masculina, no significa negar la óntica transformación realizada por el sacramento del orden, sino señalar que esa transformación nos constituye en servidores minoritarios del pueblo santo, en ministros de la sacramentalidad correspondiente a cada ministerio y, ante todo, predicadores de la Buena Nueva del Reino; solícitos animadores de las comunidades creyentes[21]. En las comunidades cristianas y en todos los medios en los cuales despliega sus servicios, el religioso ministro ordenado se sitúa en una igualdad fundamental con todos y todas, vive su consagración bautismal y su ordenación presbiteral como hombre impulsado por los dinamismos del carisma, espiritualidad y misión de su comunidad u orden. Es un hombre consagrado para el pueblo y en el pueblo santo, comunión de seguidores del Mesías, Iglesia peregrina.

Por el sacramento del orden, el religioso ordenado asume una responsabilidad particular: ser llamado para una vocación de servicio fundamental de animación de la diversidad de carismas con los cuales el Señor adornó y constituyó su Iglesia[22]. Algunos de entre todos hemos sido llamados para la animación de la comunidad eclesial y el estímulo

19 Al respecto es interesante el libro de CASTILLO, J.M. *El futuro de la vida religiosa, de los orígenes a la crisis actual.* Madrid: Ed. Trotta, 2003, pp.25ss

20 Tomás de Aquino y Juan Crisóstomo colocaban en el centro lo que hoy día parece definitivamente evidente: para los testigos de la tradición bíblica no existe más que una perfección evangélica, Cfr. TILLARD, J.M.R. OP. *El Proyecto de vida de los religiosos.* Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid, 1977

21 Cfr *Presbiterorum Ordinis,* 4

22 Ibid, 6

al desarrollo de los ministerios de todos los cristianos y cristianas que, por el sacramento del bautismo, son sacerdotes, profetas y reyes; partícipes del sacerdocio común[23].

Religiosos que, asumiendo la diversidad de dones, se van convirtiendo, día tras día, en gestores de unidad en la sociedad y en la Iglesia, por su capacidad de ser proféticamente audaces en la creación de espacios y posibilidades de comunicación, comprensión y armonía, a partir de la igualdad fundamental sellada en la vivencia de la común vocación bautismal y en la gracia del carisma que fortalece y dinamiza la vida del creyente, desde la realización de su vocación particular.

23 *Lumen Gentium* 26



Fidelidad y audacia del sacerdocio ministerial. Dejarnos llevar por el Espíritu[1]

P. Victor M. MARTÍNEZ MORALES, S.J.

Con ocasión del 150º aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney, su Santidad Benedicto XVI anunció un año dedicado al sacerdocio. Del 19 de junio de 2009 al 19 de junio de 2010 se ha venido celebrando el Año Sacerdotal que ha tenido como tema: "Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote".

Durante este Año jubilar, Benedicto XVI proclamará a San Juan María Vianney "Patrono de todos los sacerdotes del mundo", se publicará el "Directorio para los Confesores y Directores Espirituales", junto con una recopilación de textos del Sumo Pontífice sobre los temas esenciales de la vida y misión sacerdotal en la época actual.

Aproximarnos al sacerdocio en la actualidad no es tarea fácil. El ministerio está pasando por una etapa de crisis verdaderamente seria. Más allá de apuntalar a los temas que han estado presentes pero que no se han querido asumir tales como el matrimonio de los sacerdotes, el sacerdocio de la mujer, la homosexualidad en el sacerdocio, hemos de afrontar la vivencia del ministerio en su fidelidad y creatividad de siempre. Es decir, más allá de querer afrontar temas de frontera hemos de actualizar la vivencia del ministerio desde su fidelidad siempre nueva la que viene del Espíritu del Señor. Es desde ahí que todo lo demás recibe su sentido y significación. Es desde ese núcleo fundamental donde el carácter presbiteral adquiere su despliegue y desde donde podrá realizarse con propiedad toda aproximación que lo actualice y revitalice.

1 Artículo publicado en la Revista Pastores del Instituto Superior de Estudios Teológicos, ISET – Juan XXIII, No. 18, julio de 2010, Lima-Perú.

Vivir hoy el ministerio presbiteral en América Latina nos está invitando a un continuo discernimiento sobre los lugares, momentos y acciones propios de hacer visible y real esta vocación. Dado el llamado de Benedicto XVI para hacer de este año un tiempo propicio de revitalización y renovación del ministerio, se nos impone una mirada profunda que nos lleve a asumir lo que significa, desde la radicalidad del seguimiento de Jesucristo, ser sacerdote hoy para un mundo como el nuestro. Las exigencias del Papa surgen en una época verdaderamente cuestionadora para la vivencia de esta opción de vida, que se ha visto seriamente afectada en su modo de ser y de actuar. Podríamos volver a interrogantes de siempre que hoy cobran actualidad: ¿Sacerdotes para qué? ¿Qué tipo de sacerdotes? ¿El por qué de los sacerdotes hoy?

Desde hace ya tiempo atrás seminarios e institutos religiosos presbiterales iniciaron una reestructuración de vida y trabajo para adecuarse a los signos de los tiempos y responder a la misión de una forma profética y significativa. Todo este empeño no es desdeñable, sin embargo, aún permanecemos en camino y en búsqueda, queriendo reconocer al Resucitado en el acompañamiento de muchas comunidades que están desconcertadas y viven la frustración de no ver al Dios de la Vida en algunos de sus sacerdotes.

¿Qué está sucediendo en la vivencia del sacerdocio? ¿Cómo hombres que han dejado todo para responder a esta opción de vida, con el tiempo no sólo están faltando a los compromisos adquiridos sino que están siendo anti-testimonio para los suyos y sus comunidades de vida? No podemos seguir culpando a la realidad, los factores externos o las circunstancias que en cada momento histórico presentan las tentaciones de turno que cautivan y enredan la vivencia fiel de este modo de vida. Hemos de ir en orden a responder a los retos y desafíos que se nos presentan a los mismos fundamentos de nuestra fe, esperanza y caridad provenientes del Dios de Jesucristo a quien descubrimos siempre vivo y operante en las Sagradas Escrituras.

FIDELIDAD Y AUDACIA

Una mirada de fidelidad y audacia al sacerdocio ministerial quiere significar que la vida del presbítero no está llamada a repetir o rehacer

lo que otros han vivido y ya han realizado, sino a hacer lo que hoy harían en fidelidad al espíritu de Jesucristo para responder a las exigencias apostólicas de nuestro tiempo. He ahí el dinamismo y la fuerza que la fidelidad creativa nos presenta. Fidelidad de vuelta a las fuentes que va más allá del retorno a las raíces; creatividad de cara al futuro que va más allá de la renovación de ideales. Se trata de asumir con radicalidad los desafíos del momento presente, los retos apostólicos del vivir aquí y ahora la experiencia fundante de ser sacerdote de Jesucristo.

Hoy como ayer el sacerdote está llamado a vivir la santidad desde la vocación a la que ha sido llamado. Santidad que es fruto del seguimiento radical de Jesucristo, santidad que no puede estar puesta en comportamientos artificiales de normatividades rígidas y externas cuánto en la presencia del Espíritu Santo en su vida y existencia. La santidad es la docilidad a la acción del Espíritu que le lleva a manifestar desde su propia identidad y autenticidad su ministerio, a transparentar desde su manera de ser y de proceder su sacerdocio.

Este proceso de fidelidad y audacia en el ministerio presbiteral es la búsqueda al sentido del sacerdocio que no es otro que el responder al deseo de santidad desde el seguimiento de Jesús el Cristo. Sentido, santidad y seguimiento que forma el primer trípode de respuesta en fidelidad a los fundamentos de nuestra vida sacerdotal. Fundamentos que llevan a las raíces originarias de lo que significa ser sacerdote hoy. Las fuentes hacen referencia a todos los medios que a lo largo de la tradición han contribuido y colaborado a fortalecer este estilo de vida de cara al carisma del ministerio y al estilo propio de nuestra consagración sacerdotal.

Este proceso de fidelidad nos lleva a responder en creatividad a los signos de los tiempos desde la historia actual. Espacio-temporalidad de esta década que ya hemos recorrido de este tercer milenio. Conversión de corazón, cambio de estructuras y compromiso de todos que nos exige una actitud humilde, generosa y disponible a la apertura de este proceso.

En respuesta a la vocación sacerdotal, en fidelidad y audacia al llamado del Señor y en creatividad fiel al tiempo histórico que nos ha correspondido vivir, este proceso busca responder con autenticidad al sentido de la identidad del ministerio sacerdotal.

FIDELIDAD A JESUCRISTO

El fundamento de la vida sacerdotal es el seguimiento de la persona de Jesús; ha sido Jesucristo quien ha llamado para ser seguido en esa opción de vida, él se convierte para el sacerdote en su norte, origen y fin último de su peregrinar. Es así como toda búsqueda de sentido de su consagración sacerdotal tiene sabor a Evangelio.

La fidelidad y audacia en la vivencia del ministerio viene a pulsar el corazón desde el sentido último de su consagración, el núcleo medular de lo que ha de permanecer: el seguimiento radical de Jesús. La experiencia de fe radical, en el seguimiento a Jesús y el servicio al Reino, es la que sustenta la motivación, justificación y sentido de su ser sacerdotal. La vocación al ministerio presbiteral es un don, gracia y regalo, confianza radical en el Dios de Jesús en el cual se ha de apoyar nuestro proyecto de vida.

Todos sus compromisos como sacerdote se afincan en esta experiencia radical de fe de tal manera que toda su vida presbiteral se hace testimonio de esa fe radical.

El ministerio sacerdotal hoy exige fundamentarse en Jesucristo sentido único del modo de ser y de proceder como discípulo misionero de Cristo Sacerdote.

FIDELIDAD AL ESPÍRITU

Una mirada a aquellos a quienes llamó Jesús nos hace reconocer un puñado de hombres, común y corriente, seres humanos comunes y pecadores; simples y sencillos a los ojos del mundo; muchos de ellos tímidos, timoratos y confusos. Son ellos a los que Jesús mirándoles a los ojos les dijo: “Sígueme”. Tal es el origen de la Iglesia primitiva, un grupo de personas incapaces e ineptas, las cuales son tocadas por el poder del Espíritu, son aquellas que revestidas con el poder de lo alto se dedican a cambiar el mundo.

Jesús llamó a sus apóstoles como sigue llamando a muchos hoy. Él es el de la iniciativa, Jesús elige los hombres que quiere para que le sigan en estos comienzos del siglo XXI; ayer los discípulos hoy muchos otros, así es como la vida sacerdotal está llamada a recrear en sí misma la imagen y realidad de la Iglesia primitiva. No se trata de repetir la

historia, de hacer coincidir los hechos, de forzar interpretaciones. Se trata de ser fieles al Espíritu. El Espíritu Santo desciende sobre Jesús, lo unge, guía y alegra; es el Espíritu quien lo colma de su plenitud y, como en Jesús, también en la Iglesia encontramos la disponibilidad en seguir las inspiraciones y movimientos del Espíritu Santo, disposición para escucharle, prontitud para obedecerle.

Tal es la actitud de nuestros sacerdotes, ser dóciles a la acción del Espíritu; es allí donde el proceso de su ministerialidad alcanza su punto culminante en la experiencia de vida que marca el origen de su entrega y dedicación. Ayer como hoy Jesucristo sigue llamando, hombres pecadores llamados a ser... seguidores de Jesús. Tal es la experiencia y toma de conciencia de la acción del Espíritu en ellos, que obran y actúan movidos por el Espíritu Santo. Es así como se crea toda una dinámica en orden a su ser y a su misión.

¿Podemos nosotros, sacerdotes del siglo XXI, ser fieles a esta vocación? Solamente si a manera de nuestros ancestros tenemos la misma actitud -mente y corazón- de buscar agradar a Dios siguiendo fielmente su voluntad de acuerdo con el fin de nuestra vocación.

Es así como continuamos el proceso de ser fieles y audaces en el ministerio, cuando siguiendo a Jesucristo queremos responder en términos de nuestro tiempo escuchando al Espíritu que actúa en cada uno de nosotros y en todos nosotros juntos cada día. Comparándonos con quienes nos ha precedido no nos diferenciamos mucho de ellos si nuestras vidas apuntan a la santidad.

Somos los sacerdotes para la misión de estos tiempos escogidos por el mismo Jesús. No somos llamados para quedarnos tan sólo admirando lo que se realizó en el pasado o lo que vivieron los apóstoles, primera generación de gigantes, sino que por la fuerza del Espíritu estamos llamados a seguirles. El Espíritu Santo nos impele personal y comunitariamente en llegar a ser, en sentido más pleno, los sacerdotes que hemos de ser. Para ello hemos de usar del discernimiento, actuando según la voluntad de Dios. Hoy, nosotros como nuestros ancestros, a nuestra manera, ayudaremos a que la vida sacerdotal se realice a sí misma, llegue a ser más madura cada vez, en estos tiempos y circunstancias que vivimos, porque cada día nos pide una respuesta nueva desde esta vocación a la que hemos sido llamados.

La fidelidad a la Iglesia es ser fieles al Espíritu, es el tiempo de Pentecostés. Tiempo de escuchar al Espíritu Santo que actúa en nuestros corazones. Espíritu Santo que actúa en la humanidad, en otros estilos de vida, en el Papa, los obispos y en toda la Iglesia. La fidelidad a la Iglesia nos exige escuchar al Espíritu que nos habla en el mundo, a través de los acontecimientos de la historia, Espíritu elocuente en toda la humanidad sin distinciones, ni diferencias.

El fundamento real y verdadero de la vida sacerdotal es Jesucristo. Hemos de identificarnos con su mente y con su corazón, hemos de seguirle. He ahí la labor del Espíritu Santo, determinar el trabajo que tenemos que hacer hoy, tratar de responder y acertar teniendo en cuenta personas, tiempos y lugares.

FIDELIDAD A LA IGLESIA

Hemos de ser fieles al don del Espíritu en la Iglesia que es nuestra opción de vida sacerdotal. Fidelidad en reconocer que somos sacerdotes en virtud del don, del regalo que hace Dios a la humanidad; no somos por nosotros mismos, somos gracia de Dios para el mundo, hemos de confiarnos en Dios Nuestro Señor a quien servimos.

Siendo llamados a nuestra vocación presbiteral en la Iglesia, hemos de ser fieles a ella. El Señor nos ha llamado, es Él quien nos ha incorporado; no pertenecemos a un club, no hemos sido afiliados a una asociación, hemos sido incorporados a un cuerpo apostólico en donde el legado espiritual, la tradición y el modo de proceder han de discernirse para que sigan dando el fruto para el que fueron creados.

Hoy hemos de dar gracias al Señor por vivir en una sociedad pluralista; estamos viviendo en una época histórica, enriquecida por una pluriculturalidad que nos invita al diálogo y al trabajo con los otros, en donde hemos de aportar desde donde somos; nuestro carisma sacerdotal tiene algo que decir al mundo actual, al aquí y ahora de nuestra realidad eclesial y mundial. Hemos de recrear nuestra consagración para que siga siendo elocuente, hemos de velar por nuestra formación inicial y permanente, nuestra manera de orar y de obrar, el ejercicio de la autoridad y nuestro modo de discernir.

La fidelidad a la Iglesia nos está exigiendo dar una mirada a nuestras relaciones, considerarlas seriamente y pasar de aquellas relaciones ordinarias de indiferencia, muchas veces verticalistas y autoritarias, de negación del trato, distanciamiento y conflictos a relaciones propias de sacerdotes. Hemos de ser fieles a la construcción de la fraternidad. Aquella no se logra sino desde una relación personal, humilde y paciente con los demás. No podemos vivir ignorando a los demás, alejados de ellos, no es evangélico y por lo tanto no es propio del modo nuestro de proceder como sacerdotes. La fidelidad a la Iglesia nos exige crear, mantener y estimular relaciones fraternas que nos hagan hermanos.

FIDELIDAD A LA MISIÓN

En fidelidad a Dios, fuente de nuestra vida sacerdotal, hemos de preguntarnos por nuestra razón de ser a la que hemos de mantenernos fieles. ¿Qué significa ser sacerdotes? ¿Qué es ser sacerdotes hoy?

Necesariamente nuestra mirada nos llevará a la experiencia primigenia, a aquella que nos señala claramente lo que estamos llamados a ser. De nuevo el corazón quiere afincarse en los orígenes, sin mayor pretensión que volver al amor primero. El llamado que Dios nos hizo para ser sacerdotes, nuestra vocación es una misión. Somos para una misión, hemos sido llamados para ser enviados.

Como sacerdotes no somos otra cosa que servidores de la misión de Cristo. Nuestra misión hoy no puede desconocer el diálogo con los otros, la justicia y la cultura. Estamos llamados a responder a un mundo que necesita construirse a partir del encuentro, la convivencia, la concertación, el arte de sabernos escuchar; responder a una cultura cuyo tejido se realiza en el movimiento diario de la convergencia de ejes diversos, polifacéticos, donde el aporte y la participación para construir la verdad surgen de diferentes niveles que han de ser acogidos, el arte de la inculturación; responder a la justicia en una realidad donde la presencia de muerte, esclavitud y desunión son productos reales de la injusticia generalizada en diversos órdenes, el trabajo por la promoción de la justicia que adquiere acciones reales a favor de la paz, el arte de la solidaridad.

Eso somos los sacerdotes, servidores de la misión de Cristo. Libres para entregarnos, libres de todo interés, libres para alcanzar a todos los hombres y mujeres que necesitan de nuestra presencia. En fidelidad a la misión de construir la paz como cuerpo enviado, teniendo como único apoyo y fuerza a Dios, animándonos mutuamente y sopesando nuestros recursos. Es así como un proyecto apostólico común encuentra su sentido en afrontar el futuro de las obras, contar con nuestras fortalezas y debilidades y poder seguir afianzándose en sus posibilidades.

Ser fieles a la misión desde nuestra labor presbiteral exige un trabajo en equipo. Una mirada a nuestro equipo de trabajo apostólico nos sitúa de frente con nuestro “hacer juntos”. El sacerdote entra en relaciones de trabajo frente a frente con otros colegas religiosos y no religiosos. Los equipos apostólicos han dejado de estar formados por sólo pares, incluyen hoy colegas laicos. La tarea particular de contribuir al trabajo de conjunto, la tarea común de funcionar como una unidad.

Llamados para servir exige estar permanentemente abiertos en todas aquellas direcciones en donde podamos actualizar el evangelio. Nuestra fidelidad a la misión nos empuja a inventar, movilizarnos, inquietarnos constantemente porque siempre hay más servicio que prestar. Exigencia de peregrinar, de ponernos en camino, de ser siempre caminantes en búsqueda, queriendo responder a un mayor servicio.

Ser peregrinos con el Peregrino en la fidelidad es ponernos al paso de Dios con el discernimiento debido y la suficiente disponibilidad para dejarnos llevar por el Espíritu, Él es quien nos conduce como quiere y donde Él quiere.

CREATIVIDAD EN LA ENTREGA

El ser fieles en el seguimiento del Señor nos exige serlo según las personas, los tiempos y los lugares, a los cuales se ha respondido a lo largo de la historia. Hoy el ejercicio del ministerio sacerdotal nos hace, también, ser sensibles a los nuevos desafíos, nuevas interpelaciones y exigencias de las distintas variables del mundo en que vivimos. Cuánto más quienes han sido llamados a ejercer el ministerio sacerdotal han de responder con fidelidad y audacia a esos retos y desafíos actuales.

Actuar con coherencia desde nuestro modo de proceder como sacerdotes, discerniendo los signos de los tiempos y descubriendo en ellos una exigencia apostólica de creatividad. Siempre insatisfechos ante las metas logradas, hemos de estar siempre en constante deseo de impulsar y redescubrir, redefinir y alcanzar los mejores medios para lograr el fin que nos hemos propuesto: la construcción del Reino. Como ministros de Jesucristo no hay límite ni frontera alguna que nos detenga en crear nuevas oportunidades, nuevos motivos, nuevos pretextos para alegrarnos de sembrar allí la semilla del Reino. Se trata de implementar aquella audacia que genera el trabajo por el Reino, la osadía y el vigor que nutre y alimenta nuestra actividad apostólica sacerdotal.

¿Cómo nos estamos entregando desde nuestro ministerio? ¿Cuál es la calidad de nuestra oblación sacerdotal? He ahí los interrogantes que hemos de responder. Se trata de identificar el "valor agregado" que como sacerdotes estamos aportando, desde nuestro ser y actuar como Jesús, al mundo y a la historia que nos ha tocado vivir. Sopesar la calidad de nuestra entrega presbiteral nos deja al descubierto aquel amor interesado, mezquino y tasado que necesita ser redimido; aquella donación obligada, aparente y vistosa que debe ser convertida; aquel gastarnos artificial, mecánico y convencional que necesita ser actualizado.

Darnos al estilo de Jesús, donde la patena y el cáliz de la entrega se recrean en respuesta sincera a nuestra oblación sacerdotal. Donarnos al estilo de Jesús exige de nuestra parte una opción por el débil y una dinámica de vaciamiento que trae consigo el gozo profundo de una vida presbiteral incondicional al servicio de los demás. No dejar de tensarnos ante Dios mientras vamos gastando nuestra existencia como ministros de Dios, desgastarnos por los otros mientras nos hacemos para Dios.

CREATIVIDAD EN LAS DIFICULTADES

Hemos de afrontar una serie de obstáculos, incomprensiones e impedimentos en el ejercicio de nuestra misión sacerdotal, nuestro modo de vivir y de proceder no son lógicos para el mundo. La vivencia de nuestro ministerio sacerdotal nos hace contraculturales en la práctica de nuestros votos y promesas, en nuestra opción de vida, en

la mirada a la realidad, en el sentido que damos a la cotidianidad. La lógica de nuestra consagración sacerdotal atenta contra un mundo que ha optado por los primeros puestos, privilegia el hedonismo, el poder, el tener, donde la satisfacción, el consumismo y el confort se constituyen en fines sin importar los medios para lograrlos. No podemos desconocer que algunos hermanos sacerdotes han sido seducidos por estos halagos del mundo.

Hoy hemos de afrontar una serie de tensiones propias de nuestro ser y actuar como sacerdotes ante el tiempo que nos ha tocado vivir. Tensiones que surgen cuando nuestra misión presbiteral se confronta con el contexto propio donde ha de encarnarse. Es así como gratuidad y eficacia apostólicas se encuentran en el dilema de dar gratis lo que gratis hemos recibido y los recursos necesarios para ejercer el apostolado, muchos se niegan a ofrecer sus servicios si no son recompensados. La disponibilidad en atender la universalidad de la misión ante la exigencia de la inserción en responder a la inculturación. Sacerdotes encajonados en sus lugares de apostolado sin una mirada eclesial católica y universal. La voz inspiradora del Espíritu que nos jalona hacia el futuro y a su vez su voz institucional desde la Iglesia que nos lleva a profundizar en el presente. La institucionalidad no puede ahogar lo carismático, tenemos que abrirnos a las nuevas fronteras que reclaman a gritos nuestra presencia como ministros.

Hemos de afrontar las tentaciones propias de la misión en donde la radicalidad evangélica de nuestra consagración sacerdotal se ve amenazada cuando no hacemos rupturas con el mundo. Posturas ambiguas, compromisos dudosos, posiciones dicotómicas que desfiguran nuestra misión. Nos hacemos infecundos cuando estamos en el lugar equivocado en atención al prestigio, esperando ser halagados, confiando ser reconocidos, añorando ser recompensados. Cuántos han dejado el ministerio sacerdotal por ir tras la riqueza fácil, el vano honor del mundo, la soberbia propia del poder y de la fama. Nos hacemos sorpresa para nosotros mismos y no creíbles para el mundo cuando somos noticia en los primeros planos de los medios de comunicación protagonizando escándalos, actuando políticamente, evidenciando desequilibrios y codicias.

Hemos pues de considerar si en el ámbito congregacional, comunitario y fraterno existe el espacio para un discernimiento orante, un diálogo abierto, donde juntos podamos ir buscando, compartiendo, intercambiando y aportando de modo que podamos ir encontrando el camino para hacer frente a estos obstáculos, tensiones y tentaciones. Somos sacerdotes de Dios y sacerdotes para nuestro pueblo. De ahí que nos debemos a nuestras comunidades, e igualmente, con humildad, hemos de responderle a nuestro Dios, de ahí que no podemos eludir realizar un esfuerzo real en afrontar la osadía de dejarnos llevar por el Espíritu para poder responder generosamente a la misión a la que hemos sido llamados como sacerdotes.

CREATIVIDAD PROFÉTICA

Nuestra consagración sacerdotal en orden al ministerio exige hoy ser vivida y asumida desde el carácter profético de Jesús. La fidelidad creativa y la creatividad fiel a nuestro carisma sacerdotal encuentran en el profeta su lugar de vínculo y de acción.

El profeta ha de dar una mirada recreadora a las fuentes en cuanto que el retorno a ellas se hace para abrirnos a los desafíos del futuro. Se trata de una mirada inspiradora, afincada en el Espíritu.

Somos profetas de fe ante un mundo que aunque camina en sentido opuesto a la verdad de Dios, está en actitud de búsqueda de sentido, sediento de Dios y hambriento de vida. Somos consagrados sacerdotes, hombres de oración, de vida en el Espíritu, de hondura existencial y profundidad sacramental. La credibilidad del testimonio que se hace realidad en el compromiso de lo cotidiano, lo pequeño, lo silencioso.

Debemos ser profetas de esperanza en aproximarnos positivamente a los problemas, adversidades y embates actuales ya sean de carácter interno o externo, los cuales han cobrado para el ejercicio del ministerio presbiteral una relevancia especial. ¿Cómo estamos respondiendo a la promoción, admisión y perseverancia de nuevas vocaciones a la vida presbiteral? Ante el pesimismo, escepticismo y desaliento de muchos sacerdotes, ¿cuál está siendo nuestra respuesta? ¿Cómo animar ante el desmejoramiento y la pérdida de calidad de nuestro servicio ministerial? Ante la realidad de cansancio, enfermedad y vejez de muchos de nosotros, ¿qué estamos haciendo? Hemos de

disponernos positivamente en saber responder con generosidad ante la confianza que viene de la providencia, lo que el Espíritu nos indica a través de las expectativas de las nuevas generaciones.

Debemos ser profetas que tomen el camino de Jesús desde una misión que integre y asuma el acercamiento y servicio a los pobres. Solidaridad actual con los empobrecidos y marginados, viviendo con ellos si es posible y de todas maneras viviendo por ellos. El ministerio sacerdotal nos exige hoy responder a las nuevas formas de pobreza, fundando nuestra misión en el diálogo paciente, propositivo y evocador, reinventando el modo de convivir y compartir con todos aquellos que creen de modo diverso. Como sacerdotes somos servidores de la misión de Cristo, misión afincada en su amor creador y redentor que nos lleva a no desfallecer ante la realidad de este mundo.

Debemos ser profetas como cuerpo apostólico, compañeros de ruta en el acompañamiento y la amistad de una vida que se va tejiendo desde el fuego de una vocación común de ser cristianos. Como sacerdotes ser animadores de la unidad de corazones y de espíritus con el ánimo de caminar juntos. Fidelidad al cuerpo y creatividad para el cuerpo significa formar comunidades según nuestro modo de proceder. Como sacerdotes, pastores de Cristo, hemos de empeñarnos en comunidades de una fuerte vida en el Espíritu (orantes), fraternas (de comunión), misioneras (apostólicas) y de una permanente formación.

FIDELIDAD CREATIVA

El cómo vivir esta fidelidad y audacia en el ministerio sacerdotal no puede estar basado en novedosas fórmulas, nuevas reglas o pequeños manuales normativos de indicadores. No se trata de una asignatura más en el currículo del Seminario. ¿Cómo ser fieles y creativos en la vivencia del ministerio? Su espiritualidad, autoridad, misión, formación en la práctica, en lo concreto del tejido diario es apostarle a la fidelidad creativa. Se trata no de acciones aisladas sino de apuntar al ser mismo de nuestra consagración sacerdotal; hemos de tocar criterios, valores, actitudes que nos hagan los sacerdotes que siempre hemos sido, originales, únicos e irrepetibles, respuesta elocuente para el mundo en aquello para lo cual fuimos consagrados, he ahí la fidelidad. Y a su vez, los sacerdotes capaces de aportar la novedad del evangelio, el sabor siempre nuevo del Espíritu, la respuesta que surge de la mirada que discierne, del corazón que crea futuro existencialmente, de las manos artesanas de esperanza, he ahí la creatividad.

Fidelidad creativa es el camino hacia la audacia fiel en la vivencia del ministerio, camino que hemos de recorrer, hemos de emprender esta aventura. Si es verdad que ha de ser un compromiso de todos y de cada uno de los sacerdotes es importante que este dinamismo se vaya gestando de los píes a la cabeza, la dinámica del "*minus*" al "*magis*", del adentro hacia fuera, del abajo hacia arriba; tiene que ser un movimiento que invada todo el cuerpo eclesial, todos los niveles de nuestra vida presbiteral personal, comunitario, diocesano y jerárquico. Corresponde a los vicarios, obispos, y superiores mayores liderar la integración de estos niveles, liderar los procesos en su conjunto, hacer que sigan adelante las diversas actividades, poner el hombro en favor de este proceso.

La fidelidad creativa es labor de toda la Iglesia, exige la participación y comunión de todos los miembros de la comunidad eclesial, pueblo de Dios y jerarquía, teniendo siempre presente aquellas motivaciones interiores como su vida apostólica, la manera como vive su servicio con los otros, su compleja interrelación con otros ministerios de acuerdo con el espíritu de la vida eclesial; todos estamos comprometidos a hacer que nuestros sacerdotes vivan este proceso de fidelidad y audacia en su ministerio. Somos como sacerdotes un cuerpo apostólico unitario y complejo de ahí que el camino que hemos de recorrer ha de contar con todos los miembros del cuerpo, caminar paciente y firmemente; acompañando y dejándonos acompañar, permitiendo la intervención libre y anudando procesos; sabiendo escuchar a todos y tomando decisiones.

Una fidelidad creativa despoja y elimina de la vivencia toda culpabilidad, incredulidad y desilusión, se trata de la convicción de la acción del Espíritu Santo en nosotros y a través nuestro; la fidelidad creativa nos hace conscientes de ser los sacerdotes que el Señor ha querido para estos tiempos, Jesús nos ha escogido y actúa a través nuestro, siguiendo radicalmente a Jesucristo, estamos actualizando cada día en términos de nuestro tiempo el ministerio; fidelidad creativa que se concentra en la espiritualidad honda y profunda de la transparencia de Dios, en el modo como modelamos la comunidad efectiva y afectiva comunión de corazones, y en la vivencia de la pobreza religiosa, solidaridad actual con los pobres y desposeídos.

BIBLIOGRAFÍA

AA. VV. *Celibato por el reino: Carisma y profecía. "Como yo os he amado" Jn 15, 32.* Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2003, 389 páginas.

CODINA, Víctor. *Sentirse Iglesia en el invierno eclesial.* Barcelona: Cristianismo y justicia., 2006, 31 páginas.

GARRIDO, Javier. *Adulto y cristianismo. Crisis de realismo y madurez cristiana.* Colección Servidores y Testigos Nº 39. Santander: Editorial Sal Terrae, 5ª. Edición, 1997, 263 páginas.

MARTÍNEZ, Víctor M. *Fidelidad y creatividad en la vida consagrada.* Bogotá: Paulinas, 2003, 109 páginas.

RANKE-Heinemann, Uta. *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad.* Madrid: Editorial Trotta, 1994, 334 páginas.



La meta es el camino. Hacia un decálogo sobre el sacerdocio

P. José María ARNAIZ, SM

La vida es trazar un camino a lo largo de un territorio incierto. En ese camino es importante dar pasos hacia metas deseadas, vitales y desafiantes. Para ello hay que estar tocados de gracia de sencillez, cordura y claridad. Importa comprometerse con grandes valores, meta del camino de la vida.

En este año del sacerdote me he centrado en la reflexión, la oración y la vida, en torno a 10 grandes pensamientos sobre la meta de mi vida sacerdotal y la de otros muchos. Leí algo muy similar en un número la revista Review for Religious del mes de julio. Con el pasar de los meses estos pensamientos los he ido convirtiendo en un decálogo que debería marcar mi actuar de cristiano sacerdote. No ha sido fácil dejar de lado algunos otros pensamientos y hacer prioritarias las ideas que presento.

Mi experiencia sacerdotal es la propia de un religioso; la del que trata de juntar carisma con ministerio. En mi caso ha estado unida a un ministerio que no se ha realizado en el mundo de la parroquia si no más bien en el de la educación, la cultura, la formación de personas y la animación de grupos y de jóvenes y de vida religiosa. Muchas veces en un ambiente laico siendo para unos el referente de su fe y para otros un “profesional” de una institución u obra de promoción humana; para todos he procurado ser amigo y cercano. Los que han querido

han encontrado a un religioso y sacerdote y, con la mayor naturalidad les he podido ayudar en su vida de creyentes. La dimensión litúrgica sacramental no ha faltado pero no ha sido la fundamental; la de enseñar y evangelizar, anunciar la palabra y el servicio a la comunidad, sí. Creo que con una visión de conjunto bien puedo decir que como sacerdote he tratado de existir confiadamente dentro de la Iglesia ejerciendo el ministerio como servicio, encuentro y proclamación. En general me ha tocado más dar ánimo que recibirlo. Todo esto se vive y lo he vivido con las grandes "escisiones" que troquelan el ser humano como la que se da entre el espíritu y el cuerpo, el individuo y la comunidad y Dios y el mundo. *Como sacerdote puedo testimoniar que la identidad sacerdotal me la han proporcionado las relaciones*; ellas la han generado y consolidado y todo ello partiendo de la intimidad en el trato con Jesús. Esto lo he vivido, también, con diversas pertenencias que he tenido que discernir, graduar y armonizar para evitar la tentación de la dispersión. En fin, esta identidad se ha reforzado no con afirmaciones de verdades sino por encuentros con los otros. No se adquiere de una vez por todas y para siempre. A lo largo de la vida se va moldeando con posibilidades y perspectivas nuevas.

Por supuesto, es bueno recordar *que lo que es propio del sacerdote no es exclusivo de él*. Esta grande afirmación le hace pueblo de Dios de noche y de día y ciudadano del universo y atraviesa toda esta presentación. El sacerdote de nuestros días tiene que actualizar y reavivar el carácter sacerdotal del pueblo de Dios. Para ello le toca conectarse radical y espiritualmente con los hombres y mujeres contemporáneos, conocer sus tristezas y angustias, sus deseos y esperanzas y asumir hondamente su propio vínculo con ellos; y así darse cuenta que por este contacto la Iglesia puede ser sacramento de Dios en nuestra historia. Ese pueblo de Dios al sacerdote le tiene que exigir y no "glorificar" y endiosar. No podemos olvidar que los ministerios ordenados están al servicio del sacerdocio común y no a la inversa.

1. Imagen de Dios

Comencemos por lo primero. El sacerdote es criatura de Dios que en él ha dejado su huella, su imagen. Por eso está llamado a recordar a los demás que después de la caída hemos sido maravillosamente recreados y convertidos en huella, deseo, fotografía de Dios. Escogidos

por Dios, conducidos por él, animados por Dios los sacerdotes se convierten en especial imagen de Dios que ayuda a evocar su constante intervención en el mundo. Son hombres de Dios, se llenan de Dios, rebosan a Dios y lo contagian. Insisten en que Dios es contemporáneo nuestro e incluso en esta cultura a veces denigrada por el discurso religioso. Dios entra en todas las zonas de nuestra vida. Por eso, no es posible hablar de Dios sin hablar de uno mismo y de los compañeros y compañeras de camino; y no es posible hablar de uno mismo sin hablar de Dios.

En el mundo secularizado que ha celebrado y celebra el eclipse de Dios y hasta su muerte bien se puede hablar de la perturbación que produce la ausencia, la insignificancia y la crisis de Dios en la transmisión de la fe. En esa crisis el sacerdote tiene una especial función: indicar que el movimiento de secularismo ha fracasado; *Dios rebrota, seguimos experimentándolo y también en nuestros días.* Dice Dios con su persona, su misión, su rostro, su alegría, su compromiso, su testimonio y hace todo por superar la "secularización interna" de la Iglesia y que a veces es muy agresiva. Como bien se ha dicho, la vocación del sacerdote viene del corazón de Dios. *"Cada sacerdote debe ser consciente que lleva al mundo a otro, a Dios mismo. Dios es el único tesoro que la gente finalmente debería querer encontrar en el sacerdote"* (Benedicto XVI).

Esta condición le pide fidelidad a Dios, *rendez-vous* con el misterio, encuentro personal y amoroso con Dios, devoción, oración intensa, fe viva; le pide dar gran espacio a la adoración; capacidad de silencio y de admiración y sorpresa por lo que es y siente de divino y de exigencia de contagiarlo. *Todo esto puede calificarse de experiencia mística*. La existencia del sacerdote tiene una fuerte dimensión orante. La otra cara de la monedad de esta imagen de Dios es la imagen del hombre. La imagen de Dios en el sacerdote se hace patente cuando se da una gran calidad de humanidad. El sacerdocio es una forma de vida que pone al ministro en intimidad con Dios, en relación y diálogo con él y lleva a los demás a Dios y a satisfacer la sed de Dios que tienen. Eso sólo lo puede hacer si él mismo tiene conciencia que viene de Dios y sabe deletrear la caligrafía de Dios en el mundo y en su propia vida y acierta a interpretarla y a ver en todo un pedacito de la historia de salvación.

2. Otro Jesús

El sacerdote debe llegar a vivir la emoción que supone pronunciar las palabras de Pablo: *"No soy yo el que vivo sino que es Cristo el que vive en mi"* (Ga 2,20). Vive insertado en Cristo. Es otro Cristo. La experiencia de Dios para el cristiano se concreta en la persona y el acontecimiento de Jesucristo, Dios con rostro humano. Por eso el sacerdote actúa bien, se ha dicho, cuando lo hace "in persona Christi". Se debería sorprender de reconocerse como otro Cristo; de tomar conciencia de que casi sin darse cuenta está pronunciando sus palabras, anunciando lo que él proclamaba, teniendo las compañías que él tenía, creando comunidad como él procedía, haciendo lo que él hacia: estar con el Padre, devolver la salud, defender a los débiles, ofrecer alternativas de libertad, justicia y verdad. *El sacerdocio cristiano solo tiene sentido en esta perspectiva: que la gente vea en el sacerdote a Jesús, le oiga, le sienta, evoque su acción misteriosa, que lo descubra como camino, verdad y vida.* "Cristo no tiene cuerpo en la tierra más que el tuyo; no tiene manos más que las tuyas, no tiene pies más que los tuyos. Tus ojos son los ojos a través de los que llega la compasión de Jesús a este mundo. Tus pies son los de Jesús y con ellos te encaminas a hacer el bien. Tus manos son las de Jesús y por eso puedes con ellas bendecir a las personas" (Santa Teresa de Ávila).

La identidad del sacerdote se acredita en la intimidad con Jesús. Él, antes de enviar a sus discípulos quería que estuvieran con él (Mc 3, 14), compartir su vida, habitar en su casa (Jn 1, 38), asistir a su escuela, escuela de vida, y más tarde de misión y sufrimiento. El Señor a los sacerdotes les hace sus amigos, les encomienda todo y de tal forma que pueden hablar con su yo. La amistad exige y se enriquece con el trato. La oración y el servicio al pobre y al sufriente es el clima adecuado en el que la amistad con Jesús se fortalece y profundiza. Para algunos las palabras de Jesús: *ya no les llamo siervos sino amigos* serían las palabras de la institución del sacerdocio. No hay duda que en el centro de la fe y de la vida del sacerdote está una persona; nos lo recuerda el Papa Benedicto XVI: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello una orientación decisiva". La amistad con Jesús le convierte al sacerdote en alguien que habla de un Jesús

con figura humana, porque ha tratado con él, ha compartido su mesa y su enseñanza. Así se convierte, como él, en el trovador del Padre.

No hay duda que el sacerdocio del cristiano es participación del de Jesús; él es la fuente de la que mana toda acción sacerdotal que básicamente es como la de Cristo: partir el pan y perdonar los pecados. Ser sacerdote es multiplicar la acción de Jesús. Para él la identificación existencial con el ministerio es su gran desafío y desafío es también que ese ministerio sea el de Jesús. La identificación con Jesús es la mayor exigencia interna de un sacerdote. La meta del sacerdote es llegar a hacer y ser todo "por Cristo, con él, como él y en él" y fiarse de él y vivir sabiendo de quién se ha fiado: *"Sé de quien me he fiado"*. No hay duda que le toca poner intensidad en su condición de cristiano y radicalidad en el seguimiento de Jesús; le toca dar cuenta de lo verdaderamente cristiano convirtiéndose en testigo suyo y hasta tal punto que a él como a los primeros apóstoles y en concreto a Pedro lleguen a reconocerlo que "era de los suyos" (Lc 22, 58). En una palabra, el sacerdote vive para ser referente de Cristo en la sociedad por el ministerio y el servicio.

3. Un ungido por el Espíritu

Es la tercera dimensión del sacerdote. No hay duda que su vida tiene una dimensión carismática; un sello de santidad. Es un ungido por el Espíritu y por tres veces: en el bautismo, la confirmación y la ordenación sacerdotal. La suya es una persona sacramental. Significa y "produce" la gracia. Está ungida su mente, su corazón y sus manos y por el Espíritu Santo. Fruto de esa unción ya no vive más para si. Vive para los otros. Así se convierte en el pontífice, el que hace puentes y comunica lo temporal y lo eterno, lo secular y lo sacral, lo de este mundo y lo del que viene; acerca lo divino a lo humano con las celebraciones sacramentales, y lleva la humanidad a la divinidad por la constante y fiel intercesión de Dios en nombre de toda la Asamblea de los fieles. No hay duda que el sacerdote es un icono del más allá, de lo eterno, de lo trascendente. Tiene algo de persona "sagrada".

Esta dimensión le exige tocar las dos orillas del río; la de la debilidad, la fragilidad y las ganas de más y la del sabor que deja lo santo, lo bien hecho, lo exigente. Son dos las orillas y una misma agua que corre por el cauce y que es la acción carismática en él del Espíritu.

Al mismo tiempo le permite vivir inspirado, lleno de originalidad y de novedad, marcado por los dones que el Espíritu regala a los que se dejan mover por él.

4. Una persona eclesial

El cristiano no puede creer sin pertenecer y pertenecer cordialmente a la Iglesia. Ello no significa ser "un eclesiástico", una persona que hace de esta pertenencia una profesión y una carrera. El sacerdote sabe que para vivir la fe se precisa la comunidad ya que es el laboratorio del Reino. La Iglesia tiene que ser una comunidad de comunidades. Está llamado a amar a la Iglesia con pasión y a esa Iglesia que como barca de Pedro navega en unas determinadas coordinadas de espacio y tiempo. A él le resuenan bien las palabras de San Agustín: *"Amen a esta Iglesia, permanezcan en esta Iglesia, vivan para esta Iglesia".* La Iglesia es para él como el aire que se respira; su familia, una comunidad mistagógica, iniciadora, mediadora y facilitadora de la relación con el Dios de Jesús. El sacerdote es representante de la Iglesia pero no en exclusiva; es el portavoz de la Iglesia y puente de plata entre la Iglesia y el mundo; lo que del laico se ha dicho bien se puede aplicar al sacerdote y afirmar que es un hombre de Iglesia en el corazón del mundo y un hombre del mundo en el corazón de la Iglesia. El convierte la Iglesia local en una realidad viva, visible, acogedora, transparente, verdadera, compasiva. Como una persona eclesial está llamado a pensar globalmente y actuar localmente. Es decir, es importante hablar de la Iglesia como una madre y una maestra. Santa Teresa de Ávila estaba orgullosa en el seno de la muerte de poder llamarse y de que la llamaran "hija de la Iglesia": *"Al fin, muero hija de la Iglesia".* El sacerdote también tiene que gozar de ser llamado "hijo de la Iglesia". De la Iglesia que se hace con sudor, sencillez y fe. Sabe bien que está en la Iglesia para estar en el mundo.

Pertenecer a la Iglesia, ser de la Iglesia, escucharla, caminar con ella es exigencia fundamental del sacerdote; él no puede olvidar que la vida de la Iglesia es plenamente vida; por eso se hace palabra, mensaje, acción. Esta exigencia se puede convertir en un camino de cruz. *No hay que esquivar ni ignorar las reales dificultades del sacerdote con la Iglesia; son un hecho. Los conflictos puede que no falten.* De hecho esta fidelidad a la Iglesia ha sido la exigencia que ha "hecho" de algunos sacerdotes verdaderos mártires que han convertido sus

crisis con la Iglesia en oportunidades para llegar a una muy especial fecundidad. La identidad eclesial es indispensable ya que está a la base para poder poner la Iglesia en el corazón de muchos cristianos; no se puede hacer amar lo que no se ama. Al sacerdote le corresponde mantener viva la memoria del pasado de la Iglesia, hacer dinámico su presente y apasionar por un futuro promisorio, por un presente que tenga futuro. Por todos los medios hay que luchar para superar la desafección hacia la Iglesia ya que para algunos es una institución debilitada en una sociedad poderosa.

Como hijo de esta comunidad le toca dar mucha importancia en su vida a ser un hombre de buenas relaciones; la acción pastoral supone calidad de trato; saber hablar y tocar el corazón de las personas, suscitar sueños y, por supuesto, ensanchar los horizontes. En la misión de la Iglesia es importante comunicar. El sacerdote tiene que ser un buen comunicador.

Le queda como tarea, también, el ayudar a la misma Iglesia a no ser tan eclesiocéntrica, tan llena de temores, tan asustada ante el mundo que la rodea, tan recluida en catacumbas contemporáneas y aferrada a modelos que brindan aparente “seguridad”. Hace un buen servicio a la Iglesia cuando la ayuda a mirar el mundo en el que vivimos, a aceptar gozosamente los nuevos desafíos, con una confianza plena en el Espíritu Santo y con la valentía que caracterizó a los profetas de ayer y también a los de hoy. Por supuesto, sin estar preocupado por inexistentes “persecuciones”, en lugar de sentirse animado a sembrar el Reino en un mundo fértil y necesitado de justicia y de paz.

5. **Una persona eucarística**

“Tomen esto. Cómanlo. Esto es mi cuerpo. Tomen esto y beban. Esta es mi sangre del Nuevo Testamento”. Con estas palabras Jesús instituye el sacramento de la eucaristía y del sacerdocio. Esta es la gramática y el corazón de la persona eucarística. El foco de la vida del sacerdote es eucarístico. Supone tomar, romper, perdonar, agradecer, alabar, compartir, predicar, interceder, escuchar, ofrecer, comulgar, enviar. En la Eucaristía el Señor se convierte en nuestro compañero por excelencia. Al ser una persona eucarística el sacerdote es una persona altruista, generosa, de las que se entregan y se da a los demás. Como una persona cultual y ritual lo que el sacerdote celebra

en la mesa del Señor fluye y se extiende en el ministerio pastoral con los demás durante el resto del día. Como una persona eucarística acierta a conducir a toda la asamblea de los fieles en adoración, la que nace de la presencia eucarística. Crea una conciencia fuerte de la presencia de Jesús en la eucaristía y esa conciencia reavivada le lleva a saber mostrar a Jesús en los pobres, los sufrientes, los oprimidos y a quedarse con una presencia suya que pasa al diario vivir.

Por eso, al sacerdote le va haciendo tal la celebración eucarística; sobre todo si acierta a celebrar lo que vive y a vivir lo que celebra. Entonces va convirtiendo su existencia en un ofrecimiento de la propia realidad para la vida del mundo. *Eso no ocurre cuando se convierte en un mero funcionario eucarístico.* El Maestro Juan de Ávila recordaba que "no existe espuela que aguijonee y haga correr a un sacerdote el camino de la perfección como ponerle en sus manos al mismo Señor de cielos y tierra que fue puesto en las manos de nuestra Señora".

En la mesa del altar que se hace palabra y comida del Pan de Dios el sacerdote aprende a tomar la propia vida entre las manos, compartirla y entregarla como Jesús (Mt 26, 26). En esa mesa le nace y se le reafirma el deseo de seguir sirviendo ya que es una mesa que sacia el corazón, que nos iguala y nos hermana. Ella nos invita a hacer memoria agradecida y esperanzada; memoria arrepentida y reconciliada, memoria comprometida y constructiva.

6. **Una persona para los demás**

Llegamos a la sexta dimensión. Un sacerdote es una persona centrada en el Señor y de ahí llega a ser una persona centrada en los demás, para los demás, para servir. La huella de Dios en nosotros nos abre a los demás. La pasión por Dios está en el origen de la pasión por los demás. La identidad del sacerdote se configura en *una espiritualidad expresada en la caridad pastoral que busca a la oveja perdida y el ejercicio del ministerio al estilo del Buen Pastor*. El sacerdote se ordena para los demás, para más amar y mejor servir. Le toca llevar bondad y compasión a este mundo herido y dolorido. Este mundo global, marcado y conducido por la realidad y los principios económicos tiene, de por si, poca preocupación por los demás. La solidaridad no está de moda. El individualismo duro y exigente se ha hecho ley de vida. Por él se trata de competir y de hacer todo para que venza el

más fuerte y no de compartir. El ganar lo es todo, se ha transformado en el slogan de nuestros días. Ello hace que a la persona la defina el "cuánto ganas" y "cuánto tienes". Eso se busca y por eso se lucha y se hace todo lo más posible.

En ese mundo se *hace presente el sacerdote con la gratuidad, la cercanía, la presencia, la ayuda y el servicio generoso. Se hace protagonista de la ayuda al pobre, al que sufre la injusticia, al que tiene roto el corazón y precisa compasión y protagonista, también, de una transformación de la sociedad exclusiva en inclusiva, opresora en justa.* Se hace anunciador del evangelio que lleva a compartir, a la solidaridad, al agradecimiento, a la compasión, a la luz para los que están confundidos.

El sacerdote como una persona para los demás no es algo que ha pasado de moda. Es la imagen que más fe despierta. Cuando así procede se convierte en sacramento de vida de gracia y de acercamiento a la Iglesia. Justamente la eucaristía es la fuente de la entrega generosa y de la caridad pastoral que es el mejor termómetro para definir y analizar hoy el ministerio sacerdotal

7. Un cristiano animado por el espíritu de María

La séptima tiene que ver con María. El sacerdote en la Iglesia católica está invitado a ser muy mariano; a hacer realidad una Iglesia marcada por María; es decir, muy femenina, sencilla, acogedora, inclusiva, compasiva, llena de ternura y al mismo tiempo de audacia ya que está convencido, como María, que para Dios nada es imposible. No vive ni respira más que para dar a conocer a María y hacerla amar; y ello porque ha descubierto que todo en la vida cristiana comenzó en ella y por ella; en su seno y por su palabra. *La fe cristiana de un sacerdote precisa intensidad en el aspecto mariano.* Para el Cardenal J.H. Newman el motivo por el que Cristo es un desconocido es porque María, su madre, es desconocida. Es una realidad que la presencia y la acción de María trae una especial fecundidad a la acción del sacerdote.

Puebla nos dijo que siempre que en la Iglesia se comienza algo de grandes dimensiones ahí está presente María; *"que el Evangelio ha sido anunciado y presentando a María como su realización más*

plena y alta... Desde lo orígenes de la presencia del cristianismo en el Continente... María constituyó el gran signo, el rostro maternal y misericordioso de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión" (Puebla 282). Ello supone saber los por qué de esta especial relación con María y también los cómo, los modos, las realizaciones. Por eso, de María hay que saber y tener conocimientos pero en relación con ella no pueden faltar las expresiones de una profunda relación de afecto, de intimidad, de protección. La religiosidad popular le acerca al sacerdote a María y María al sacerdote. Le lleva a la sencillez en la expresión de su relación de afecto creyente hacia ella lo cual pasa por participar en una peregrinación, visitarla en un santuario, orar el rosario, tener su imagen en la oficina, reavivar su presencia, escuchar sus mensajes, celebrar sus fiestas, tomar conciencia de su misteriosa pero real acción maternal en nosotros, mostrar a Jesús, proclamar el magnificat.

La figura de María adquiere una ejemplaridad fuerte para el sacerdote. Ella es la gran oyente de la palabra; modelo de acogida en la Anunciación; se muestra como ejemplo de caridad presurosa y sin cálculos en la visita a su prima Isabel, como tipo de virginidad confiada y fecunda al entregarse a la concepción de su hijo, como provocadora de la gracia de Dios y de la alegría en medio de la celebración de las bodas. La misión de María consistió en acoger para si y para todos al Salvador y ofrecerlo al mundo. Eso hace del movimiento de la caridad pastoral el motor de la vida del sacerdote. María, en fin, le hace al sacerdote un hombre del magnificat que es el canto a una vida entregada. María a uno le conquista y le llena el corazón.

8. El sanador herido

"El mismo Cristo, que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grades gritos y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte..." (Hb 5, 7). Jesús es el sanador herido que cura las heridas de esta humanidad que sangra dolor y sufrimiento. Lacordaire describe al sacerdote sanador como el que vive en medio del mundo sin lavar sus heridas; es miembro de una familia y no pertenece a ninguna; que comparte cada sufrimiento, que penetra todos los secretos, que sana todas las heridas, que va de los hombres a Dios y que ofrece sus oraciones, que sale de Dios para ir al hombre y lleva el perdón y la alegría a todos. Esto es vida. Este es un sacerdote de Cristo". Más

aún, sabe que *posee un gran tesoro pero lo tiene en vasija de barro* (2 Co 4, 7). El dolor, las heridas, las fragilidades, las debilidades las lleva dentro; como bien se ha dicho “el cura también necesita cura”. Ser sacerdote no es estar en un lecho de rosas; no es cosa fácil. Tantas veces pide ir contracorriente y plantar cara a la realidad que nos rodea.

Sanar en este momento es poner justicia y paz, compasión y esperanza en esta sociedad dura y avasalladora. En esta sociedad hay que sanar del hambre, el sufrimiento, la ignorancia, el odio y la violencia. *A un sacerdote le hace bien tocar y ver al pobre y ser amigo suyo; acercarse a los que el dolor ha dejado su huella*. Le hace mucho bien la presencia silenciosa y fecunda de los hermanos sufrientes vulnerables, olvidados y desprotegidos. De ellos recibe una fuerza y un aliento reconfortante para no desanimarse en medio de las tribulaciones (2 Co 4, 8-9). Pero quizás haya que dar un paso más y ser sanador. No solo saber lo mal que se está sino lo bien que se puede llegar a estar y, por supuesto, la necesidad de transformar los grupos, las personas y hacerles salir de la pobreza y del dolor. El sacerdote puede llegar a realizar milagros y, por supuesto, a recibir algunos y, desde luego, tiene que estar muy consciente de que otro mundo es posible, otra realidad se puede hacer brotar con la pasión y el dolor dentro.

El mundo necesita de sacerdotes llenos de compasión y que proceden en su vida con la doble realidad de la herida y de la sanación que tocan su propio cuerpo. Precisa de los que pasan a la otra orilla, la de los paganos, los emigrantes, los diferentes; la de aquellos con quienes según la tradición de Israel no se debería tomar contacto. El sacerdote tiene que salir del templo y acercarse a las que solo podían estar en el atrio, a los gentiles. Ello supone atravesar el mar abierto de la dificultad y del rechazo, donde se entabla la batalla entre la duda y la fe en medio de la tormenta. Bien podemos afirmar que este sanador herido a lo que menos se parece es al “representante” de una institución sino a una persona signo de algo esperanzador y a un portador de sanación.

9. **Peregrino y compañero**

Un pueblo peregrino, una Iglesia peregrina supone caminantes que se hacen compañeros y compañeros que son peregrinos; que avanzan

por la vida mirando hacia delante, con poco peso y con paso ligero. Esos hombres tratan de llegar a las metas no los primeros y solos sino a tiempo y bien acompañados. *Un sacerdote es un buen compañero y de los que no se paran porque es peregrino*. Camina con otros y junto a otros e inmerso en una historia que nos convoca a todos. La intemperie que nos golpea hace más fuerte la necesidad de juntarnos en la marcha. No es extraño a nadie; va en la compañía de todos y con todos camina y avanza por la vida y hace camino al andar. Para ello se precisa tener una visión que sea amplia, grande y desafiante y que se convierta en proyecto. Jesús fue un peregrino y un compañero. Lucas nos lo presenta caminando por los caminos de Galilea y en buena compañía: la de los discípulos y de un grupo de mujeres que le seguían y cotejaban para anunciar el reino (Lc 8, 1-3).

Al sacerdote le inspiran mucho en su proceder los discípulos de Emaús. En ese pasaje descubre que a veces tiene que hacer de peregrino desconocido, escuchar preguntas importantes, seguir caminando, dejarse interpelar, aceptar invitaciones y sentarse a la mesa y partir el pan, realizar grandes revelaciones y proseguir el camino. Otras veces hará de peregrino que pregunta y transmite desánimo y busca consejo y tiempos mejores y vivir una profunda transformación y ser capaz de volver a Jerusalén. No hay duda que le toca, como sacerdote, transmitir ánimo cuando en torno hay turbación y desaliento. La compañía es un don y una tarea y acerca la esperanza y siembra pasión en las vidas de los integrantes del pueblo de Dios. Esto pide que se profundice en el ministerio como servicio, y que se lo pretenda y busque cada vez más lejano del poder, de las ambiciones y los "escalafones" y se le una a la amistad y la cercanía del compañero de camino.

10. **Una persona profética**

Así llegamos a la décima nota. Los profetas importantes en el Antiguo Testamento, son importantes también en nuestros días. Los sacerdotes están llamados a hablar en vez de Dios en las distintas circunstancias de la vida y acontecimientos de los pueblos y de las personas. Contemplan y fruto de esa atenta escucha a lo que el Señor les dice hablan y lo hacen con fuerza y valentía. Por eso son capaces de anunciar y denunciar, de destruir y construir. *Son muchas las realidades de nuestro mundo que piden voz profética; en el fondo que piden vivir, hablar y actuar desde lo definitivo y para siempre, desde*

lo esencial, radical y lo comunional. No son pocos los sacerdotes que con Jeremías gritan: "La palabra del Señor se ha convertido para mi en constante motivo de burla e irrisión…". Las confesiones de algunos sacerdotes nos hacen pensar en la "debilidad de la Palabra" encarnada que es la debilidad y la fuerza profética de Jeremías y de Jesús en la fragilidad de Belén y del Gólgota.

La tecnología ha traído beneficios y dificultades; ha descuidado el sentido de las cosas, de la vida y de los acontecimientos. Hay demasiada complejidad y confusión y afecta a la entraña del diario vivir. Los valores tradicionales han desaparecido. Las ideologías materialistas hacen todo por dominar la realidad actual y sobre todo la cultural y religiosa.

Se precisa una esperanza en alerta para andar por la vida. Mi generación ha atravesado varias crisis y períodos de historia bien agitados. Mayo del 68 fue uno de ellos. Pero tengo la impresión que estamos ahora en la crisis mayor, la de más envergadura a pesar de que puede parecer menos movida. Es la crisis del hielo. Son muchas las iniciativas que se congelan y de manera improvisada. Vivimos una época difícil porque se apoya sobre exageraciones que son grandes reducciones. En ella se nos escapa lo esencial. Por eso es preciso prescindir de cosas, sobre todo, de las que son superficiales No es sana para nada la intensidad en lo económico y de lo económico en lo financiero. *Debería provocar en el sacerdote el coraje de la verdad y la sencillez.*

Se precisa superar la real tentación de replegarnos sobre nosotros mismos, de reducir la fe a la materialidad de las palabras, al rigor de las reglas y así querer solucionar los grandes interrogantes y necesidades del hombre. Frente a este modo de proceder se precisan sacerdotes profetas de la resistencia, la serenidad y la acción y sobre todo de quienes aceptan ir a donde el amor les lleve. Está claro que las reglas no van a resolver todo; tampoco las palabras mágicas. Más bien nos pueden introducir en un periodo de rigidez propio de las épocas insignificantes. De hecho, más que un tiempo de relativismo, como algunos gustan subrayar, estamos sumergidos en días de certezas paralelas. Cada uno se afirma de un modo diferente. Así nace el desinterés que hace las cosas abstractas; sólo cuando amamos dejan de ser abstractas ya que las situamos en el corazón

de nuestra existencia. *La fe del sacerdote profeta es un problema de interés y sólo ella deja la esperanza en alerta.* Los profetas hacen el creer interesante y apasionante y las palabras de la fe cambian; hacen la fe atractiva y consigue que vean los ciegos. Hasta esas realidades llega el sacerdote y para ellas anuncia alternativa y propuesta.

Se necesitan profetas que levanten la voz para ayudar a encontrar la auténtica sabiduría en el diario vivir de los hombres y mujeres de nuestros días. Los sacerdotes por venir de Dios, haber sido convocados por Jesús y ungidos con el Espíritu de verdad y de audacia, tienen que prestar el servicio de lo auténtico y verdadero a la sociedad hoy. Para eso necesitan llegar a tocar la vida real de las personas. Estamos en un momento tal que Dios nos exige lo mejor: la audacia evangélica. El sacerdote tiene que tomar en serio su papel profético para llevar la palabra de Dios a quienes se encuentran en los márgenes de la sociedad y de la Iglesia ya que bien sabe cuál es *"la fuente que mana y corre… aunque es de noche"* (San Juan de la Cruz). Porque sabe cuál es la fuente bien puede descubrir y anunciar los signos de esperanza y de resurrección de la historia y de la vida de las personas.

Este decálogo que acabo de presentar sirve para armar un paradigma de sacerdote que para más de uno se asemeja un poco al de un personaje de ficción. El sacerdote común no alcanza estos niveles y no vive con la entrega en vilo. Pero este perfil sí puede ser el propio de alguien que se ilusionó con el evangelio y con el concilio y a eso aspira con su vida y su ministerio. No ignoro que algunos nos hablan de invierno eclesial; yo prefiero referirme a *"un otoño ideal para la siembra primaveral"*. Y que en esta realidad, como siempre, el sacerdote tiene como tareas primordiales el acoger, animar y acompañar; no el adoctrinar y menos someter. Le corresponde cuidar, guiar, alimentar, reunir y buscar. Buscar es hoy especialmente necesario sin olvidar que un resucitado nos precede en la misión. El pastoreo del sacerdote no es el del sedentario sino el del que se encuentra bien a campo abierto y sabe que fuera de la misericordia del Padre no hay otro remedio para la humanidad (Benedicto XVI) y le corresponde hacer todo para que *"nunca falte el óleo de la misericordia"* . Toca, en una palabra, coger el arado, abrir el surco y sembrar con esperanza sabiendo mirar la belleza de este quehacer e incluso adornar el esfuerzo con las lágrimas de los que se entierran en silencio y con profundidad en la mística de los que esperan contra toda esperanza. Para muchos

sacerdotes no es fácil aceptar que el tiempo donde nacieron, crecieron y pastorearon está desapareciendo y es muy complejo vislumbrar los desafíos antropológicos, tecno-científicos, culturales, estéticos, políticos y económicos que debemos afrontar. Pero hay que darse ánimo para hacerlo.

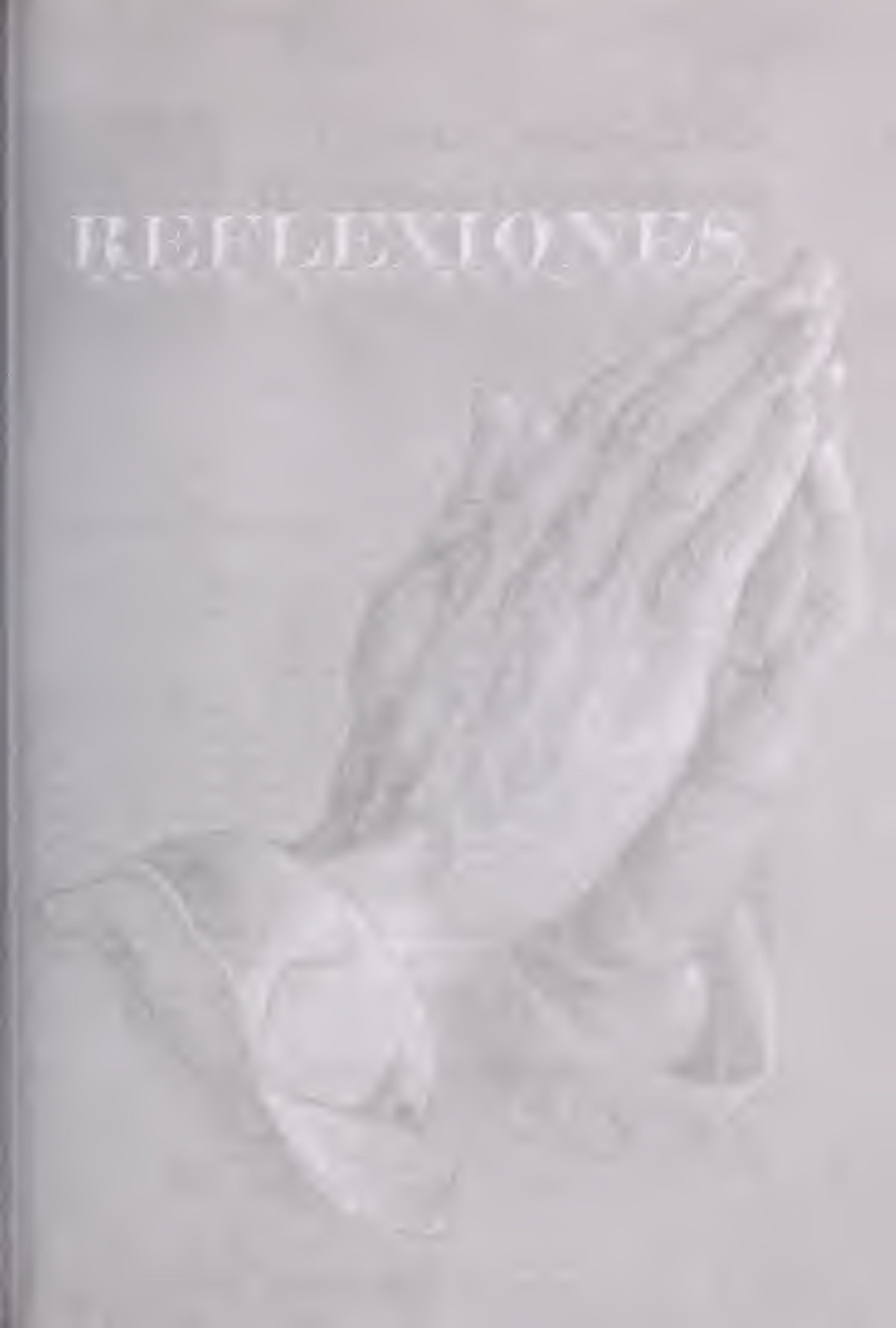
En el fondo este decálogo es una invitación vocacional. En este campo hay que romper con cierto escepticismo, imperante en el interior de la Iglesia, sobre la llamada vocacional al sacerdocio. *La ausencia de respuestas vocacionales no minusvalora la calidad de la llamada*. Con este decálogo se puede hacer eco de la llamada, facilitar las condiciones oportunas para que se establezca el diálogo vocacional y pueda resonar la voz sugerente, cargada de amor y de mandato del maestro: sígueme. Con esta propuesta, en el fondo se buscan sacerdotes que reflejen el esplendor de la verdad de la fe y su belleza interna y la alegría; que estén marcados con el sello que refrenda la calidad de estos cristianos.

Es, también, una invitación a un arrepentimiento que nos deje sabiéndonos y sintiéndonos perdonados. Perdonados de nuestras faltas de diálogo y comunión, de nuestra actitud distante, aislada o indiferente; de querer tener la última palabra y de nuestro modo de vivir acelerados, "sin tiempo" para los demás; de hacer creer a los demás que les hacemos un favor; de haber sido duros y estructurados, intolerantes e impacientes. Nos lleva a hacernos cargo de nuestra falta de testimonio y de oración, de afecto cálido y desinteresado, de genuina amistad y gratuidad; de la pretensión desmedida.

Este decálogo, en fin, nos evoca la palabra identidad; *una identidad traspasada por demandas internas, externas y por una gran multiplicidad de provocaciones*. Los sacerdotes pueden contemplar una inmensa diversidad de bosques y vivir distintos microclimas donde aprender todo aquello que en el ministerio se debe hacer. A ellos en esta tarea de búsqueda de lo esencial y de descubrir los nuevos modos de ser les acompaña el mismo Cristo. Él enseñó y aprendió mucho de apertura a lo múltiple conversando y sorprendiéndose con la fe de la mujer sirio-fenicia, una pagana (Mc 7, 24-30).

No es repetir nada sino recordar que en esta reflexión la identidad del sacerdote no es sino una vida llamada y atravesada por Dios.

Dios trabaja por medio de los otros desde demandas de interioridad, compromiso y diversidad. El encuentro del sacerdote con todo ello le devuelve no una serie de respuestas sino la propuesta de *un camino a hacer con Jesús en el servicio ministerial que lleva a una meta.* No hay duda que el evangelio y la Iglesia le da esa meta y él hace la andadura. La identidad del sacerdote nunca podrá estar cerrada o acabada porque la constante relación con Jesús hace que crezca y se potencie. Esta identidad se muestra, se vive y se reinventa en el juego de relaciones y encuentros y no tanto con los esquemas ideológicos. Ojala encontremos caminos donde la identidad, la meta no desaparezca sino que crezca en medio del mundo; allí donde vive, trabaja, habita y desciende el mismo Dios. Por supuesto que consecuentemente el decálogo en ese caso se puede llegar a tener al menos doce puntos.


REFLEXIONES



Apuntes sobre Vida Religiosa y sacerdocio

P. Víctor CODINA, S.J.

SITUANDO EL PROBLEMA

Estamos tan habituados a ver a religiosos sacerdotes que nos parece algo “normal” e incluso llegamos a creer que los religiosos no sacerdotes, como las congregaciones religiosas de Hermanos o las mismas religiosas, no viven una vida religiosa completa, parecería que les faltase algo….

Sin embargo, podemos preguntarnos si esta forma de pensar es histórica y teológicamente correcta. En realidad no siempre la vida religiosa ha estado unida al sacerdocio, lo cual significa que el sacerdocio no es esencial a la vida religiosa, concretamente a la masculina.

Sin entrar todavía en consideraciones de la historia de la vida religiosa en la Iglesia, podemos recordar que, según la sociología religiosa, en la historia de todas las religiones aparecen dos modos o funciones de presencia de lo religioso.

Por un lado están los sacerdotes, los hombres de lo “sagrado”, dedicados al culto, al templo, a la enseñanza y observancia de las escrituras y de la ley que han recibido de la tradición de sus mayores y que deben conservar y transmitir fielmente a las nuevas generaciones. Es la dimensión funcional o institucional de la religión.

Pero junto a ellos aparecen unos hombres y mujeres dotados de un carisma personal, con una especial vocación y sensibilidad espiritual, que no está ligada a instituciones del pasado ni a un saber oficial o a un orden establecido. Estas personas son maestras en experiencia religiosa, mistagogos que inician al Misterio sagrado y van más allá de las leyes, las doctrinas y las estructuras religiosas, pues quieren conducir y volver siempre a los fundamentos y raíces de toda religión, a las experiencias fundantes y por esto muchas veces critican la religión oficial con la cual entran fácilmente en conflicto. Los nombres que adoptan estas personas carismáticas son diferentes según las diversas tradiciones religiosas: guru, anciano, santón, profeta, sannyasi, derviche, sufí, místico, staretz...Es la dimensión carismática de toda religión.

Estas dos dimensiones, la institucional-funcional y la carismática, constituyen elementos diferentes, pero necesarios y complementarios en todas las religiones.

De aquí surge la pregunta: si esto es así ¿puede una misma persona participar de los dos elementos, de lo institucional y de lo carismático? Concretamente, ¿puede un religioso, es decir, una persona con un carisma profético, ser sacerdote y, por tanto, miembro de la jerarquía institucional? Y en caso positivo ¿cómo afecta lo religioso al desempeño del ministerio pastoral sacerdotal?

UNA BREVE MIRADA A LA HISTORIA

La primera forma institucional y pública de lo que se llamará luego vida religiosa en la Iglesia, fue el monacato. Hombres y mujeres, al acabarse el tiempo de las persecuciones del Imperio romano, van al desierto a vivir una vida cristiana radical que desea imitar la vida de los apóstoles con Jesús y la vida de la comunidad primitiva de Jerusalén. Su postura audaz e imaginativa, no tiene modelos preconcebidos, quiere ser una crítica profética a una Iglesia que desde Constantino y sobre todo desde Teodosio se ha instalado, ha adquirido un rango oficial e incluso imperial, posee numerosos privilegios y lentamente camina a una relajación del primitivo espíritu cristiano. Los monjes dicen que van desierto a “luchar contra el demonio”, el demonio de las pasiones personales (contra los demonios de los siete vicios capitales), pero también contra los demonios de la decadencia y contaminación eclesial.

Pero estos primeros hombres y mujeres que van a vivir en las cálidas arenas del desierto del norte africano son laicos, ordinariamente populares y sin mucha instrucción, ni humana ni cristiana, que buscan un encuentro personal con el Señor, una conversión, desean "salvarse", es decir vivir plenamente la salvación (*salus, sotería*) que Jesús nos ha traído. Al comienzo el monaquismo era anacorético (Antonio el copto), pero poco a poco los monjes se fueron agrupando en cenobios comunitarios que seguían una regla (Pakomio, Basilio, Benito,..). Estos monjes no tienen como objetivo "hacer apostolado", ni por consiguiente los varones piensan en ser sacerdotes, sino vivir una vida de soledad, oración, trabajo, penitencia y comunión.

Pero pronto los obispos locales acudirán al desierto a buscar a los futuros candidatos al sacerdocio o incluso al episcopado. La gran mayoría de Santos Padres de la Iglesia fueron llamados del desierto al sacerdocio y a la sede episcopal: Basilio, Crisóstomo, Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa y el mismo Agustín. Esto explica la famosa sentencia de uno de los más preclaros testigos y teólogos del monacato primitivo, Juan Casiano (360-435), quien afirma que los dos enemigos de los monjes son los obispos y las mujeres: los obispos porque reclutan monjes para el ministerio sacerdotal, y las mujeres o monjas porque les piden atención pastoral, apartándoles así en ambos casos de su soledad contemplativa.

Sea lo que fuera de sus primeros deseos de mantenerse alejados de la pastoral, el caso es que lentamente con el correr del tiempo y ante la aparición de nuevas necesidades se introduce en los monasterios no sólo el cultivo de las letras sino el mismo ministerio presbiteral, primero para la atención pastoral de los propios monjes de la comunidad, pero luego para la misión apostólica hacia afuera. No podemos olvidar que después de la caída del Imperio romano por las invasiones germánicas, Europa fue evangelizada principalmente por monjes sacerdotes y los monasterios se convirtieron en centros de cultura, de humanismo, de evangelización y atención pastoral.

Los nuevos ciclos de vida religiosa masculina irán asumiendo el ministerio sacerdotal en función de su misión apostólica que incluye la predicación, la celebración, la pastoral, la misión evangelizadora. La "imitación de los apóstoles" supone ahora el hacer apostolado, el evangelizar. Los mendicantes y luego los clérigos regulares y las congregaciones apostólicas y misioneras masculinas que irán surgiendo estarán formadas mayormente por sacerdotes, aunque

nunca desaparece en sus comunidades la vocación laical de hermanos no sacerdotes (hermanos, legos, coadjutores, cooperadores,..) y en muchos casos hay una cierta nostalgia de sus orígenes más laicales...

Es importante destacar que en la época moderna también surgen con fuerza nuevas congregaciones religiosas masculinas laicales de Hermanos, dedicados sobre todo a la educación, a la caridad, a la salud y a la contemplación. También la vida religiosa femenina crece muchísimo no sólo en su dimensión contemplativa sino en la vida activa y apostólica. Conviven pues desde entonces una vida religiosa clerical y otra no sacerdotal, sino laical.

En este breve repaso histórico no podemos olvidar que hay grupos de sacerdotes que comenzaron a vivir en común bajo reglas religiosas (sobre todo la de san Agustín) y que también aparecen órdenes de canónigos regulares.

Hay pues una cierta ósmosis entre sacerdocio y vida religiosa que no se puede desconocer.

En los últimos años, ante la disminución del clero diocesano y el aumento de exigencias pastorales, numerosas congregaciones de religiosos sacerdotes han asumido la tarea parroquial, lo cual se ha extendido tanto que se ha podido hablar de una cierta “parroquialización de la vida religiosa” (J.B. Metz). De hecho, carmelitas, dominicos, mercedarios, salesianos, franciscanos, jesuitas, redentoristas, claretianos, pasionistas...regentan parroquias, con el riesgo de debilitar y homogeneizar sus carismas originales. Incluso en algunas diócesis se tiene la impresión de que la vida religiosa es estimada por la jerarquía local no tanto por sus carismas fundacionales sino porque los religiosos asumen parroquias. Existe el peligro de no estimar correctamente la riqueza carismática de la vida religiosa en la Iglesia, de apreciarla sólo por su funcionalismo y utilidad pastoral, como “*task forces*”.

Con esta mentalidad que invade ampliamente muchos círculos eclesiales se produce una minusvaloración de los Hermanos religiosos y de la misma vida religiosa femenina porque no desempeñan el ministerio sacerdotal ni parroquial. Algunos obispos para atraer religiosas a sus diócesis con falta de clero les ofrecen la posibilidad de encargarse de parroquias y así poder ser “párrocas”...

UNA PEQUEÑA REFLEXIÓN TEOLÓGICA

El concilio Vaticano II, por primera vez en la historia de la Iglesia, ha situado a la vida religiosa dentro de la comunidad eclesial del Pueblo de Dios (LG VI) y afirmado que aunque la vida religiosa no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad (LG 44).

El mismo Vaticano II reconoce la gran variedad de carismas en la misma vida religiosa que, como árbol fecundo, ha ido creciendo en la Iglesia (LG 43). En este sentido no hay que extrañarse que en esta variedad de formas de vida religiosa que reflejan los diversos aspectos de la vida de Jesús (LG 46), algunas congregaciones hayan asumido el ministerio ordenado como parte de su vocación al servicio de la Iglesia. No hay pues incompatibilidad ni contradicción alguna entre vida religiosa y sacerdocio ministerial, los sacerdotes religiosos forman parte del presbiterio de la Iglesia local (LG 28) y en su pastoral están sujetos al obispo local (LG 45).

Pero al mismo tiempo hay que afirmar que aunque el sacerdocio religioso y el sacerdocio diocesano en lo exterior puedan ser semejantes, responden a vocaciones y dinamismos espirituales diferentes.

El sacerdocio diocesano está ligado a la diócesis a la cual se incardina y al servicio de la cual es ordenado, el sacerdocio religioso tiene un carácter más universal, itinerante y móvil. La Iglesia jerárquica es la que tiene la iniciativa, es la que llama y ordena al sacerdote diocesano (siempre en diálogo con su vocación personal), mientras que la vida religiosa, incluido el sacerdocio religioso, tiene un origen más carismático y profético: nadie puede pedir a alguien que sea religioso o religiosa.

El estilo de vida y de espiritualidad de ambos sacerdocios es análoga e incluso diferente, lo cual de ordinario no se tiene en cuenta. El mismo Vaticano II al hablar de la vida de los presbíteros (PO) tiene más en cuenta a los diocesanos que a los religiosos. El tratado del sacramento del orden o ministerio que se imparte en las facultades de teología no suele distinguir entre el sacerdocio diocesano y el sacerdocio religioso y tiende a igualarlos y equipararlos. Sin embargo son diversos, no tanto en el sacramento que reciben, cuanto en la forma de vivirlo y ejercitarlo.

Aunque según el Vaticano II la vida del presbítero diocesano no se limite a la parroquia y pueda abrirse a otras actividades supra-parroquiales como a la investigación, a la enseñanza e incluso al trabajo manual como los obreros (PO 8), en general la vida y la espiritualidad del sacerdote diocesano está más ligada a una comunidad local y difiere de la del sacerdote religioso. La vida del sacerdote religioso tiene un carácter más profético y misionero, está menos ligada al cuidado sacramental y pastoral de una comunidad concreta, sino que la vocación religiosa sacerdotal está más abierta a la evangelización, a la enseñanza, a la teología, al estudio de ciencias humanas y de la naturaleza, al compromiso con el mundo de los pobres, de enfermos, de marginados, de indígenas, de refugiados, de niños y mujeres en riesgo, de territorios de misión *ad gentes,* de contemplación e iniciación a la mistagogía de una experiencia espiritual, etc. Añadamos a todo ello que la vida religiosa sacerdotal se vive en una comunidad, con la ayuda de unas normas que regulan su vida y con superiores y acompañantes espirituales.

El sacerdote religioso no puede pues limitarse a la tarea parroquial y las parroquias encomendadas a los religiosos deberían tener algunas características propias: ser lugares periféricos, sectores marginales, situaciones de frontera (humana, cultural, religiosa, ecuménica...) y ofrecer la espiritualidad de su carisma original.

De hecho no es casual que a lo largo de la historia de la Iglesia las tareas de enseñanza humana y teológica, de ecumenismo, de investigación científica y filosófica, de mistagogía espiritual, de diálogo religioso, de trabajos en territorios de misión, de atención a grupos marginados... hayan estado, principalmente, en manos de la vida religiosa tanto laical-masculina y femenina- como sacerdotal, Este impulso no se puede extinguir ni limitar hoy, aunque deberá abrirse y compartirse con otros carismas sacerdotales, religiosos y laicales.

Podríamos resumir diciendo que el sacerdocio religioso está más ligado a *Gaudium et spes* y a *Ad gentes* que a *Lumen Gentium,* es decir está más orientado a una Iglesia en diálogo con el mundo contemporáneo y a una Iglesia misionera que a una Iglesia ya establecida.

Pero la vida religiosa sacerdotal tiene el peligro de desvincularse excesivamente de la pastoral de la Iglesia local, de automarginarse de la diócesis, de no participar de la pastoral y de los eventos de la Iglesia

local, de sentirse autónoma y superior al clero diocesano. Siempre la vida religiosa ha tenido el riesgo de convertirse en una isla, casi una secta, viviendo en una *splendid isolation*...

El clero diocesano a su vez mira a los sacerdotes religiosos con una mezcla de respeto y de extrañeza, de desconcierto e incluso de envidia. Se suele decir que los religiosos hacen voto de pobreza pero los diocesanos lo cumplen...De hecho el sacerdote diocesano no tiene los medios económicos, culturales, espirituales, comunitarios y de formación que los sacerdotes religiosos poseen , sino que muchos de ellos viven en ambientes más pobres, más solitarios, en desprotección económica y espiritual.

Esto debería cuestionar a la vida religiosa sacerdotal. ¿Somos realmente signo y testimonio profético de los valores escatológicos del Reino de Dios (LG 44) ó nos hemos ido asimilando y acomodando a los valores de este mundo? ¿Hemos decaído en un cierto orgullo colectivo, en cierto complejo de superioridad, en una elite, en una especie de casta espiritual y cultural? Cada cual debe examinarse y responder. Las continuas reformas de la vida religiosa son un toque de atención y una advertencia de este peligro

CONCLUSIÓN INACABADA

El Espíritu Santo regala a la Iglesia pluralidad de dones, jerárquicos y carismáticos (LG 4) y estos dones del Espíritu son dinámicos, vivos, no se los puede encasillar ni clasificar como quien colecciona piezas de museo. Hay que respetar la identidad de cada carisma, su vitalidad, sus procesos de cambio, de acomodación y de actualización.

En este sentido ni la vida religiosa se identifica necesariamente con el ministerio sacerdotal (hay muchas formas de vida religiosa sin sacerdocio), ni el ministerio sacerdotal puede considerarse como algo ajeno o espurio a la vida religiosa...
Pero esto último a condición de que el ministerio presbiteral de la vida religiosa adopte estilos de vida y de espiritualidad, que no imiten literalmente el de los diocesanos ni quieran homogeneizarse con ellos con "uno más". Ni la vida del sacerdote diocesano se identifica con la vida parroquial ni mucho menos la vida religiosa sacerdotal puede cerrarse a otros ministerios y quedar exclusivamente "parroquializada".

De aquí se deduce la exigencia de que el sacerdocio de la vida religiosa sea realmente fiel a su carisma original, con una fidelidad creativa que le llevará a asumir diferentes formas de expresión a lo largo de la historia.

Estas diferencias entre la vida religiosa sacerdotal y la vida y el ministerio de los presbíteros diocesanos pueden aumentar si un día la Iglesia latina decide ordenar a hombres casados (*viri probati*) y si cambia la actual ley del celibato obligatorio. Al margen de esto, también el estilo y vida de los sacerdotes religiosos en el futuro quedará afectada porque seguramente en la Iglesia de mañana la vida religiosa en su apostolado habrá de colaborar mucho más con otras congregaciones (inter-congregacionalidad) y sobre todo con el laicado (la llamada "nueva eclesialidad").

Pero sobre todo y en cualquier caso, se nos exige a todos un gran sentido de comunión eclesial, de modo que todos los dones, tanto jerárquicos como carismáticos, colaboren al bien de la Iglesia y de la sociedad, a una misión que desborda lo intra-eclesial y se abre a los nuevos areópagos del mundo de hoy.
Todos los carismas son necesarios, nadie es autosuficiente (1 Co 12) y en estos tiempos de grandes cambios y convulsiones sociales, humanas y religiosas, se nos pide a todos, vida religiosa sacerdotal y no sacerdotal, sacerdotes diocesanos, laicos y laicas, caminar conjuntamente, sinodalmente, hacia el Reino de Dios, confiando que el Espíritu del Señor guía la Iglesia y la historia de la humanidad a su plenitud escatológica (GS 11).

El Espíritu de Jesús que derrama carismas es el mismo que impulsa hacia el Reino tanto dentro como fuera de la Iglesia. No extingamos el Espíritu (1 Ts 5, 19).



La vocación religioso - sacerdotal

P. Carlos PALMES, S.J.

La primera tentación fue buscar en libros y artículos una inspiración para dar profundidad teológica a esta reflexión. Luego pensé –y creo que es el camino correcto- que mejor es partir de mi vivencia personal en mi vocación sacerdotal y religiosa que ha acaparado totalmente mi tiempo, mis energías y mis sueños. Y que se ha ido corroborando con la experiencia personal del acompañamiento espiritual de muchas personas.

En el proceso personal de mi vocación lo que más sobresale es haber sido conducido por una Providencia "escandalosa" de Dios. Por lo que me siento muy privilegiado y agradecido. Él ha sido siempre para mí un "Dios Sorprendente" , a veces hasta con sobresaltos que, a la vuelta de cada esquina, me ha señalado el camino a seguir. Y esto se ha dado en todos los destinos que he tenido, en todos los cargos que he ocupado, en todas las comunidades en que he vivido, en el apostolado realizado en el campo de la Espiritualidad. Realmente mi vida ha sido una gozosa Historia de Salvación.

Comenzando por el don de la vida. No hace mucho me enteré de las carambolas que Dios tuvo que hacer para regalarme el don de la vida. Mi papá era farmacéutico en un pueblo de Cataluña. Estaba casado y tenía su mujer joven y tres hijas. La más pequeña era un bebé de pocos meses. Había entonces en España la costumbre de tener una niñera que cuidara del bebé cuando la madre estaba ocupada. No sé

qué ocurrió, tal vez tropezó o se le resbaló la criatura de sus brazos. El caso es que la bebé cayó al suelo y murió. Su madre tuvo tal disgusto que enfermó gravemente y a los pocos días también ella murió.

Mi papá quedó solo con dos niñas de pocos años. Necesitaba una mujer. En el ambiente en que vivía no había nadie que le satisfaciera. Hablando con un sacerdote, éste le dijo que conocía a tres hermanas solteras de buena familia, pero que vivían a 300 kms. de distancia. Mi papá las visitó, se enamoró de mi mamá y yo existo. Es emocionante descubrir que Dios me amó primero y por esto me creó. Mis papás eran muy buenos cristianos y soñaban con tener un hijo sacerdote. Todos mis amigos eran seminaristas y todas mis actividades se desarrollaban en la parroquia. La vocación brotó como una flor natural. A los tres años ya decía misa. Conservo una fotografía muy simpática revestido hasta con casulla y bonete y diciendo "*Dominus vobiscum*".

Después de la guerra española –en la que me olvidé por completo de mi vocación- tuve oportunidad de entrar como interno en el colegio de los jesuitas en Barcelona, gracias a mi tío jesuita, P. Fernando Mª Palmés . Sólo una vez hablé en serio con mi mamá (al poco tiempo murió) para decirle que quería ser jesuita. Ella tuvo una gran alegría y al mismo tiempo sintió escrúpulos por haber tal vez influido en mi decisión . Le dije que estuviera tranquila porque me había costado mucho dar este paso. Luego hice Ejercicios ignacianos en la cueva de Manresa y mi decisión fue definitiva. Desde entonces nunca dudé de mi vocación.

Desde que entré en la Compañía de Jesús mi vocación sacerdotal y religiosa quedaron perfectamente unificadas y nunca se me ha ocurrido pensar que hubiera fronteras entre una y otra. Las dos suponen una entrega total de la persona a Dios y a los hermanos. Y para terminar de hablar de mí, sólo me resta decir que en toda mi vida he intentado poner el corazón en el ideal ignaciano de "en todo amar y servir". No he hecho nada espectacular, no he dejado ninguna obra organizada, no he construido ni una pared. Todo el tiempo y las energías los he empleado en ayudar a las personas a crecer y a acercarse a Dios. Partiendo de esta experiencia, me gustaría iniciar una reflexión sobre la vocación sacerdotal y la religiosa.

La vocación sacerdotal y la religiosa

Yendo más adentro de las actividades apostólicas concretas, de los estudios realizados, de la vida espiritual de cada uno, se llega a lo más hondo de la conciencia y se descubre que tanto en la vocación religiosa como en la sacerdotal hay por parte de Dios un llamado interior que no proviene de la carne y sangre, sino de una voz que llama y atrae y hace sentir una profunda paz y alegría. Y por parte del sujeto se asume "una actitud interior de entrega incondicional por amor". Es como una fascinación o enamoramiento de la Persona de Cristo que hace caer todas las resistencias y lleva a darlo todo y a sí mismo sin condiciones y para siempre...

BAUTISMO Y VOCACIÓN A LA VIDA CONSAGRADA

En el principio de toda vocación cristiana está el BAUTISMO. Es también el origen de toda vocación religiosa y sacerdotal. Tanto la consagración religiosa como la sacerdotal, no es sino la ratificación de la consagración bautismal que se quiere vivir en plenitud (Cfr. PC n.5), aunque cada vocación cristiana tiene unos medios peculiares para realizarlo, sea el matrimonio o los votos religiosos o la misión sacerdotal de anunciar la Buena Nueva.

Pertenencia a la Trinidad

"Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" significa: yo te consagro al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para ser posesión total de las divinas Personas. Se inicia entonces una relación interpersonal de **pertenencia** que se va asimilando a lo largo de toda la vida. El Padre nos hace hijos/as por adopción, el Hijo, Apóstol del Padre, nos invita a continuar la misión salvífica iniciada por Él, y el Espíritu Santo nos conduce a la intimidad del amor esponsal.

CONSAGRACIÓN AL PADRE

El bautismo engendra en nosotros una vida nueva, una "nueva criatura". Entre las diversas imágenes usadas por la Escritura la más expresiva es la de la semilla. Juan al bautizado lo llama "nacido de Dios" y sobre todo "nacido de la semilla, del "esperma de Dios" (Cfr. 1 Jn3, 9; 4, 7; Jn 3, 3-8).

El ser engendrado del esperma de Dios, nos da derecho a llamarle "Abbá", como el nacido del esperma del padre y del óvulo de la madre, tiene derecho a llamarles "papá", "mamá". Así entramos a formar parte de la familia divina y a escuchar en nuestro interior "tú eres mi hijo/a muy amado en quien he puesto mis complacencias." Y nos compromete a reproducir en nosotros los rasgos de familia del rostro de Dios que son la bondad y la misericordia. (Cfr. Mt 5, 48; Lc 6, 36; Mt 5, 45; Lc 6, 35)

CONSAGRACIÓN AL HIJO

Cristo es el Apóstol, el enviado del Padre: "Yo no vengo por cuenta propia, sino enviado por El". (Jn 8, 42;). El envío, la misión es la que define quién es Jesús (Mt 15, 24; Jn 3, 17; 3, 34). Y a nosotros nos hace continuadores de su misión: "Como el Padre me ha enviado, así yo les envío a ustedes" (Jn 20, 21). Esta es la nota más característica del seguimiento de Cristo, lo mismo para el sacerdote que para el religioso/a de vida activa.

CONSAGRACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

En las relaciones intratrinitarias, el Espíritu es la Corriente de Amor infinito que une al Padre y al Hijo, es el Abrazo entre los dos, hecho Persona, es la Comunión, es la Bondad, es el placer del Amor infinito.

Y en la relación con el mundo, el Espíritu transmite la Comunión y el Amor y construye la comunidad. Es la nueva Ley del Amor escrita en los corazones, que sustituye a la ley de la letra. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo en la Encarnación. Y la Iglesia lo fue el día de Pentecostés: "Todos quedaron llenos del Espíritu Santo" (Hch 2, 4) y se formó la Comunidad-Iglesia: "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre".

La respuesta del cristiano: religioso o sacerdote

El bautismo es el ofrecimiento de salvación que Dios nos hace: La respuesta del hombre es la fe, la adhesión incondicional a la Persona y a la Misión de Cristo. Esto hace que todo cristiano, laico, sacerdote o religioso deba vivir el triple aspecto fundamental del bautismo: la

filiación en relación con el Padre; la comunión en la comunidad-Iglesia en relación con el Espíritu Santo; y la misión para hacer filiación y fraternidad, en relación con el Hijo.

Esto no se consigue simplemente con el estudio de la Teología; se requiere la Espiritualidad. La Teología es la iluminación de la fe. La Espiritualidad es la vivencia de la fe. No basta la Teología sin Espiritualidad, pues sería una ciencia abstracta desvinculada de la vida. Ni basta la Espiritualidad sin Teología, pues sería una vivencia sin una base sólida y consistente.

La consecuencia es la síntesis que nos ofrece el Congreso mundial de Vida Consagrada de noviembre del 2004: del cristiano, del sacerdote y del religioso:

Son cuatro los aspectos fundamentales que constituyen la Vida Consagrada: *la Roca que es Cristo,* origen y motivo último, fundamento en quien se apoya toda la vida. Lo dice Pablo: "No se puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, Cristo Jesús" (1 Co 3, 11). Sobre esta Roca se apoyan *las tres columnas* que soportan todo el edificio de la VC: *experiencia de Dios, vida comunitaria y misión evangelizadora*. Estos tres aspectos, armónicamente integrados y vividos en profundidad es lo que constituye la Vida Consagrada que anhelamos. (Congreso de Roma., Grupo 9: La sed de Dios y la búsqueda de sentido, pp. 328-330).



LAS ESPIRITUALIDADES "PECULIARES"

Sobre la Roca y las tres columnas fundamentales, vienen las Espiritualidades particulares que acentúan ciertos aspectos del seguimiento de Cristo y utilizan medios peculiares que les ayudan a vivir la caridad, es decir, la filiación y la fraternidad y la misión de un modo particular..

ACENTOS PECULIARES DE LA ESPIRITUALIDAD DEL RELIGIOSO/A

El celibato. Como Jesús, el Religioso quiere expresar su entrega en cuerpo y alma al servicio de Dios y de los hermanos, anunciar el amor oblativo y desinteresado y denunciar los abusos del sexo y de la explotación de la mujer.

La vida de comunidad. Como Jesús que inició un nuevo estilo de convivencia apostólica, también el religioso/a quiere vivir la fraternidad y dedicarse a la misión evangelizadora formando un grupo de "amigos en el Señor". Así anuncia la comunidad universal y denuncia el abuso de poder, el individualismo, el enfrentamiento y la violencia.

La oración personal. Para Jesús la comunicación con el Padre era su gozo más profundo y el origen de su apostolado. Todo cristiano ha de dar un lugar privilegiado a la oración, pero el religioso/a debe estar en un diálogo de amor continuo con el Señor sin las mediaciones corporales del amor humano.

La pobreza-austeridad y la pobreza-solidaridad. El religioso/a intenta vivir desprendido de todo y asumir como propia la causa de los pobres. Así anuncia que Dios es el único tesoro en el que vale la pena poner el corazón y denuncia los abusos del capitalismo liberal y del comunismo inhumano.

La obediencia. Para Jesús, la búsqueda de la voluntad de Dios fue el eje de su vida. El religioso/a , en un clima de discernimiento, busca en todo agradar al Padre y denuncia el abuso de las dictaduras y de la anarquía irresponsable.

La misión. Siendo una vocación propia de todo cristiano, el religioso/a de vocación apostólica se dedica a tiempo completo y a corazón completo a la misión evangelizadora. La misión es auténtica cuando se parte de la identificación con la Persona de Cristo y se transmite a los demás la propia experiencia de Dios. La organización, las reuniones y aun la misma predicación de la Palabra, si no va acompañada de una profunda experiencia de Dios, se puede convertir en palabras ociosas.

ACENTOS PECULIARES DE LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

Algunos aspectos descritos como propios de los religiosos, son también propios de los sacerdotes. Pero buscando lo más característico, podemos aportar algunos testimonios.

Como afirma Mons. Juan Esquerda: "La figura del Buen Pastor, descrita en los Evangelios, vivida por los Apóstoles, explicada por los Santos Padres, ha sido siempre el punto de referencia de la Espiritualidad sacerdotal". Juan Pablo II sintetiza así esta Espiritualidad: Está "en el gozo de ser sacerdote, seguimiento generoso de Cristo, Buen Pastor, en la fraternidad sacerdotal y en la disponibilidad misionera local y universal".

Como se ve, aparecen en estas descripciones los tres elementos antes resaltados: el seguimiento de Cristo como Buen Pastor, la fraternidad sacerdotal y la misión local y universal.

A mí personalmente me gusta sobre todo la expresión que usa el prefacio de la Misa de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote: "Constituiste a tu Único Hijo **Pontífice** de la Alianza nueva y eterna" El sacerdote es también "pontífice", fabricante de puentes de Alianza entre Dios y el hombre. El puente debe unir mediante un arco, las dos orillas del río y para ello debe estar sólidamente afincado en cada una de ellas.

Jesús, el Hijo de Dios, es enviado por el Padre para hacerse hombre y mostrarnos el camino de la salvación. Cristo, el Hijo de Dios vivo, sin dejar de ser Dios se hace un hombre como nosotros en una Encarnación que penetra hasta lo más íntimo de nuestra naturaleza, hasta convertirse en nuestro propio cuerpo y sangre en la Eucaristía.

En Jesucristo lo divino y lo humano se unifican, Dios y el hombre se encuentran en Alianza nueva y eterna.

Así mismo, el sacerdote debe ser puente entre el cielo y la tierra, ente Dios y el hombre. Por una parte es necesario que **esté bien asentado en Dios**, tenga una profunda experiencia de Él no sólo por el conocimiento teológico, sino sobre todo por la vivencia gozosa de su Amor. No sólo "saber", sino "saborear". El documento de **Aparecida** –de un modo más directo y profundo que en otras ocasiones- habla de la necesidad de este encuentro personal con el Señor desde la formación en el seminario: "Es fundamental que los seminaristas sean auténticos discípulos llegando a realizar un verdadero encuentro personal con Jesucristo en la oración con la Palabra para que establezcan con Él relaciones de amistad y de amor" (DA Nº 139). "Que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutra de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración" (DA, n.199). "Sólo un sacerdote enamorado de Cristo puede renovar una parroquia" (DA Nº 201)

Ahora bien esta profunda experiencia de Dios no se consigue con sólo rezar algunas horas del breviario y con la celebración de la Eucaristía. Como nos dice el Concilio: "La liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto, más aún debe orar sin tregua según enseña el Apóstol" (Vat. II, SC, 12).

Por otra parte, el sacerdote ha de estar **bien afincado en la tierra,** encarnado en la realidad en la que vive, auscultando las necesidades humanas y espirituales de los feligreses, comprometido de veras con los pobres y marginados. De un modo especial deberá conocer y dialogar con la juventud para responder a sus inquietudes, deberá ser Buen Pastor que busca atender a todos y se estremece de alegría cuando encuentra a la oveja perdida. Además de atender a las obligaciones de una parroquia o de otro trabajo apostólico de la diócesis, tendrá que tener el corazón abierto para las nuevas necesidades que se han presentado en los últimos años y que han sido recordadas por Aparecida (nn. 407-430).

Los migrantes: Se calculan 200 millones de desplazados por razón de la pobreza, de la violencia. Ellos se someten a sufrimientos inhumanos por la necesidad de sobrevivir. Los enfermos de sida. Sólo en África hay unos 30 millones. Lo más doloroso para ellos es la exclusión de la sociedad y la muerte inevitable. Los adicto dependientes Es un cáncer que se extiende por todo el mundo. La Iglesia puede ayudar a frenarlo. Los niños de la calle efecto de la pobreza y de padres irresponsables. En A.L. se habla de 20 millones, Los encarcelados Lo más frecuente es el hacinamiento, el trato inhumano y origen de violencia. Acogida de católicos vueltos a casar. Excluidos de los sacramentos muchos llevan una vida ejemplar y sienten la nostalgia de la Iglesia. Esta ha hecho muchas declaraciones de comprensión, pero no ha modificado su modo de proceder con ellos.

ESPIRITUALIDAD Y ESPIRITUALIDADES

Hemos visto que hay una Espiritualidad cristiana que tiene a Cristo como roca y sobre ella, las tres columnas fundamentales: la experiencia de Dios, la vida comunitaria y la misión.. Ahora bien, sobre este fundamento, se acentúan ciertos aspectos del seguimiento de Cristo sobre otros y esto da lugar a las diversas espiritualidades o carismas, por ejemplo, la predicación de la Palabra, la atención a tal clase de enfermos, la pobreza, la enseñanza, etc. La diversidad puede provenir de acentuar un misterio cristiano. Y entonces será: espiritualidad trinitaria o resurreccionista o encarnacionista oredentorista, etc. O por razón del fundador/a: franciscana, teresiana, ignaciana, dominicana. O por el lugar o cultura: espiritualidad oriental o francesa del s. XVII, etc. También hay diversidad por el estado de vida: laical, religiosa, sacerdotal...Toda Espiritualidad supone un modo habitual de proceder, no simplemente transitorio como puede ser una consolación espiritual.

Ahora bien, **ninguna Espiritualidad específica puede prescindir de los rasgos esenciales de toda Espiritualidad cristiana..** Así podemos afirmar que la Espiritualidad de la Vida Religiosa se apoya sobre la Roca y las Tres Columnas fundamentales y no puede sustituir a ninguna de ellas. La Espiritualidad del Fundador/a nunca puede pasar por encima ni puede sustituir a la Espiritualidad cristiana que está en su base. Así mismo, lo específico de la Espiritualidad sacerdotal no

puede pasar por encima ni sustituir a ninguna de las tres columnas fundamentales. Es más, las tres han de estar integradas y cada una debe mantener la debida proporción. No es lícito enfatizar uno de los elementos –por ejemplo el de la misión-de modo que los otros queden disminuidos o suprimidos.

Puede expresarse esto con la imagen de una palmera: en el tronco están los tres aspectos fundamentales de la Espiritualidad cristiana: experiencia de Dios, comunidad, misión. Y en las palmas o ramas de la palmera estarán las Espiritualidades específicas: dominica, franciscana, eucarística, laical, religiosa, sacerdotal. Las ramas no pueden existir aparte del tronco . A veces se busca la originalidad de nuestra Espiritualidad resaltando sólo lo específico, como el rezo de las horas canónicas o la celebración de la Eucaristía o la Pastoral parroquial. Si estas prácticas no van acompañadas de oración personal, no transforman a la persona por dentro. Se requiere estar largamente con el Señor en la oración solitaria. Ella es la que va cambiando nuestros criterios, nuestras actitudes interiores. Y sobre todo nos hace crecer en la Fe y el Amor que son el test para conocer la autenticidad de nuestra vida espiritual.



CONCLUSIÓN

No se puede dudar de que hoy en la Iglesia –en medio de sectores que han caído en la mediocridad o que han fallado en su vocación- hay una fuerte corriente, que yo llamaría un vendaval del Espíritu, de volver al primer amor, a lo que fue la primera inspiración, pero profundamente encarnada en la realidad de hoy. En los grandes encuentros, como el Congreso mundial de Religiosos de Roma, o las Asambleas y el Congreso de los 50 años de la CLAR, o los Sínodos sacerdotales y las Asambleas episcopales de América Latina y el Caribe, han sido un momento privilegiado para tomar nuevo aliento y seguir en la lucha por el Reino de Dios. Lo que ya no puede aceptarse es vivir una Vida Consagrada incolora e insípida. La mediocridad nada tiene que decir al mundo de hoy. El ambiente de indiferencia o de incomprensión y hasta de hostilidad hacia la Iglesia, nos exige vivir el Evangelio con radicalidad y con una calidad de vida que no necesite muchas explicaciones para mostrar que deseamos reproducir en nosotros los rasgos de bondad y misericordia del rostro de Jesús.


INVESTIGACIÓN



LA "RACIONALIDAD" HERMENÉUTICA. Una primera aproximación con fines teológico-morales

Prof. Carlos A. BRICEÑO SÁNCHEZ

1. DE LA RACIONALIDAD HERMENÉUTICA EN GENERAL: A MODO DE INTRODUCCIÓN

Acercarse a la racionalidad hermenéutica en teología implica poner en evidencia, así sea de forma muy breve, la génesis del término hermenéutica. De ahí que lo primero que hay que decir es que si bien hermenéutica (del griego *hermenéia*=significación) designa el arte, la técnica de interpretar y las reglas correspondientes que sirven de guía a la hora de interpretar los textos clásicos, los textos bíblicos, los cánones y los textos legistalivos; el término griego *hermenéutica* se introduce más bien tarde, en los siglos XVI-XVII, para sustituir el término latino *interpretatio* (Rosino, 1998).

Pero no bastó con la introducción del término griego para llevar a cabo un ejercicio de comprensión a nivel teológico de lo que llegaría a significar teología hermenéutica, ya que este proceso realmente inicio en 1954[1] cuando Ernst Fuchs publicaba un volumen títulado *Hermenéutica*; en 1959, Gerhard Ebeling pronunciaba una conferencia que repetirá varias veces, sobre el tema *Palabra de Dios y hermenéutica*, que revelaba una profunda consonancia con la reflexión de Fuchs. Es aquí cuando aparece por primera vez la voz hermenéutica, firmada por él, en la tercera edición de la enciclopedia teológica evangélica *Religión in Geschichte und Gegenwart* (Rosino, 1998).

1 Al año siguiente de la conferencia de Käsemann sobre *El problema del Jesús Histórico*

Ahora bien, este proceso no fue ajeno a los aportes realizados, bajo una óptima fundamentalmente crítica a nivel filosófico, al uso de la palabra hermenéutica por pensadores como Schleiermacher, Droysen, Dilthey, Heideggger, Gadamer, Ricoeur y Beuchot, entre otros. Aportes que en busca del proceso de lectura de lo real llevaron a acuñar como elementos de esta racionalidad términos como traducción, prejuicios, análisis, comprensión, interpretación y síntesis. O en otras palabras, a configurar lo que hoy se ha denominado el círculo hermenéutico.

Círculo que puede ser conceptualizado como el hecho de comprender que implica siempre un proceso de apertura al texto, a la alteridad. Es decir, comprender implica también capacidad de receptividad. Ahora bien, ni una cosa ni la otra implican neutralidad. Uno siempre incorpora, aunque los matice, una estructura de prejuicios y opiniones previas. Pero no menos necesario es tratar de controlar las anticipaciones de las que parte el hermeneuta: "lo que importa es hacerse cargo de las propias anticipaciones, con el fin de que el texto mismo pueda presentarse en su alteridad y obtenga así la posibilidad de confrontar su verdad objetiva con las propias opiniones previas...Una comprensión llevada a cabo desde una conciencia metódica intentará siempre no llevar a término directamente sus anticipaciones sino más bien hacerlas conscientes para poder controlarlas y ganar así una comprensión correcta desde las cosas mismas" (Gadamer, 1997).

Sin duda alguna nos encontramos con una considerable exigencia crítica en la puesta en práctica del círculo hermenéutico. Se trata de un proceso holístico que nunca se convierte en círculo cerrado porque no existe la reflexión absoluta que cierre el círculo (estamos dentro del círculo). Interpretamos desde dentro de la tradición y esa interpretación jamás es definitiva: la comprensión se da "en la interpenetración del movimiento de la tradición y del movimiento del intérprete"; "el círculo del todo y las partes no se anula en la comprensión total" (Gadamer, 1997). Resumiendo esto en palabras de Gadamer que arrancan en una crítica a Dilthey y describen el proceso hasta Heidegger pasando por Husserl se puede decir lo siguiente:

> "Ciertamente, el intento de Dilthey de renovar la hermenéutica de Schleiermacher, y con ello, por decirlo así, hacer patente el punto de identidad entre el que entiende y lo comprensible como principio fundamental de las humanidades, era un intento condenado al fracaso,

pues en la historia se da siempre a la vez la profunda extrañeza y el extrañamiento, que no puede ser contemplados confiadamente desde el punto de vista de la inteligibilidad. En contrapartida, el giro que llevó a cabo el siglo XX, consumado, según mi opinión personal, por las decisivas contribuciones de Husserl y Heidegger, supuso el descubrimiento de los límites de una identidad idealista, o de la historia de las ideas, entre espíritu e historia.

En los últimos trabajos de Husserl fue su mágica palabra del "mundo vital"; una de esas asombrosas y artísticas creaciones de palabras (pues no aparece antes de Husserl), que han sido aceptadas por la conciencia lingüística común y de ese modo dan testimonio de ese contribuir al lenguaje con una verdad olvidad o ignorada. La palabra "mundo vital" nos ha recordado los condicionamientos que preceden a todo conocimiento científico. El programa de Heidegger era enteramente una *hermenéutica de la facticidad*, es decir: la confrontación en lo incomprensible de la misma existencia factual, una ruptura con el concepto idealista de hermenéutica. Entender y querer entender se reconocen en su tensión con el acontecimiento real. Ambos, tanto la lección de Husserl sobre el mundo vital, como el concepto de Heidegger de la hermenéutica de la facticidad, constatan la temporalidad y la finitud de lo humano frente a la interminable tarea de la comprensión y de la verdad" (Gadamer, 1993).

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el proceso ocurrido en la reflexión teológica? En lo que se ha denominado el despuntar de una nueva sensibilidad (Izquierdo, 1999). Hecho que se debe principalmente a Claude Geffré quien llegó a escribir "La teología no es tanto una dogmática cuanto una hermenéutica" (Geffré, 1984). Expresión con la que se esperaba reconocer como propio de la actividad teológica la reflexión de los contenidos de la revelación y de la fe cristiana como desciframiento de sentido consistente en "poner de manifiesto la significación permanente de la Palabra de Dios en su forma escrituraria, dogmática, teológica a partir de la inteligencia histórica que el hombre toma de sí mismo y de su mundo cultural" (Geffré, 1984).
Esta descripción me parece que integra los elementos que hay que considerar para llevar a cabo la tarea hermenéutica y que consiste en: La Palabra de Dios en cuanto significativa, pero dotada de una capacidad permanente de significación; las diversas formas bajo las que el hombre recibe esta Palabra y se inclina sobre ella; la

autocomprensión del hombre y ésta adquirida en referencia a su propia historia y; la integración en todo ello de lo que recibe de su entorno como variable cultural (Geffré, 1984).

Lo dicho hasta aquí, acerca de la racionalidad hermenéutica de forma breve, creo que de igual modo puede expresarse de forma muy sintética en la advertencia que hace ya unos años expuso la Comisión Teológica Internacional: "La realidad que hay que entender son sale más bien al encuentro concretamente al explicarla en el sistema de símbolos de cada cultura, que se manifiesta especialmente en el lenguaje. El entender humano está, por ello, situado histórica y comunitariamente... En nuestro conocimiento no actuamos nunca con la realidad desnuda en sí, sino siempre con la realidad en el contexto vivo cultural del hombre, con su interpretación por la tradición y su apropiación actual[2].

Hasta aquí una aproximación muy breve de lo que podremos comprender como el horizonte hermenéutico desde el cual se ha venido desarrollando el trabajo teológico, pero qué decir del proceso propiamente para desde allí llegar a construir esta primera aproximación con fines teológicos.

2. APROXIMACIÓN AL PROCESO HERMENÉUTICO

2.1 La comprensión de los textos (autor y/o lector)

La reflexión hermenéutica ha construido una teoría de la interpretación que no se limita a los textos "sino a las estructuras de sentidos concebidas como textos, desde la naturaleza pasando por el arte, hasta las motivaciones conscientes o inconscientes de la acción humana" (Gadamer, 2002). De ahí que texto es, en sentido amplio, toda acción susceptible de *comprensión* y, en sentido restringido, toda fijación que genera una estructura de sentido. En el texto se hacen presentes una totalidad cultural y una manifestación de la vida. El texto es un todo pero puede relacionarse con otros textos y comprenderse intertextualmente.

Al texto en sí, lo acompaña el conjunto de los otros textos, de los otros

---

2 ***La interpretación de los dogmas***, en: COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL. *Documentos: veinticinco años de servicio a la teología de la Iglesia* 1969-1996, Madrid, 1998, pp. 420-421

discursos, de las otras acciones que también están inscritas en él, en tanto contextos internos; además el texto hace referencia al contexto que está fuera de él, al espacio sociocultural en el cual surgió y dentro del cual el texto existe como tal, permitiendo inscribirse en el mundo, participar en la historia. Pero se descontextualiza con el paso del tiempo y entra a otro contexto en el cual es objeto de lectura, contexto por demás que le otorga otros posibles sentidos.

Los textos son estados lingüísticos: obras que fijan iconos y signos, como una primera opción, o discursos, cuando la palabra hablada ha sido anterior y se registra en textos, o acciones que se traducen y también se fijan como textos. La palabra hablada y la palabra escrita implican procesos lingüísticos diferentes, la lingüística textual y la lingüística discursiva (Egger, 1990); la relación entre escribir y leer no es más que un caso particular de la relación más general entre hablar y escuchar. Los textos conservan los iconos, los signos, los discursos y las acciones, y los archivan en la memoria individual colectiva.

El paradigma textual implica que lo escrito permanece en el tiempo, por encima de la finitud característica de las manifestaciones orales, se incorpora a la tradición; comunica algo que está más allá de lo inmediato, se descontextualiza de sus condiciones socio-históricas de producción, deja atrás su referente haciendo perdurar en él el pasado; se independiza de su autor, éste pierde el control absoluto sobre su obra, pues se lee el texto mas no el autor; es el texto el que llega al constante presente, abriéndose a series ilimitadas de lecturas en su futuro.

Es lo que Ricoeur denomina el paradigma del distanciamiento que se produce en toda comunicación, y la interpretación es el intento de superar ese distanciamiento (Valdés, 2000). A pesar de la distancia, en el espacio y en el tiempo, es la cosa del texto, que ya no pertenece ni al autor ni al lector, lo que posibilita la comunicación. Ricoeur desplaza así el problema del texto al mundo que éste nos abre (Ricoeur, 2003). La autonomía del texto hace que este distanciamiento sea la condición de la interpretación; es decir, el distanciamiento no es sólo lo que debe vencer la comprensión, sino que, como decía Gadamer, también es lo que la condiciona (Gadamer, 2002).

En el texto interesa tanto su estructura, corno lo que dice y lo que no

dice. La estructura se necesita descifrar mediante el análisis; lo que dice, su significado, es lo que se comprende; y aquello que oculta, lo que no dice, posibilita sus múltiples interpretaciones. El texto está dirigido a todo aquel que sabe leer. Cuando es tomado en las manos de ese lector se convierte en su alteridad, ese otro que se devela sin posesiones. "La lectura es un proceso de la pura interioridad" (Gadamer, 1997). El texto no se sitúa sobre el lector, no se le impone, es el lector quien se sitúa en el texto y reconoce en él su mismidad. Es consciente de que el texto tiene algo que decirle y deja decírselo, pues "el que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él" (Gadamer, 1997); ese algo le permite su formación.

El lector es quien comprende y por ello es quien interpreta el texto, es quien elabora la transformación de un lenguaje a otro. Aunque inmerso en sus prejuicios, en su saber con antelación, en su tradición, es un ser abierto que necesita dejarse llevar, alterarse, analizar sus prejuicios e inmiscuirse en la comprensión de la cosa en sí aunque jamás la comprenderá en su ser absoluto, puede generar interpretaciones descifrando señas, buscando lo oculto, siguiendo huellas para construir los sentidos latentes del texto, puede construir nuevos conocimientos y transformarse en un escritor pero jamás comprenderá completamente. La comprensión es un acto de incompletud.

Quien comprende es la contrapartida del autor. Aunque el autor ya se ha desprendido de su obra o pueda ser absolutamente desconocido, el texto siempre es producto de algo o de alguien, el que o quien se constituye, según Foucault (1999) en principio de agrupación del discurso; es un foco de coherencia, de unidad, de origen de significaciones. Por ello en el acto mismo de la lectura hay un ritmo individual que va relacionando activamente los signos participantes.

Por ello el lector es un punto de visión móvil que se desplaza en el texto, se despliega en horizontes internos de expectativas y recuerdos constantemente circulantes, así: los correlatos de la frase irradian el futuro, apuntan hacia lo que viene, lo cual indica ciertas representaciones vacías, con carácter de expectativas. Lo ya leído se sumerge en el recuerdo, se retiene, lo cual indica ciertas visiones saturadas que al momento de ser actualizadas son transformadas. Se conforma, entonces, la actividad sintética de la lectura, se construyen

instantes de comprensión del texto que, a la vez, son paradigmáticos y se generan diferentes perspectivas sobre lo leído (Grondin, 1999).

El autor, entre correlatos, dice y oculta el texto, así escrito, abre un haz de posibilidades ilimitadas; el autor genera su lector modelo; en términos de Eco, el lector está inmerso en el texto, inicia la traducción trabajando en la decodificación de su estructura, analizando su inmanente organización, haciendo explícitos sus prejuicios para abrirse ante lo leído y forjar su proceso de formación. La comprensión es un proceso permanente en donde se despliegan relaciones activas de todos los signos participantes, los cuales se van encadenando, enlazándose, entretejiéndose bajo su propio código, construyendo un lenguaje común, para establecer una comunicación entre el lector, ahora intérprete, y el texto, mediante el mundo que ellos comparten (Eco, 1992).

Se comprende lo dicho y se interpreta lo no dicho, sospechando, siguiendo huellas, estableciendo conexiones e inferencias, realizando conjeturas. Emana la vida del intérprete enriqueciendo el proceso de lectura con la significación de otros textos leídos con antelación, se actualiza el recuerdo. El intérprete trae sus saberes anteriores, prejuicio o juicios, y los va ratificando o modificando, al mismo tiempo que va incorporando lo sabido con lo no sabido o lo sabido de otra manera, va construyendo síntesis, se va formando, independiente de que se constituya en un productor de nuevos textos, escritos o discursivos. Pero consciente de que esa síntesis es el resultado inconcluso de una serie de interpretaciones subjetivas que no excluye a otras, de otros, sobre el mismo texto, sino que el texto se va revelando en todos sus lectores desde distintas perspectivas. Así las cosas, en el proceso de comprensión están en juego los conceptos de prejuicios, análisis, interpretación y síntesis.

2.2 El proceso hermenéutico

2.2.1. Los prejuicios

"Un prejuicio es una anticipación, un concepto formado antes de haber reunido y examinado la información pertinente y, por lo tanto, basado en pruebas insuficientes o incluso imaginarias. Son juicios anteriores al conocimiento cabal de la cosa. Se trata de ideas, emociones o creencias que predisponen a quienes juzgan y que no son usualmente advertidas por quien hace las formulaciones. Es el enunciado de una relación que aún no existe" (Muñoz, 2001).

Desde la época de la Ilustración, los prejuicios son objeto de estudio en el campo de la construcción de las ciencias; su visión conceptual es negativa en tanto se oponen a la razón, usurpan su lugar. La razón es la que construye los juicios propiamente dichos, y conlleva, por ende, al establecimiento de las verdades objetivas. Con los juicios se juzga, "el hombre puede conocer porque puede juzgar, juzgar es apercibirse de las relaciones que tienen las cosas entre si y con nosotros mismos, y formar proposiciones que expresen esas relaciones". El romanticismo, en el mismo orden de ideas, rebatió la idea de los prejuicios como suciedades que impedían a la razón llegar a la verdad" (Muñoz, 2001).

Gadamer, entre otros, sospecha de las verdades objetivas construidas mediante juicios razonables, enuncia que "las condiciones sociales del saber influyen sobre su construcción. El saber sin presupuestos, en aras de la objetividad del positivismo científico, no es posible. La situación histórica en que está situado el investigador no pasa inadvertida, se es consciente de ella, en su misma actitud como científico, y ello lo llena de prejuicios. La precomprensión es premisa de toda comprensión, reflexionar sobre las condiciones del saber y sobre las condiciones sociales e históricas de nuestro pensamiento es contextualizar" (Gadamer, 2002).

Por eso los prejuicios de un individuo son la realidad histórica de su ser (Gadamer, 1999). Pero el prejuicio es también un juicio **y** "no es menos juicio que el juicio verdadero" (Muñoz, 2001). Es un juicio previo, una experiencia anterior, que deviene con la herencia cultural y corno tal porta valores, motivos, dogmas, creencias, mitos. Ellos permiten acceder al

significad o de las cosas pues contienen información aunque incompleta y sesgada, pueden ayudar a ampliar la capacidad de integración de nuevos conocimientos con los ya existentes, conocimientos extraños asociados con cualquier cosa ya conocida en el mundo de la vida. Los prejuicios influyen en la percepción del conocimiento, son estereotipos, formas a priori de juzgar las cosas sin tener de ellas un exacto conocimiento, pero cognoscitivamente positivos porque permiten dar sentido a las cosas por conocer.

El ámbito de los prejuicios se conoce filosóficamente como el mundo de la vida, concepto introducido por Husserl y hace referencia a lo pre-dado, es decir, todo lo que nos es dado a todos con anterioridad por el solo hecho de ser seres ahí en el tiempo. “El mundo de la vida se constituye en el piso de validez y fuente de autoevidencias originarias a las que, como dice Husserl, recurrimos sin más en tanto que hombres prácticos y en tanto que científicos a él se le va agregando continuamente lo validado científicamente y todas las producciones de sentido” (Monteagudo, 2001).

En otros términos, el mundo de la vida funciona corno un saber compartido o de pertenencia a la tradición; solo a partir de un trasfondo de familiaridad en el mundo de la vida, se desarrolla intencionalmente nuestra mismidad o se apropia lo extraño. Ese mundo común, no tematizado, es precisamente la condición de posibilidad de toda experiencia hermenéutica y todo entendimiento entre los ser es humanos. “Por eso los prejuicios de un individuo son, mucho más que sus juicios, la realidad histórica de su ser” (Gadamer, 1997).

2.2.2 El análisis

El paso de los prejuicios o precomprensiones a la comprensión está mediado por un proceso del ser en la historia. Ese proceso busca hacer transparente el marco normativo en el cual ellos se mueven. No es tanto despojarse de los prejuicios sino servirse de ellos para ir formándose.
Ante un texto, presentado como un nuevo conocimiento, juegan las precomprensiones o prejuicios como percepciones primeras; tanto lo sabido por tradición, por vivir en el mundo de la vida, como las influencias de otros autores que ya han dicho algo sobre lo tratado en el texto posibilitan el acercamiento. El texto está construido con códigos que manifiestan y ocultan sentidos; el análisis de sus

estructuras devela los procesos internos de los prejuicios de quien lee y guía la comprensión. Analizar es ir de lo superficial a lo profundo, de la expresión al contenido, de lo que dice a aquello a lo cual se refiere, es decir, la significación emerge de su propia estructura.

Desde lo cognitivo, el proceder del análisis es la descomposición, dividir, desatar, separar el todo en sus partes, lo cual permite descubrir la estructura del algo. Descifrar, romper lo evidente para ver más claro. El todo descompuesto es sus partes permite correr velos, hallar los elementos simples que porta aquello más complejo, evidenciar los nexos entre ellos y clasificarlos. Desde lo filosófico, analizar es un proceso lógico del pensamiento, en términos kantianos serían juicios apriorísticos acuñados en la lógica formal; están contenidos en el sujeto mismo y por ello no comunican información acerca de lo real.

Analizar, entonces, es un ejercicio mental del sujeto como tal, de quien lee, de quien interpreta, pero el sujeto está recorriendo un texto, descomponiéndolo, decod1icándolo, develando sus estructuras, es el momento pertinente para que ese lector, en tanto sujeto, según Heidegger, como un ser ahí, inserto en el tiempo y, por ende, según Gadamer (1997), inserto también en la tradición, mediante el análisis, involucre el sí mismo desde sus prejuicios y los confronte con lo que va analizando. El intérprete está determinado por un contexto, conformado por sus precomprensiones, y desde allí se apropia del significado del texto, pero también se deja involucrar en lo dicho por el texto, 'los prejuicios se transforman de cara a la alteridad del texto, que reclama poner en juego su verdad frente a la opinión previa' (Monteagudo, 2001).

O en otras palabras, el intérprete no aborda el texto desde su instalación en el prejuicio previo, más bien pone expresamente a prueba el prejuicio en que está instalado, esto es poner a prueba su origen y validez porque el que quiere comprender un texto, como ya se dijo, tiene que estar dispuesto, en principio, a dejarse decir algo por él. El proceso analítico conduce a una apropiación del texto. "Lo extraño se convierte en propio sin eliminarlo, es decir, la apropiación de la cosa del texto exige que me desapropie de mí mismo para dejar ser aquello; así sustituyo el yo, maestro del sí mismo, por el sí discípulo del texto" (Pérez, 1997).

El fin, el análisis es un momento para abrirse a la comprensión y a la interpretación; aquello sobre lo cual el análisis ha ejercido un descomposición vuelve a ser una composición a través de la síntesis. En ese proceso hermenéutico el intérprete se forma.

2.2.3 La comprensión

En el proceso hermenéutico, al habitar en los prejuicios y analizarlos, se está ya sumergido en el proceso de la comprensión. De ahí que la comprensión significa tanto poder algo o estar a la altura de algo, como el estar a la altura de algo se refiere a un poder ser. Sobre él se sustenta la posibilidad de una elección, a saber, o abertura y disposición para el más propio poder ser (Corti, 2000).

“La comprensión del discurso no es la comprensión literal de las palabras dichas, la captación, paso a paso, del significado de las palabras, sino la realización del sentido unitario de lo dicho, y este sobrepasa siempre lo que enuncia lo dicho, aunque está inserto en él. Dejarse decir algo no se puede comprender, es decir, sin querer decir algo más bien, una especie de expectativa de sentido regula, desde el principio, el esfuerzo por comprender” (Gadamer, 2002).

Se comprende a partir de una motivación o prejuicio como una anticipación de sentido, una totalidad supuesta o precomprendida, que subyace a la relación con un texto; lo que ya se sabía emerge ante lo nuevo; lo nuevo es lo singular de la comprensión. Se comienza, entonces, con un primer proyecto de sentido que da inicio al movimiento de la comprensión, donde este primer proyecto será sustituido por otros más adecuados, en un proceso siempre abierto.

Pero, además, la comprensión solo se explicita dentro de una totalidad de sentido previamente proyectada, es decir, las partes que se definen desde el todo del texto definen, a su vez, este todo. Se comprende mediante la comparación de lo que se necesita entender con algo que ya se conoce. Quien desea comprender asume un elemento de intuición para penetrar en el círculo hermenéutico. Algo de lo por comprender reposa en el contexto del mundo del ser. El comprender es circular, se está siempre en un círculo hermenéutico que crece en espiral. Lo sabido desde Los prejuicios o juicios se va modificando cuando se comprende algo nuevo, eso extraño se va haciendo menos lejanos y se acomoda en las estructuras cognitivas perturbándolas.

Comprender un escrito no es reproducir el pasado, la validez del texto para su época, sino participar en un significado presente. El lector media con el pasado y lo hace presente por las contribuciones personales que aporta, en el significado que va descubriendo. Comprender es siempre el proceso de fusión de horizontes, el horizonte del lector en el presente hacia el horizonte del texto en el pasado, es decir, pensar el pasado en presente, lo que implica pensar la tradición integrándola en los problemas actuales, los efectos de la historia en el presente. El horizonte del lector se desplaza hacia un acontecer de la tradición, en el que el pasado y el presente se hallan en continua mediación (Valdés, 2000).

La experiencia de la comprensión no significa, como en las ciencias naturales, la confirmación de un fenómeno ya hecho, sino que "significa adquirir un horizonte nuevo mediante la destrucción de la visión anterior que se tenia del mundo", Los prejuicios y precomprensiones. En otras palabras, "tener una experiencia" significa que el "en si" del objeto es únicamente un "en si para nosotros" (Barrera, 1999). "Cuando se ha hecho una experiencia quiere decir que se posee (...) que se llega a producir una unidad consigo mismo que se reconoce lo que es real" (Gadamer, 1999) y como tal no retorna, pues está en el tiempo, pero se expresa como un tú y habita en el ser. La experiencia, es pues, experiencia de la finitud humana.

Pero esa comprensión, ante una nueva experiencia, se manifiesta como una precomprensión que, a la vez, se transforma para formarse, y así sucesivamente; es la relación primigenia del ser en el mundo; ninguna comprensión es acabada; nunca se comprende completamente; la comprensión no puede cerrar el futuro. Se desnuda la conciencia de los límites del propio ser y de su propia finitud ante la apertura de la experiencia como condición de posibilidad de la comprensión.

2.2.4 La interpretación

La interpretación es la proyección de la comprensión. "El mundo ya comprendido es interpretado" (Corti, 2000). "La forma de realización de la comprensión es la interpretación' (Gadamer, 1999). La interpretación es eminentemente aplicativa, se enraíza en la praxis. En la medida que el lector va comprendiendo el texto pone en práctica su saber. Ese saber le permite situar el texto en su contexto y relacionarlo

con otros textos ya conocidos e interconectarlo con otros contextos diferentes en busca de sus múltiples sentidos para poner en evidencia los contenidos que no fueron actualizados en el texto comprendido.

La aplicación pragmática de la interpretación puede entenderse como trasladar al sí mismo lo que pudo ser la intencionalidad aparente del sentido manifiesto en el texto, hallar la presencia de un sentido latente o de un sentido ausente, captar esa intencionalidad, lo oculto, aquello que posibilita los múltiples sentidos.

De ahí que mientras la comprensión nos dice lo que algo es en sí mismo, su significación, la interpretación abre el abanico de posibilidades de ese algo según la perspectiva en que se aprecie, los diversos sentidos de esa significación (Egger, 1990). Gracias a la interpretación el texto pasa de aportar la significación que emana de su estructura interna, a posibilitar múltiples sentidos en su dimensión semántica, por ende, siempre debe haber varias interpretaciones y al mismo tiempo cada interpretación es finita y no será la última, nunca se termina de interpretar un texto, sin embargo, "la interpretación no es arbitraria ni, menos aún, objetiva". (Gadamer, 2002).

La interpretación no es arbitraria porque sigue una lógica interna, basada en una comprensión previa, en el desarrollo existencial de un ser que se abre y a lo cual proyecta su más propia posibilidad de ser y no es objetiva porque sigue una perspectiva de revelación de nuevos modos al ser, nuevas formas de relacionarse con el mundo y con la historia. La interpretación es una cuestión del sujeto.

Algo se interpreta cuando se aporta al texto desde el saber del lector con el fin de que la referencia del texto se haga realmente lenguaje en el ser y así el texto adquiera un sentido nuevo. Aportar al texto desde el saber del lector implica que la interpretación necesariamente es aplicación a una situación concreta.

2.2.5 La síntesis

El proceso hermenéutico implica una interpretación como proyección de la comprensión, y para comprender, como ya se dijo, es necesario dejar aflorar los prejuicios y analizarlos. Este trabajo del intérprete puede continuar en el círculo hermenéutico haciéndolo crecer en

espiral hasta lo infinito. El intérprete puede convertirse en el revés de la hoja, puede constituirse como un autor, si su deseo es producir su propio texto sobre el texto comprendido. Para ello requiere el trabajo de la síntesis. "Es que de hecho todo encuentro con una obra posee el rango y el derecho de una nueva producción" (Gadamer, 1997).

Hacer síntesis es encadenar un texto nuevo al texto en interpretación. El texto que se interpreta proviene de una cadena de textos de los cual es el resultado. Porta del pasado acciones, discursos y signos fijados en él, con un tipo de lenguaje cotidiano, científico o artístico, a los cuales el intérprete llega con sus prejuicios y juicios elaborados de otros textos que habitan en él por su ser en el mundo.

En la síntesis se encuentran todos estos textos, los del texto donde se hace el ejercicio hermenéutico y los del ser del hermeneuta. Dicha traducción genera la deconstrucción tanto del lenguaje del texto como del lenguaje hecho pensamiento en su ser interpretante para construir un texto nuevo. Por ello, la síntesis es una composición que muestra los prejuicios de un intérprete, su estilo de analizar, de comprender, de interpretar y de escribir. El hermeneuta deja a la luz su procesos de fonación, deja su ser en el texto nuevo, se expone, puede ser reconocido, quedar puesto a prueba o desaparecer; por ello la comunicación está constantemente sometida a revisión y solo se logra por unos instantes, en lo que comprensivamente se está de acuerdo (Vattimo, 1992).

3. UNA MUY BREVE CONCLUSIÓN

Después de este trabajo realizado y cuya pretensión obedeció, además de rastrear la racionalidad hermenéutica, a llevar a cabo un primer ejercicio de comprensión –con los equívocos que esto supone- del proceso hermenéutico; lo único que se podría llegar a expresar a modo de conclusión es que la hermenéutica como racionalidad y método implica que se incluya en el proceso de comprensión de lo que ello significa los términos comprensión, prejuicios, análisis, interpretación y síntesis. Estos –a mi modo de ver- serían los conceptos que en una primera aproximación son necesarios para desarrollar la hermenéutica como proceso teológico de lectura de lo real.

BIBLIOGRAFÍA

ECO, Humberto. *Los límites de la interpretación.* España: Lumen, 1992.

BARRERA, Julio. *De la comprensión y la experiencia.* En: Cuadernos de Filosofía Latinoamericana; No. 74-75, Bogotá, 1999.

BEUCHOT, Mauricio. *Hermenéutica, analogía y símbolo.* México: Herder, 2004.

CORTI, Enrique. *Bosquejo del vocablo hermenéutico.* En: Stromata, Vol. 56 No. 01-02, San Miguel, 2000.

EGGER, Wilhelm. *Lecturas del Nuevo Testamento.* España: Verbo Divino, 1990.

FOUCAULT, Michel. *Estética, ética y hermenéutica.* Barcelona: Paidos, 1999.

GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método I.* Salamanca: Sígueme, 1997.

GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método II.* Salamanca: Sígueme, 2002.

GADAMER, Hans-George. *Elogio de la teoría.* Barcelona: Península, 1993.

GEFFRÉ, Claude. *El cristianismo ante el reto de la interpretación. Ensayos de hermenéutica teológica,* Madrid, 1984.

GIBELLINI, ROSINO. *La teología del siglo XX.* Colección "Presencia Teológica" No. 94. Santander: Sal Térrea, 1998.

IZQUIERDO, César. *Teología fundamental: temas y propuestas para el nuevo milenio,* Bilbao: Desclée De Brouwer, 1999.

MONTEAGUDO, Cecilia. *Mundo de la vida en la filosofía hermenéutica de Hans-Georg Gadamer.* En: Revista de Filosofía, Vol. 13 No. 1, Lima, 2001.

MUÑOZ, Diana. *Hans-Georg Gadamer.* En: Ideas y Valores - Revista Colombiana de Filosofía, No. 120, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001.

RICOEUR, Paul. *El conflicto de las interpretaciones: Ensayos de hermenéutica.* Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

VALDÉS, Mario. *Indagaciones hermenéuticas con Paul Ricoeur.* Barcelona: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2000.

VATTIMO, Gianni. *La secularización de la filosofía: hermenéutica y postmodernidad,* España: Gedisa, 1992.

COLABORARON EN ESTE NÚMERO

P. Hernán Darío CARDONA RAMÍREZ, S.D.B.

Sacerdote, Religioso Salesiano de Don Bosco. Profesor de Biblia en la Facultad de Teología de la UPB – Medellín. Doctor en Teología bíblica. Magister en Estudios bíblicos. Magíster en Teología con énfasis en Sagrada Escritura.

P. Aquilino BOCOS MERINO, CMF

Sacerdote, Religioso Misionero Claretiano. Estudios Superiores Eclesiásticos en Filosofía, Psicología y Teología de la Vida Religiosa. Ha desempeñado importantes cargos en su comunidad, especialmente Superior General durante doce años. Director Espiritual, Director de la Revista "Vida Religiosa". Igualmente, ha sido nombrado miembro del Consejo General de Educación Católica, miembro del Consejo de la Unión de Superiores Generales; miembro del Consejo General de la Congregación de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólicas durante 12 años. Participó en el Sínodo sobre Vida Consagrada en 1994. En la Segunda Asamblea Especial de Obispos para Europa y Participó en la XI Asamblea del Sínodo de los Obispos.

Actualmente se desempeña como profesor invitado del Instituto de Vida Religiosa de Madrid, da Conferencias y Escribe para varias revistas. Es autor de importantes escritos sobre la Vida Religiosa. Recientemente ha publicado: *Caminando hacia la aurora. Reorganización de las estructuras en la vida religiosa*, Frontera, n. 70. Vitoria. (2010).

P. José Cristo Rey GARCÍA PAREDES, CMF

Sacerdote, Religioso Misionero Claretiano. Estudios de filosofía en Segovia, Teología en Roma y Munich. Estudió la carrera de piano en el Conservatorio de Valladolid. Doctorado en Teología en Roma con la tesis doctoral sobre "La Teología política y Felicité de Lamennais". Ha sido profesor de Teología de los Sacramentos, Teología de la Existencia cristiana -Gracia y Virtudes-, Escatología y Protología en el Estudio Teológico Claretiano de Colmenar Viejo (Madrid) y en el

Studium Theologicum de Curitiba (Brasil). Obtuvo por la Universidad de Salamanca la Cátedra de Teología de la Vida Religiosa II. Y ejerce como profesor de Teología de la Misión y Teología del Carisma en el Instituto de Vida Religiosa de Madrid, y también un curso especial anual en el Institute for Consecrated Life in Asia (ICLA), en Manila (Filipinas). Es profesor también en el Instituto Superior de Pastoral (Universidad Pontificia de Salamanca) de Teología pastoral de los Sacramentos.

Ha prestado distintos servicios dentro de su comunidad como Director del Estudio Teológico Claretiano Colmenar Viejo, Director de la revista "Vida Religiosa" en Madrid, Director del Instituto Teológico de Vida Religiosa en Madrid, Miembro de la Comisión Teológica de la Unión de Superiores Generales (USG) en Roma, Miembro de la Comisión Teológica del CELAM, Director de la Escuela "Regina Apostolorum" en Madrid y Director del Instituto Teológico de Vida Religiosa en Madrid. Ha publicado numerosos libros y artículos sobre teología y vida religiosa en varias revistas.

P. José Rafael PRADA RAMÍREZ, CRsS

Sacerdote, Religioso Redentorista. Ejerció como formador en su Comunidad durante 18 años. Estudió Educación y Psicología en Colombia e Italia. Psicólogo de la Universidad San Buenaventura de Medellín, Máster en Psicología Clínica de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, y Doctor en Psicología de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma con una tesis de investigación sobre la afectividad de los Sacerdotes en USA, Italia y Colombia. Profesor por varios años en la Academia Alfonsiana de Roma y en las Universidades San Alfonso y San Buenaventura de Bogotá. Ha publicado muchos artículos en revistas científicas y más de 15 libros de psicología, entre los cuales se destacan: *"Escuelas Psicológicas y Psicoterapéuticas", "Psicología de Grupos", "La Afectividad, el Concepto de Sí y la Adhesión al Ministerio Sacerdotal", "La Felicidad y cómo alcanzarla", "La Persona Homosexual", "Hablemos del Maligno", "Psicología y Formación".* Actualmente ejerce como Superior Provincial de la Comunidad Redentorista hasta el inicio del año 2011.

P. Ignacio MADERA VARGAS, SDS

Religioso Presbítero de la Sociedad del Divino Salvador (Salvatorianos). Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana (Bogotá), Licenciado y Magister en Teología de la Universidad Javeriana (Bogotá), Especialista en Ciencias Familiares y Sexología de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y Doctor en Teología y Ciencias de la Religión de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Ha sido Coordinador del Equipo de Teólogos y Teólogas asesores de la Presidencia de la CLAR y Presidente de la de misma de 2006-2009. Actualmente, miembro del Equipo de Teólogos y Teólogas de la Conferencia de Religiosos de Colombia y Profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana. Realiza su misión apostólica en un sector popular del sur de Bogotá.

P. Víctor MARTÍNEZ MORALES, S.J.

Sacerdote, Religioso de la Compañía de Jesús, jesuita. Colombiano. Licenciado en Filosofía y Letras por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Magister y licenciado en Teología por la misma Universidad. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente, profesor Titular de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de Teología Sacramental y Teología de la Vida Religiosa. Director del Equipo Interdisciplinario de docencia e investigación teológica – DIDASKALIA, miembro de Amerindia Colombia, miembro de la Comisión de teólogos de la Conferencia de Provinciales de América Latina de la Compañía de Jesús-CPAL, miembro de la Comisión de Reflexión Teológica de la Conferencia de Religiosos de Colombia-CRC.

P. José María ARNAIZ, SM

Sacerdote, Religioso Marianista . Licenciado en Filosofía en la Universidad de Madrid. Con licencia en Teología en la Universidad de Friburgo (Suiza) y culmina su formación con el doctorado en Antropología en la Universidad de Frankfurt (Alemania). Ha prestado sus servicios como Provincial de los Andes- Argentina y Chile.

Presidente de la Conferencia de Religiosos de Argentina (CAR). Luego es elegido Provincial sólo de Chile y Presidente de la Conferencia de Religiosos de Chile (CONFERRE). En todo este tiempo participa activamente en la vida de la CLAR. Participa en la Conferencia de Puebla. Fue director de la Revista Testimonio. Profesor de Antropología en la Universidad de Friburgo. En el Capítulo General de 1991 es elegido Vicario General y Asistente de Vida Religiosa de la Compañía de María (Marianistas) y fija su residencia en Roma. En 2001 es elegido Secretario General de la Unión de Superiores Generales con sede en Roma. Participó en la Conferencia de Aparecida. En este momento es Rector de una Residencia Universitaria. Ha fundado con un grupo de Laicos un movimiento de carácter sociocultural y político un movimiento y Fundación que lleva por título: Posible, otro Chile.

Ha publicado unos 20 libros sobre los temas que le son preferidos: antropología, cultura, educación, espiritualidad, vida religiosa y María. Son, muchos los artículos escritos para revistas y las conferencias y cursos dados sobre estos mismos temas en los países más diversos. Ahora se desempeña como consejero para América Latina de la Editorial PPC. Es colaborador asiduo de la revista Vida Nueva.

P. Víctor CODINA, S.J.

Sacerdote, Religioso de la Compañía de Jesús, jesuita. Doctor y profesor de Teología, reside en Bolivia desde 1982, donde ha trabajado en la enseñanza y en pastoral, ha colaborado durante 9 años en el equipo teológico de la CLAR y ha publicado numerosos libros y artículos sobre temas de vida religiosa, Iglesia, sacramentos y Pneumatología.

P. Carlos PALMÉS DE GENOVER, S.J.

Sacerdote, Religioso de la Compañía de Jesús, jesuita. Nació en España y vive en Bolivia desde hace 48 años. Tiene doble nacionalidad. En Cochabamba acompañó el Curso de Formadores del principio al fin durante 22 años. Por él pasaron más de mil formadores de toda América. También trabajó ocho años en el curso de formación permanente para jesuitas de América Latina en Brasil. Doctorado en Teología Espiritual por la Gregoriana, dedica la mayor parte del tiempo

a dar Ejercicios ignacianos en diversos países y al acompañamiento espiritual.

En la Compañía de Jesús fue Provincial seis años, otros seis años Maestro de novicios. Estuvo vinculado a la CLAR durante 23 años: seis años en la Directiva, otros seis como Presidente, otros seis en el equipo internacional de cursos para superiores y formadores, otros cinco en el equipo de reflexión teológica de la CLAR.

Ha escrito algunos libros y artículos sobre Vida Religiosa en América Latina como "Las cinco llagas de la formación", "La Vida Religiosa en América Latina"...El último: "Ser o no ser: la Vida Religiosa del siglo XXI" (2ª edición) etc.

Prof. Carlos A. BRICEÑO SÁNCHEZ

Teologo, Psicólogo y candidato al título de maestría en Teologia de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de la Facultad de Teología y del Centro de Estudios Religiosos (CER) de la Conferencia de Religiosos de Colombia - Bogotá.





SUSCRIPCIÓN 2010

VINCULUM

CONGREGACIÓN - INSTITUTO: ______________________

SUSCRIPTOR (A): ______________________

DIRECCIÓN: ______________________ A.A. __________

BARRIO: __________ CIUDAD: __________ DEPARTAMENTO: __________

TELÉFONO (S): ______________________ FAX __________

E-MAIL: ______________________

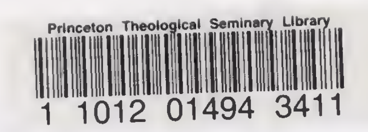
VALOR SUSCRIPCIÓN :

Colombia $ 60.000 América Latina US$ 65 Resto del Mundo US$ 70

1. Se puede realizar en la Sede Nacional de la CRC en Bogotá, D.C.: Carrera 15 No. 35 - 43 Tel: 3 38 39 46.

2. O consignar en la Cuenta de Recaudo Colmena No. 26500332425 a nombre de Conferencia de Superiores Mayores Religiosos de Colombia, utilizando el RUT de su Congregación. Enviar fotocopia de la Consignación y del Formato de Suscripción diligenciado con letra legible al Fax 3 38 16 00 de Bogotá, D.C.

Carrera 15 N° 35 - 43 Tel: (57 + 1) 3 38 39 46 / 3 38 39 47 / 2 45 31 87 Fax 3 38 16 00
E-mail: crc@telmex.net.co / crc@crc.org.co / vinculumcrc@telmex.net.co
www.crc.org.co



Índice general